



ANTOLOGÍA 3

La Otra Costilla





ANTOLOGÍA³

La Otra Costilla



© Antología 3 La Otra Costilla - Varios autores
Registro propiedad intelectual 2021-A-5123
Fotografía portada: Cooperativa.cl
Diseño: Camila Leyton - Guarida Diseño

Índice

Prólogo: Cuando Chile despertó se encontró de frente a una pandemia	11
Aldo Peredo Malebrán	17
Angelina Rivera Peña	27
Lorena Rioseco	37
Carol Wuay	47
Luis R. Soto	55
Denni Zú	69
Evelynne Castro Romero	83
Guillermo Jiménez	95
Adolfo Hans	105

Leonor Dinamarca	113
Marcela Royo	121
Matilde Huenchulaf	135
Nedazka Pika	145
Nelly Sallas	153
Paulina Correa	163
Claudia Vila Molina	175
Rosa Amelia González Baeza	183
Javier Milla Mejías	191
Marcela Cortez	199
Marcelo Sepúlveda Ríos	209
Aurora Fuentes	219
Leo Lobos	231
Emilia V. Poblete Muñoz	237
José Luis Escobar	245
José Elías Candia	255
Nancy Toledo Pacheco	265
Gabriel Miranda Riquelme	273
Luis Alberto Soto	281
Florylly Escobar	297
Juan Soñador Rivera	305
Mariela Isabel Ríos Ruiz-Tagle	311
Betty Fernández Herrera	319

Christian González Díaz	339
Keit Matus Ortiz	347
Juan Alfredo Fuentes Cordero	353

Cuando Chile despertó se encontró de frente a una pandemia

Es cierto que no es la primera pandemia que azota a la humanidad, pero esta desnudó la estructura social y dejó en evidencia que el mundo está dividido, es decir, que los países, las ciudades, los pueblos y la gente se encuentran desconectados. Somos parte de una estructura falsa adosada a la misma estructura de tiempos pasados, donde la humanidad se divide entre amos y esclavos, y donde la utopía de la democracia se asemeja a un velo que nubla la mirada de hombres y mujeres, haciéndoles creer que algún día todos seremos iguales, vale decir, seres humanos sin diferencias y todos aptos para gozar de los mismos privilegios y ventajas. Pero bueno, demás está decir que el mundo se cae a pedazos. Y a pesar de eso los artistas —

que nos congregamos— hemos aprendido a usar las herramientas web; hemos creado nuevas redes sociales para encontrarnos y seguir con nuestras lecturas y muestras de arte; hemos seguido escribiendo libros y soñando que de alguna forma servimos a la sociedad, aunque, para el Estado (o los Estados) seamos invisibles; nos abrazamos desde la distancia con otros iguales, de distintos puntos del país y del planeta, y así hemos vivido estos días llenos de incertidumbre; nos concentramos en los pequeños destellos de luz que nos rodean. De allí proviene la importancia de seguir abriendo puntos de encuentro, aunar nuestros sueños y concentrarnos en mantener la cultura vigente y activa. Tal vez sea la tabla de salvación de esta

era, aunque ni la ministra de cultura, ni los políticos ni los empresarios millonarios lo crean así.

Es de Perogrullo que la historia la escriben los poderosos, pero la memoria la crea el pueblo, la gente común, los y las que se manifiestan en contra de la estructura social, los artistas, las mujeres. Debido a eso surge *la Antología N°3, La Otra Costilla*: por el deseo de plasmar parte de la historia que estamos viviendo; esa incertidumbre que, aunque no queramos, nos cambia la percepción de la felicidad y los anhelos. Creo que cada uno de los participantes nos entregará una visión particular del amor, la muerte, el hambre, el dolor y la desigualdad desde su color, desde el tono que están viviendo; y estoy segura que todos estos colores crearán un cuadro lleno de matices que en la posteridad serán el reflejo de estos años. Por eso el tema de los escritos es libre.

Sobre la portada

Un hombre que recoge cartones, restos de alambre, envoltorios de comida, palos, fierros viejos y oxidados —basura que, de alguna manera, él convierte en monedas y que se transforman en el pan de su mesa— transita alrededor de Plaza Dignidad (Plaza Italia o Plaza Baqueda-

no); aquel lugar que desde finales de 1970 es ocupado por el monumento al general Baquedano y a su hermoso caballo negro. Esa madrugada el lugar se encontraba vacío, después de mucho tiempo de que el monumento fue quemado, pintado con los colores de la bandera mapuche, guillotinado, pintado de rosa, azul etc... Cada viernes, desde el levantamiento popular del 18 de octubre de 2019, el general Baquedano y su caballo fueron el centro de la discordia. Llegaba a ser gracioso ver que el gobierno centraba su atención en este dogma militar —por llamarlo de alguna forma—. Los manifestantes lo pintaban de rojo sangre el viernes, y el lunes por la mañana el gobierno rasgaba vestiduras y lo pintaba de negro nuevamente. Así se repetía la escena una y otra y otra vez. Eso no era ni una pequeña ni una gran batalla de poder. Más bien parecía un juego, ya que el centro de disputa no es más que la imagen de una imagen falsa en la que la gente nunca creyó.

Todo cambió el 12 de marzo de 2021, en una ceremonia que comenzó la noche anterior, y que concluyó a las dos de la madrugada: el general Baquedano y su caballo fueron retirados de la Plaza Dignidad. Y obvio que militares y carabineros rindieron homenaje, dando el último saludo a esa imagen en la que solo ellos y el poder se reflejan. "Que será restaurada y

volverá a su lugar" dijo, más tarde, el presidente de la República.

Bueno, como les contaba, el lugar se encuentra vacío (sin el monumento), lugar que es resguardado por un gran contingente. Mientras tanto, el hombre del carrito lleno de basura gritaba al mismo tiempo que era grabado: "¡Son todos unos sinvergüenzas! ¡Invierten en un caballo muerto, sinvergüenzas! ¿Quién cuida nuestro país? ¡Invierten en un muerto cuando hay gente que tiene hambre, que no tiene dónde vivir! ¡Dan vergüenza como chilenos! ¡Y yo no soy chileno, soy mapuche!".

Después de ver el video sentí como la tristeza que contenía por mucho tiempo se desbordó, y tuve ganas de llorar a gritos por aquellos que están pasando momentos de aflicción, hambre, miedo, injusticia, terror; por los que están encarcelados, injustamente, desde el 18 de octubre por lanzar piedras; por los que han perdido un ojo o los dos; por los que perdieron hijos, a un padre, a una madre, a una hermana; y por muchos, muchos más dolores que estamos viviendo.

Una imagen vale más que mil palabras dicen. Bueno, esta angustiosa imagen del Chile de hoy vale más de 200 años de historia. Esa imagen desalentadora refleja la patria dividida, esas tres patrias que viven en

esta tierra angosta: la clase política (fueron los mismos políticos los que comenzaron a llamarse así, con la idea de separarse del resto de los chilenos, seguramente porque se creen y sienten diferentes al resto), la clase trabajadora (el pueblo engrupido por años, haciéndoles creer que eran de clase media) y los ricos (unas cuantas familias contadas con los dedos de la mano, y que son dueños, amos y señores de las riquezas de esta patria).

No sé si Chile es país de poetas — como tanto se dice—. No estoy muy segura de eso. De lo que sí estoy segura es de que los chilenos somos capaces de reírnos de las tragedias más grandes que podemos vivir: terremotos, aluviones, deslizamientos de tierra, magnos incendios, etc. Absolutamente de todo, de cualquier tragedia el chileno se ríe. Así fue como de inmediato, apenas desapareció el monumento del general Baquedano, comenzaron a aparecer los memes. Algunos los exhibían como ideas para reemplazar al monumento de Baquedano; otros solo como un chiste. Algunos ejemplos son un completo gigante; Condorito; Bravo atrapando el balón antes que llegue a la red; Gabriela Mistral enarbolando una bandera chilena; el indio pícaro; Lautaro; el perro Negro Mata Pacos; Pikachu; entre otros. Y así se colmaron las redes sociales de un sin nú-

mero de chistes —de chistes tristes podría decir un especialista de la salud mental—. Tal vez Chile, más que un país de poetas, es un país lleno de chistes negros, negros como nuestra historia.

Tuve la idea del logo de *La Otra*

Costilla como monumento ocupando un espacio lleno de dolor y muerte; un espacio que nos pertenece, pero que no es nuestro. A Camila Leyton le gustó la idea, y le dio vida a esta portada.

Mónica Montero, Abril 2021.

ANTOLOGÍA³

La Otra Costilla



Aldo Peredo Malebrán

info@aldoperedo.cl
www.aldoperedo.cl
Facebook.com/aldoperedo2012
Quintero, Chile



¿Quién te crees que eres?

A lo mejor te sumergiste en un océano
Pacífico
Y deberías haberlo hecho en un volcán
Hirviendo

¿Quién te crees que soy?
La respuesta está en mis manos
Sucias
En mi voz de eternas
Letras

¿Quiénes creemos que somos?
Plural, éste es el verbo
Conjunción
Habitar en el otro
Distante

Todo pasará, eso es lo único que he aprendido

Nada se sostiene, ni el amor es inevitable ante la muerte
Y Ella es la **Gran Liberadora**
Del dolor y del tiempo.

Así es la Perfección
Un acotado terreno para crear
Amar

Al final del Sueño, todo se olvida atómicamente
Nos dan la ilusión de la resurrección
De la Vida Eterna
Del Juicio de lo que hicimos o no.

Toma lo que puedas de este Infierno
Y hazlo salvaje
Disfruta.

Maldito amigo

Te ahorcaste, maricón
Los números, mis amados números
Eran para mí
No tenías que ser tú
Ya no jugaremos con drogas
No más mujeres para ti
En este carrusel de amor
¿Eso querías?
¿La dichosa eternidad?
Dime ahora
Necesito la salvación
Y no apuntas a nada
Debajo del sueño
Ningún “quédate” funcionó
Adiós, maldito hijo de puta
Como te odio y te amo
Un día te encontraré
Cuando se acabe
Este desperdiciado tiempo
Quizás tome tu ejemplo
Y seamos verdaderamente
Hermanos
Mientras tanto
Sobreviviré.

Marte está tranquilo

Venus lo acaricia
¿Y Luna?
Roja.

El corazón dilatado en una mirada, en un sueño musical
¿Cómo olvidar si has perdido la memoria?

Vestida de negro
Preparando unos huevos fritos
Perdiste el glamour
Dark.

Eres un humano más
No un dios
Tienes que morir.

Los pulpos comerán tus labios rojos
mudos, silenciosos, efectivos.

Oriente-los
Aroma de trementina
La pincelada que termina en el borde.

¡Métemelo!...
Métemelo
...al fin ruegas.

Yo no soy poeta

Ni siquiera prefabricado como esos que viven
Desde que nacen entre tanto Arte
Yo no soy poeta
De los que se pasan en la bohemia
Buscando una razón para describir
Lo que tanto les arde
Yo no soy poeta
Entiéndelo
Los poetas son artistas
Dejan huellas
Yo no soy poeta
Lo siento si no cumplo tus expectativas
Con suerte hablo
Y vivo mi vida
Siendo no poeta
No escritor
No hablador
Soy un simple ser humano
Entrampado en sus vicios
Enamorado de su amante
Pintor a ratos
Escribo para vomitar
Lo que los poetas no quieren hablar.

NOTA DEL SUICIDA:

Todo iba bien, lo sé,
Se creaban ilusiones
Hacíamos sueños juntos
Las perras caminaban aún
intentando besar al perro viejo
El Don iba a paso ligero, pero firme
¿Cómo poder explicar el vacío?
Tus labios hermosos
Esa sonrisa apacigua
a la bestia que invocaste
¿Me maldecirás, insultarás, abominarás de mi nombre,
de mi acto de escapatoria?

Eres amor
Te Amo más.

Perdóname todos los momentos odiosos
que alguna vez te hice pasar.

Ver la vejez

Los fantasmas de todo lo que odiaste
Aparecen
Encarnan
En 2 y 4 patas.

Un pastel de chocolate
En una boca
Sin dientes
Ya no confunde
Sonrisas.

El calendario se detuvo
No hay cumpleaños
¿Tengo 104?
La soledad
Siento sin cuenta.

Muerte, aún no has terminado
tu Obra.
Un día
Nacerás ciego o sordo
ausente de Montañas.

Creemos entender la vida
Y somos simples luciérnagas
Extraños
Todo y todos.

No quiero terminar esa tela

Como si tuviera un final.

Ahora que te vi
Quiero desvestirte

Sobran los jirones de alcohol en la tarde vacía
Se me subió el borgoña
Infantil bebedor de lunas eclipsadas
Esas empanadas están casi tan tentadoras como tú
Sube el estruendo de los huesos que presienten la embestida
Este es el momento, presiento la reineta maravillosa,
como un recuerdo
(así el siguiente 18 lo tendremos presente)
Y el maldito tomate, dio.
A mis espaldas.

Conversando con mi amigo palto, nos dimos cuenta de que “hacía sed”. Mientras tanto, el infinito paño colgado seguía ahí, desafiando al tiempo, a la luz y a la oscuridad, entre otros bicharracos.

Señor Palto, veo la sequía de un hermoso jardín. Hubo muchas historias. Creo que es hora de dejar todo esto. No me la puedo. Veo que sus hojas ya no están verde-contentas y hay mucho polvo a su alrededor. Ni me diga de las alergias. No hay despertar sin estornudos tronadores.

Don Palto,

¿Me creería usted que ha hecho a la gente muy feliz?

¿Acaso se le olvidaron los asaos dieciocheros?

¿Ese brindis mortal de vino y que no sucedió nada?

A los niños, perros y gatos corriendo.

Perros y gatos enterrados junto a usted.

Discúlpeme, estimado Palto por mi sensiblería
con la que me dirijo, con respeto y mucho amor.

He dicho.

Angelina Rivera Peña

Del libro *“Palabras del Águila”*

**Instagram: @blinbliotecher
Facebook.com/psicopedagogaangelina
Calera de Tango, Chile**



Zapatos desordenados

Cada vez que me levanto, escucho el grito de mamá:

¡los zapatos!

ella me grita

¡que te puedes enfermar!

Me los pongo enojada

y mamá no deja de regañar...

¡El suelo está muy helado

y tu salud debes cuidar!

Al llegar yo del colegio,

nuevamente a reclamar...

¡Deja los zapatos ordenados

o si no me he de enojar!

Yo, enojada, los ordeno

y de ropa me he de cambiar

Al llegar la nohcecita

gritos vuelvo a escuchar

¡¿Ordenaste tus zapatos?!

Son los gritos de mamá.

Me levanto de la cama

a ordenarlos, nada más.

Al dormirme ella me besa

y escucho al soñar...

Cuando grande, mi princesa,

ahí tan solo entenderás.

He crecido, ya soy grande, y

soy el reflejo de mamá.

Con mis hijas, ahora grito

¡Los zapatos a ordenar!

Hay cosas que cuando niña, tú jamás entenderás.

Ya de grande

te darás cuenta

de que mamá te quiso enseñar.

El ser madre no es fácil —y tampoco ser papá—.

Ahora no tengo yo a mi vieja

y quisiera volver a escuchar

¡Pues ordena los zapatos

o si no me he de enojar!

Sin embargo, ya mi madre

a mi lado no está.

Te extraño, mi vieja linda,

y te puedo hoy contar

¡la batalla has ganado!

los zapatos ordenados ya están.

Los pulmones no se compran

Camilo lloraba.
Su abuelo necesitaba ya
un par de pulmones
para los de él cambiar.

Abuelito jamás entendió
lo malo que era fumar:
intoxicaba sus pulmones
y la vida de los demás.

Sin embargo, el doctor Cobo
dijo que había que encontrar
pronto otros pulmones
para al abuelo trasplantar.

Nadie era donante
y al abuelo había que ayudar.
Pensé en juntar dinero
y salir a comprar
otro par de pulmones
y a mi abuelo, así, salvar.

Por desgracia no se venden,
esos se deben donar.
Pero nadie los regala,
tienen miedo de ayudar
y salvar a otros hombres
como al abuelo Rafael
que se le agotaron los suyos
por culpa del cigarrillo
que males trae junto a él,
sin embargo, nadie entiende
lo difícil que es
perder al abuelo
que, por porfiado,
no quiso entender
que el cigarro solo haría
la vida a él perder.

Cada día que pasaba
me hacía desesperar
¿por qué la gente no es donante
y así a otros vida dar?

Hoy mi abuelo ya ha partido,
no pudo esperar más;
el humo del cigarrillo
su vida llevó ya.
Yo te invito ahora amigo
ese cigarro apagar,
sea de tu padre,
sea de tu madre,
y, así, vida regalar.

No hay pulmones que se compren
en la esquina nada más,
solo gente generosa
vida puede entregar.

Adiós abuelo,
adiós mi amigo.
Adiós mi viejo,
adiós querido.
Desde el cielo donde estás
un ángel te dirá
que este nieto dolorido
del corazón aquí está,
pues tu partida, mi viejo,
no me deja respirar.

Entre llantos y amargura
yo quiero a todos gritar
***¡apaga ese cigarrillo
que con tu vida acabarás!***

Cama vacía

Mi mamá se ha enfermado
está en cama hace un mes;
tengo miedo, yo la veo
que adelgaza sin comer.

Todos dicen que mi madre
algo grave ha de tener;
tengo miedo que algo pase
y a mi madre, así, perder.

Han pasado 15 días y mi madre comenzó
a quedarse sin cabello, por la quimio del doctor.
Él le dice a mi mamita que así estará mejor,
mas la miro y yo creo que el doctor solo mintió.

Cada día que se pasa, mi mamita está peor.
Tengo miedo, ya no duermo, mi sentir es de temor.
Quiero estar junto a mi madre en toda ocasión,
no perderla ni de vista para aprovechar todo su amor.

Salgo al patio y miro al lado y escucho murmurar
y me dice mi vecina que me debo preparar.
¿preparar qué significa?
¿es como ir a cocinar?

Mi papito me explica que mamá está muy mal
tiene cáncer, él me dice, una terrible enfermedad.
Yo no entiendo qué es eso
solo veo adelgazar cada día a mi mamita
y sin ganas ya estar.

Al partir hasta el colegio muy nervioso yo me fui.
Presentía que algo raro rondaba por ahí.
Le expliqué a mi papito que sentía el rondar
de una figura extraña cerca de mamá.

Mi papito no creyó
y en el colegio me dejó;
cuando solo me quedé,
la fatiga me invadió.

Al llegar hasta mi casa
me acerqué a mi mamá,
quien apenas me hablaba,
y jadeaba al respirar.

¿Qué te pasa, mi mamita?
No me vayas a dejar.
Yo prometo ser muy bueno
y estudiar un poco más.

Mi niño, yo te digo,
esta gran enfermedad
ha invadido el cuerpo entero
de tu madre, hasta el final

Pero mami, ¿qué me dices? Tú no me puedes dejar.
Mi pequeño, mi niño, ya no puedo respirar.
Solo pido que te acuerdes de que un ángel ganará,
que tu madre, desde el cielo, siempre te vendrá a cuidar.

No, mamita, no me dejes;
no, mamita, por favor,
que sin ti yo desespero
y me quedo sin amor.

Solo te pido, mi niño,
no cometas el error:
jamás tomes un cigarro:
esa fue mi perdición.

Ha partido mi mamita
y te quiero dar lección:
apaga ese cigarro apenas tengas la ocasión.
¡Él mato a mi mamita y destruyó mi corazón!

Es por eso que te invito
el cigarro a dejar
que no ensucies tus pulmones
y los de los demás

Este es el consejo de un niño
que quiere ayudar
a todas las familias
para esta historia no leer más.

DETENTE

Cuando sale de la casa
no deja de pensar
en todo lo que deja
al dejar este lugar.
Una madre que la observa
al mirarla, nada más,
a través de la ventana
y no para de llorar.
Ha crecido su niña
y un hogar quiere formar
con un hombre
que no gusta
ni al papá ni a la mamá.

Escuchar es de un gran sabio,
le menciona el papá
cuando ve que su niña
no hay razón que quiera escuchar.
La madre, acongojada,
cree que él no va cambiar.
Es el novio de su hija,
pero no lo puede soportar.

En un día de verano
él su mano levantó
y agredió a su niña
sin respeto... sin amor
Alguien que a ti te levantó una mano
y te da dolor
no es el hombre de tu vida
es un diablo SIN CORAZÓN.

Sin embargo, si no escuchas
lo que dice esta canción,
sufirás tú de maltrato
por quien crees es tu amor.
Quién más sabe que tu madre
lo que es bueno para ti,
o bien, escucha a tu padre
y al tío de por allí.

La familia siempre quiere
lo que es mejor para ti.
La madre, asustada,
se sienta en el sofá;
siente algo en el pecho
que no puede ya explicar.
Angustiada, ella se queda
y no deja de pensar
lo que puede sucederle
a la hijita de mamá.

Alterado está el padre
con temor inexplicable
pues la hija
no les cree
que un golpe
nada trae.

Han pasado siete días
de la partida de Isabel.
No contesta el teléfono
y tampoco el de él.
Preocupados ellos van
a buscar a su bebé
a la casa que ese hombre
construyó con fraude
entre mentiras y golpes
la llevó junto a él.

Al acercarse a la casa
ven luces por doquier
son los policías
que estaban junto a él.
La madre corre
para saber qué es lo que es,
el padre se le acerca angustiado él también.
¿Qué ha pasado, policía?
¿qué sucede, dime, Andrés?
Lo que pasa es que su hija
agredida fue por él.
¿Qué le has hecho a mi pequeña?
¿qué le has hecho, dime, Andrés?

Su pequeña ha partido,
pues yo bien la maté.
La madre se desmaya
el padre también.
Los vecinos observan
conmovidos también.

Una mujer tan joven
y tan linda a la vez
por los celos de un mal hombre
ha partido sin saber
que si escuchas a tus padres
o denuncias una vez
tu destino tú proteges
y la vida de otros también.

El dolor de aquellos padres
jamás borrarán
por la culpa de callar
y una vergüenza no pasar.

Cuando sepas
de agresiones
jamás debes callar
y si escuchas razones y la voz de los demás
un hombre que te ama
jamás golpeará
a la princesa de sus sueños,
a la que hijos le dará.

Evita una pena,
descubre esta verdad:
el hombre que te ama
él siempre te cuidará.
En penas y alegrías
él siempre estará
disfrutando de miradas
que otros hombres puedan dar
a esta linda princesita
que de él solo será.

Un hombre
que es bien hombre
sabe valorar
lo que él ha cautivado con amor y nada más.

Escucha los consejos
escucha a los demás
y nunca así en la vida
tendremos que lamentar
la partida de una niña
por maltrato, nada más.

Lorena Rioseco

Facebook.com/lorenarioseco
Curacaví, Chile



Apegos y Abandonos

Se exalta el momento
Eternizándose
Suaves movimientos
Los qué se piensan
y los qué casualmente nunca se escribieron
Inmola la poesía insondables imágenes
gimiendo juntas como animal en celo
a los cuatro vientos
La vida nos apremia a enajenarnos
para no sentir la piel enclavada
El sol se esconde tímido tras una sólida nube
de un blanco puro que trasluce una cínica inocencia
La Luna inventa un eclipse
Las rosas se aprietan pétalo a pétalo para no florecer
Los ríos se congelan de susto y espanto
Los árboles luchan para no quebrarse
ante la fuerza del viento... mientras DIOS ENMUDECE
¿Quién no teme en la profundidad de su arcoíris ser abandonado?
No hay nada más mío que mis fantasmas
es que al fin y al cabo así somos los rinocerontes...

Esbozo de un Edén por conquistar

Patria cobijo de menesterosos
Consuelo de desesperados, sangre de guerreros
justicia de derechos amparados tras los velos de un país perdido.
País anclado entre montañas bendecidas de blanco nacidas de sangre y de esperanza de
ríos, hogar de pumas y culebras de sometimiento
y de casas sudadas de adobe incrustadas en periferias de cerros.
Suspiro de pueblo, negando su voz. acallando su gritar por chauchas de monedas
dueños de tierras, forjadores de fronteras sobre la cual se pare patria en honduras de almas
humilladas sin ley en medio de lodazales de penurias y fosas usurpadas de nombres
Tras revoltijos y masacres nace la historia, penetra como balas de pólvora y cañones de
tanques que destruyen todo a su pasar
el néctar de las uvas
el polen de las amapolas
las hojas de las calas
los pistilos de la rosa y el tallo del loto
Cuando las ideas se confrontan nacidas a la luz de lontananza
del mirar de cada cual y el odio brota de la impotente incertidumbre
que se alza como árboles de selva entre el albergar y su llegar.
Destrucción del olvido y pasión del miedo
he ahí la patria que se pierde entre medio de insensatas luchas por el poder
vigilando con fusiles que ninguna margarita florezca entre medio del prado
sobre misteriosas arenas del desierto
que esconden el cántico del deseo de todos...

Crujir de gaviotas

Refugio de maniquí

Escondite de cueva y mampara de vidrio

No hay pena, el sol seca mis lágrimas

mientras Dios cepilla mis cabellos.

A veces miramos con desprecio a una cucaracha

y no nos damos cuenta de que ella es un reflejo de nosotros mismos.

A veces miramos con desprecio al vagabundo

y no nos damos cuenta de que este

es el ser carente que habita en nosotros

cuando vemos por la calle a transexuales y prostitutas

los rechazamos con vehemencia, pues nos nacen confusiones

respecto a los caminos de la vida.

La vida no es lo que uno camina

la vida son las piedras macizas con las que tropezamos

la vida no es nadar sobre un lago manso, sino el dejarse

arrastrar por los ríos torrentosos.

Y al final se caen los sueños

recorremos a pie descalzo todas las arenas de las playas

con el sol enfrente y la mirada ya marchita.

Luz de Eva

La Vida

La Muerte

El Sentido

¿De qué valen?

Ata a la Vida la ilusión de ser especiales

Únicos

Que todo lo oculto se revelará y traerá paz

La caída

Dios

El llanto

El vacío

El desgarró

La tortura de la ignorancia.

El peor de los trigos

El aullar del ganado

El ladrido de los tozudos

El silencio de los sabios

(A quienes Dios les dio un nombre y les asignó un Camino)

Caída y preocupación, nuestro destino

Nuestra verdad la amapola ha florecido

La morfina ha amortiguado el dolor

Mas el poder de Dios nos da la fuerza para seguir... seguir

¿A DÓNDE?

Dos ruidos

Sólo quedan dos ruidos
En los silencios distendidos tras las aguas desangradas de los fríos
Sólo quedan dos ruidos
Entre el soñar en vigilia
Campo donde yacen todos los deseos desvanecidos
Mientras en su furia la sangre cándida
nace en su mirar el alba
En su respirar alivio
Tras los soles de agosto y las nieves de julio

Sólo quedan dos ruidos
Mi cuerpo sabe en el alma su momento
A medio morder y medio morir

Sólo quedan dos ruidos

Besos y desenfrenos

¿Qué será de tanto amor?
¿Qué será de tanta sed?

Me perderé

Me perderé como se pierden esas noches de insomnio.
Como se van en vuelo incierto las golondrinas en su libertad.
Así ,como el soplo ahogado en un charco de lágrimas embarradas
entre laderas azotadas por un crudo invierno.

Me perderé en esas calles sin salida
en medio de un tiempo sin estancia.

Alma en pena
Pena profunda del alma.

Escribiré en cristales su nombre en las catacumbas donde yacen los amores extraviados
En cada fragmento depositado sobre un papel desahuciado de olvido
entre charcos de lágrimas embarradas en laderas azotadas por un crudo invierno.

Pancho querido

Valparaíso, negro de noche
Mascarón sin rostro
Puerto olvidado

Observa cansino el ardor del cielo y el serpentear de llamas sobre sus cerros ingenuos, nacidos de la indolencia y el tezón del hombre con callos y piel ajada.

El puerto grita su memoria al viento, luchando para que el olvido no se lo lleve y su eco impida el huir de los buques y el zarpar de las gaviotas.

Pancho, que ni el sol derrita tu oro, ni las tempestades sequen tus praderas.

Que no tronen las grietas y que el pobre con calle cuide tu historia.

Por un Syrah

Meteoritos color rubí

Simulando la borra de Dios

Queriendo decir a los aires

Que el aire me falta

Que me falta un último trago de un gran Syrah

Para decir, lo que mis letras ocultan

El disfraz sin olvido

De tu cuerpo olor a uva y mi cuerpo olor a ti...

Carol Wuay

**Facebook.com/carolina.pavezvaldivieso
San Bernardo, Chile**



Perfume costoso

Hay tormentos que no te abandonan. La persiguen a una como si fueran hambrientos insectos que trepan al cerebro, hasta que te rindes. Así me pasó cuando tuve el presentimiento de que me engañabas.

No fue fácil aceptarlo. ¡Te lo juro! Tú siempre te mostrabas tan fiel; tan bueno conmigo que, cuando Claudia me insinuó que a lo mejor "había otra", casi la cacheteo allí mismo. Pero algunas cosas me hicieron dudar; y eso fue lo malo, porque nunca pensé que la infidelidad fuera un asunto dentro de mi matrimonio.

Sin embargo, ahora estoy confundida. Claudia, con su chisme venenoso, logró enturbiarme el alma; y eso que después me confesé. Se lo dije

todo al cura, y aún así el mal pensamiento siguió atormentándome..., alimentándose de mis temores como si se tratara de un invisible vampiro que, cada vez que succionaba, se hacía más poderoso. Y yo, que oía tu risita hipócrita, pensaba en cuándo ibas a decírmelo; si tendrías el valor suficiente, o seguirías con la misma canción "de las locas ocurrencias del jefe de la oficina". Pero nunca me insinuaste nada; hasta que surgió la famosa "Victoria", la nueva secretaria. Entonces salté de mi asiento y te ahogué en preguntas.

Me dijiste que era bonita, morena y simpática; y recordé a Claudia, a su boca estúpida escupiendo los malos chismes que, desde ese momento, me persiguieron quitándome incluso

el sueño. Pero, ya ves, una cosa llevó a la otra. Tú no me engañarías; y aún así, los pensamientos me comían el alma.

Siempre te amé; sin embargo, nunca olvidé lo del perfume. Lo llevabas pegado al cuello como si fuera un odorífero fantasma. No era el mío, lo sé. Y esa fue la señal de tu culpa. Lo que impulsó mi mano siniestra sobre el cuchillo para hacerte caer hecho sangre y sorpresa sobre la alfombra. Luego vino lo del cuerpo. Es increíblemente lo fácil que resulta en las películas el ocultarlo. Bueno, con un escritor al lado sobran las sugerencias; pero a mí no se me ocurrió mejor cosa que ponerte detrás de la cortina cuando tocaron el timbre. Se te veían los zapatos.

Claudia entró toda risas sin que yo alcanzara a evitarlo. Se sentó en el sofá (la muy fresca) y comenzó a contarme de cosas que no me interesaron. Siempre fue aburrida la pobre, y mi mente no dejaba de pensar en tus zapatos. Era cosa que ella volteara un poco para verlos. Entonces, ¿qué le diría?

No quise imaginármelo. Le ofrecí un té y disimulé estar muy tranquila. Total, tú no estorbabas; aunque el incesante viento agitaba de vez en cuando la cortina, haciéndome presa del pánico. No fuera que, con tan-

ta ventolera, Claudia te descubriera, justo ahora que miraba hacia el costado, porque la corriente de aire le estaba helando las piernas. Le pregunté sobre la nueva secretaria; eso la despreocupó con respecto al frío; y, riendo tontamente, me contó que la habían despedido la semana pasada porque era una calamidad en el computador.

Aquello me volcó el alma. ¿Cómo iba a saberlo? Recuerdo que me quedé petrificada por unos minutos. Me dolía la cabeza, y de reojo miré de nuevo tus zapatos negros. Estaban sucios. Fue entonces que apareció el dichoso frasquito en manos de Claudia. Lo traía de la oficina porque se te olvidó sobre el escritorio. Era mi regalo de aniversario; y ahora ella, mi fastidiosa amiga, en un "generoso" favor me lo entregaba.

—Tu marido quedó encantado cuando lo probó —dijo, sonriendo. Claro que el pobre quedó un poco pasado con el olor; pero fue él quien tuvo la idea de verificar si era un perfume caro.

No quise saber más. Con el alma atormentada por el dolor, me abalancé hacia la cortina; y, al descorrerla (ante la confusión de Claudia), vi que bajo la mirada de tu ojo sangrante y acusador el frasco resbalaba entre mis manos.

La sepultura

Un frío intenso me invade cuando despierto. ¿En dónde estoy? Es lo primero que me pregunto. Pero no hay respuesta porque ya la sé. Un hedor nauseabundo me llega hasta la boca, y siento ganas de vomitar. Sin embargo, la blandura del lecho me acomoda de manera que tampoco quiero moverme. Mi mano recorre el contorno de aquel lugar que me encierra: es suave, cuadrado, cómodo. Pero no me gusta. Nunca me ha gustado. El hedor me mata, me entra por las narices hasta el estómago, revolviéndolo todo y luego..., giro para observar los miles de gusanos que se retuercen como masa fétida sobre mis huesos. Con rabia inusitada tomé un puñado de ellos para aplastarlos entre mis dedos. Odio a los bichos. A los bichos en general, y más encima

si tengo que compartir el poco espacio...

Hay maldad también en esos hijos de la putrefacción; porque, en venganza a mis recelos, los que aún siguen dentro del ataúd intentan morderme. Pero los labios podridos de mi calavera parecen burlarse de ellos. En fin, les será difícil sacar algún provecho de mí, porque enseguida me elevo y salgo del entierro. De mi entierro, en el que fui sepultado hace meses.

Una brisa helada mueve las hojas que hay sobre la losa, y veo que mi nombre sigue allí. Con la diferencia de que ya no hay flores. Ni un solo botón de rosa acompaña mis restos. ¿Me habrán olvidado?

Me inclino sobre la tumba y espero. Espero no sé qué. El silencio de la noche me acoge como si fuera un huérfano. En medio del cementerio, mi alma se queja y nadie la oye. No entiendo qué hago yo aquí. Pero el pasado oscuro me culpa. Me sigue culpando. Asesiné sin piedad; mutilé la vida sin piedad; y ahora la Muerte no tenía piedad conmigo.

Bajo la fea losa mis restos se descomponían. Cada día mi espíritu era testigo de ello. Una tortura de la que no podía escapar. Entonces, angustiado por este continuo dolor, es que se me escapa un lamento. El cementerio lo repite entre las tumbas con orgullo: es el canto de los muertos, el que se oye siempre. Alguien, en otro extremo, me responde. Me hace saber que no estoy solo. Pero, ¿a quién le importa eso? La soledad del alma no la llena nadie más que Dios. Y lo digo, incluso siendo ateo. Después de la muerte me enteré que de verdad existía y, sin embargo..., ¡ya fue tarde para mí!

El desgarrador sollozo vuelve a repetirse. Por lo visto ese “alguien” sufre tanto como yo. De todos modos no me conmueve. Estoy atrapado en la fosa igual que él, y eso no me hace más benévolo. Tampoco hago visitas a domicilio. Aunque fui médico estando vivo, ahora no me movería de mi sitio, aunque se muriera quien ya

está muerto. Incluso resulta extraño el sólo pensarlo: el alma duele como si tuviera cuerpo y no hay medicina humana para evitarlo.

Una neblina ovalada escapa de uno de los muros. Me imagino que es el alma que antes se lamentaba y que ahora por algo huye. Pongo atención a lo que sucede. Se oyen voces. Se encienden luces. Un grupo de personas entra al cementerio. No es nuevo para mí. Son periodistas buscando noticias macabras. Está de moda hoy en día. A la gente le gusta pasar susto. Es la adrenalina que les atrae. Si supieran lo que es realmente el miedo, jamás pondrían un pie aquí. Bastaría que supieran lo que es estar durante meses enterrado con tu cuerpo, y observar cómo aquél se descompone. Esa es la peor prisión, la más macabra. El verte que te hinchas, que luego los gusanos te devoran..., saliendo de tu boca, de tus ojos, de tu vientre. Por suerte, lo peor de mi estado ya pasó, porque ahora sólo quedan los huesos. Y es por eso: por el hambre es que los malditos gusanos están tratando de comerse entre ellos.

Me dan risa porque, como yo, tampoco tienen salida.

El grupo de periodistas se dispersa. Busca entre las tumbas, mientras las cámaras graban. Tal vez mi compañero de llanto sea tímido. Pero yo

esperaré a esa gente desde mi puesto. Con el cuerpo bien inclinado sobre la losa para darles la impresión de que soy un alma preocupada por sus restos.

Entonces oigo que los pasos se acercan, y una fuerte luz azul me da de lleno. No me muevo. No quiero moverme. Sigo en actitud pétreo.

Alguien grita cuando me descubre. Parece que es quien me filmaba porque la luz de su cámara titubeó un poco. Sigo inclinado, inmóvil, aún cuando uno de ellos me llama:

—Amigo..., ¡amigo! Lo odio por decir eso porque no soy su amigo.

—Eh, amigo... ¿quién es usted?— insiste.

El hombre es valiente, lo reconozco. O muy idiota. Ni yo les hablo a los muertos. Pero no le doy la cara. Sé que me sigue filmando, aun cuando oigo que gran parte de su grupo ha huido asustado.

—¿Necesita ayuda? —vuelve a preguntarme, distanciando los pasos por si a mi pobre alma se le ocurre hacer algo.

Un suspiro de amargo dolor me recorre al oírlo. La sola pregunta me duele. "Ayuda". Claro que quiero ayuda. A nadie le gustaría estar amarra-

do a sus huesos. Si pudiera salir de aquí... lejos de toda lúgubre compañía.

El silencio sobrecogedor hace esperar a quien me habla. Ayuda. Ayuda humana. Rezos. Algo. Pero, ¿qué puede darme este hombre? A él sólo le interesa la tenebrosa noticia en su programa. A mí el descanso de mi alma. En la mudez de sus tumbas, los otros muertos también esperan mi respuesta.

Y giro mi rostro hacia aquel periodista que, en su ansiedad y miedo, me observa.

—Ayúdame, por favor —le suplico, levantándome para extenderle mis brazos como si fuera un niño despojado por la vida.

Pero el hombre retrocede y grita. Grita al distinguir la horrenda muerte que llevo encima; porque mi voz es sólo un lamento...; mi alma el remedo de la humanidad; mi rostro el infatigable tormento, en cuyas cuencas vacías se expresa la desesperación. Soy un espectro. El peor de todos por haber sido un asesino.

Y mi esperanza huye entre las tumbas, tropezando..., gritando con la filmadora a punto de caérsele de las manos. Luego vuelve el triste silencio. El cementerio no me reprocha el

deseo que tengo de huir. No lo hace con nadie. Como la Muerte, también es indolente con el sufrimiento de quienes somos sus prisioneros.

Y, otra vez, resignado a mi suerte, me hundo entre mis huesos, espe-

rando en medio de la nada que el tormento para mi alma deje algún día de serlo.

Tal vez, mañana... vengan otros periodistas.

Luis R. Soto

luchosoto@hotmail.com
Instagram: @luchosoto
Facebook.com/luissotoescritor
Rancagua, Chile



Solna: la bailarina

I

Solna llegó con su hijo Gotem a Rancagua en la primavera del año 98. Provenía de Calama donde, según ella, hacía un show de tipo internacional nunca antes visto en esos lugares. Y era cierto, tenía el rótulo de “internacional” porque los pirqueros y mineros del norte nunca habían presenciado una performance de esa calidad.

Solna, con el pelo tomado, llega hasta el escenario con un violín en una mano y con el arco en la otra. Está envuelta en una larga capa roja de satén. Permanece de pie sobre el tableado, sin luces. Totalmente oscuro. Nadie puede verla. Alguien, (cualquiera que tenga buena disposición

en este momento), vierte un círculo de bencina a su alrededor. Las luces de colores se encienden y la apuntan. El público aplaude. Solna se suelta el pelo y deja caer su capa roja de satén. Está desnuda, solo cubierta con tres hojas plásticas de parra, (dos en sus pechos y otra en su pubis). El mismo ayudante prende fuego, y ella, rodeada de calor, comienza a tocar en su violín el “*Himno de la Alegría*”, única pieza que conoce y que, a pesar de tantos años de shows, nunca aprendió a ejecutar sin dificultad. Su viejo violín que, como contaba, perteneció a su desconocido padre, es el único recuerdo que tiene de él, y por eso, desde siempre le otorgó a ese instrumento un trato especial de extremo cuidado: lo aseaba de manera incesante y precavía como fuese los cortes

de cuerdas, porque, por entonces, no había dinero para reemplazarlas. Desde que era parte del staff del Lucifer, el aseo a su violín se había convertido en una obsesión: todos los lunes con un algodón empapado de bencina (la misma bencina que utilizaba en su show), pausadamente, extraía todo el polvo, y luego, lo frotaba con esmero con un paño limpio, soslayando ralladuras (hasta que el barniz comenzaba de nuevo a brillar).

—Este pueblo de mierda tiene tres cosas: a Cobreloa, mineros y mucha tierra. —reclamaba siempre Solna.

Luego, cuando el fuego se extingue —que coincidentemente termina con el “*Himno de la Alegría*”—, los espectadores, sin tener mucho conocimiento de las melodías clásicas de Beethoveen, trago en mano, lanzan aullidos de éxtasis y, siempre, piden eufóricos un bis.

El escenario vuelve a oscurecerse. Sin que el público lo note, ella le entrega el violín y el arco al colaborador de turno. Las luces vuelven a encenderse intempestivamente, y se escucha en todo el local la canción “Sing a song” de The Carpenters. En la instrumentalización del comienzo, Solna con mucha elegancia se desprende las hojas de parra de sus pechos y la hoja que cubre su pubis. ¡Es un delei-

te! Sus partes solo quedan cubiertas por un par de pezoneras y un conchero dorado, como el color de su cabello. Comienza a hacer la fonomímica de la canción mientras mueve sus brazos y manos con precisión y delicadeza. Durante el coro (la, la, la, la, laaa), le pide al público que cante con ella. Este, a esas alturas, totalmente amansado, canta y algunos siguen aullando. Al finalizar su espectáculo, recoge su capa de satén, se cubre con desplante y se despide lanzando besos.

II

Solna a su arribo a Rancagua, aún era joven. No demostraba sus 32 años a pesar de haber vivido toda su vida en el desierto, que envejece el cuero y lo chamusca. Su cabellera permanecía rubia y sus ojos de azul profundo. Su cuerpo seguía siendo albo y enlozado conservando esa escultural delgadez muy proporcionada que la distinguía del resto de las mujeres de su lugar de origen.

Fue un día sábado primero de abril (el día de su cumpleaños número 16): Solna caminaba por una de las calles secas de su Calama con una bolsa de género para comprar pan en un negocio de abarrotes cercano, cuando, sorpresivamente recibió el

grito de una mujer después de verla transitar frente a ella. Le preguntó su edad y si era extranjera. Sin embargo, advirtió, con sorpresa al responderle, que Solna no solo era chilena, sino que de la zona.

—¡No te había visto nunca! ¿Te gustaría ser modelo? Anda por la tarde. A eso de las seis, a este lugar. —le entregó una tarjeta —y, pregunta por este caballero. Dile que te envió la Magaly.

La dirección señalada estaba en un sector de la ciudad lejos de su casa, pero al que podía llegar caminando. Nunca había ido hasta allí. A pesar de ser desconocido, la incertidumbre y un sesgo de arrojo la condujo hasta esa calle de tierra, de variedad de terrones marrones cerca de una cancha de fútbol de arcos de madera, donde encontró que aún el sol de las seis fregaba sus cabellos y los bautizaba en espigas. El lugar estaba cerrado. Nada le anunciaba que había detrás de aquella puerta café descascarada y de esas paredes verde agua. Ella lo ignoraba, pero, todo hombre de la zona sabía desde su nacimiento cuál era el propósito que se ocultaba en esos muros. Porque si había algo que caracterizaba al Lucifer era su discreción. No había anuncios, ni letreros, ni nada. Solo un hombre que, después de las diez de la noche, sentado detrás de la puerta, contestaba a tres golpes

rítmicos que daban los parroquianos a medida que deseaban ingresar.

—¡Quién está en los cielos!
—¡*Lucifer!* —contestaba la visita.

Entonces, se abrió la puerta y se le entregaba una ficha con un número, que se debía retornar al momento de salir del recinto.

Eran cerca de las seis cuando don Aníbal caminaba hasta aquel domicilio. Solna aún esperaba sentada en el piso sobre la bolsa de género. El hombre no evitó contener su sorpresa al ver a una muchacha con el pelo claro colgando por alrededor de sus delgadas piernas. Era una flor de maravilla adosada a ese paisaje deshidratado y deslucido. Sin duda presenció a un ángel que esperaba por él. ¿Será la muerte, que de mechones dorados y silueta de ninfa viene por mí? —caviló mientras se aproximaba.

—¿Usted es don Aníbal? Me envió doña Magaly. Es porque quiero ser modelo —pronunció la muchacha. El hombre encorvado producto de una esclerosis de juventud le pidió que lo siguiera. Abrió la puerta y la condujo por un pasillo hasta un gran salón donde, en un rincón frente a una palmera, se erguía un escenario de tablas. Solna imaginó de inmediato que sobre aquel, algún día iba a modelar, tal como lo hacían las niñas que

acompañaban a Enrique Maluenda en el “*Festival de la Una*”, programa que no se perdía al mediodía, y que veía antes de irse al colegio en su televisor blanco y negro *IRT*.

—¡Qué gran regalo de cumpleaños le daba la vida! —pensó.

III

—Soy una artista consagrada. Solo hago espectáculos de varieté. No se pase pa’ la punta, oiga.

Muchas veces le hizo saber a tanto gañán desesperado que no se conformaba con la pura performance. Y era verdad, ya veinteañera, llegaba con su maleta por las noches al “*Lucifer*” con el desparpajo de la experiencia. En ella: maquillaje, perfume, algún disfraz según el tipo de show y siempre su violín. El *Lucifer* se había convertido en el night club más masivo e importante del sector, e incluso se podría creer que era, principalmente, por la belleza de las “modelos” y la calidad de sus espectáculos, que a esa altura reclutaba a ocho bellas muchachas, de las cuales dos eran peruanas, una era argentina y una era yugoslava. (Alenka, había seguido hasta Chile al equipo de fútbol de su país que competía en el Mundial Juvenil de fútbol, ese año 1987. En esto, le sobrevino una peritonitis, quedan-

do hospitalizada por varios días en Antofagasta. Perdió sus pasajes de retorno y no tuvo dinero para volver). Por aquella época, don Aníbal había fallecido y su único hijo, Marcos, había dejado su último año de estudios universitarios para dedicarse a administrar esta mina de oro.

—No cualquier artista baila en el “*Lucifer*”. Para entrar hay que ser bonita y muy talentosa —decía Solna cuando se sabía más apreciada. Y era cierto, no era fácil ser parte de ese exclusivo staff. Incluso las muchachas recibían una capacitación del dueño para ser modelos y de las antiguas bailarinas del local, y al finalizar, solo eran seleccionadas unas pocas.

Fue así que, en un comienzo, Solna hizo su debut a los 16 años. Bailaba en el escenario con un traje de baño setentero que se había conseguido con una amiga, mientras tocaba con su violín el “*Himno de la Alegría*”. Solo eso. No mucho tampoco, para un público cansado y poco exigente, que luego de la faena evitaba, como fuese, llegar a su casa. Sin embargo, fue creciendo. En la adultez sus shows cada vez fueron más osados, y también comenzó a tener los primeros admiradores: aquellos que le enviaban flores a su casa (exiguas en esos terruños y por eso, muy valoradas), anillos de plata y hasta de oro; y hubo, incluso, algunos que hablaron con doña

Chepa, la madre de Solna, para pedir la mano de su hija.

—Ahora Solna, vino el chiquillo del almacén a decirme que quiere casarse contigo. ¿Por qué no dejas de andar bailando y te poní a trabajar como todo el mundo?

—Mamí. Eso lo hemos hablado muchas veces... Diosito me dio un don. No todo el mundo es una artista de varieté. Va a ver mami que voy a llegar lejos. Usted confíe en mí no más.

La mujer solo la observaba incrédula.

En un principio, no sabía que su hija, día tras día (o mejor dicho, noche tras noche), se convertía en un talento innato en el escenario de ese night club. Se acostaba luego de la teleserie, y a eso de las nueve de la noche, salía por la ventana de su pieza, con su maleta en dirección al Lucifer, y volvía a las seis de la mañana (no podía retornar antes de que concluyera el “toque de queda”). Ganaba doscientos pesos por noche (una cantidad que nunca pensó recibir y, por la que su madre lucharía una semana a cambio de los trabajos de costura que realizaba). Comenzaba sus shows sin que fueran de alto impacto. Estos eran al inicio de cada jornada, aún cuando el público no llegaba en su totalidad y había mu-

chas mesas vacías. Solo para preparar el ambiente y los números estelares que se sucedían en horario de traspase.

Pero aquello duró solo una semana. Las viejas conventilleras comenzaron a rumorear que había una chiquilla parecida a la Solna bailando en el “*Lucifer*” todas las noches. Decían que tocaba el violín en traje de baño, y que después los hombres se la llevaban para el fondo, donde habían varios catres de somier esperando (lo que, sin duda, era una falacia. Nadie se llevó a Solna para ningún sector y tampoco habían catres de somier al fondo del Lucifer. Quien alguna vez llegó al fondo del *night club* debió transitar por un tipo túnel de roca. Un pasillo oscuro en declive, que iba en descenso en cada paso y que se estrechaba hasta perder la claridad. Se dice de que solo dos porfiados y curiosos clientes hicieron la expedición y que volvieron totalmente diferentes. Nunca dijeron nada. El primero porque quedó mudo y el último porque sufrió un infarto al salir y falleció. Desde entonces, se rumoreaba que el mismísimo Lucifer habitaba allí, y que, era por eso el nombre del recinto y las ganancias excesivas que su dueño obtenía. Pero eso es otra historia).

Fue una noche que la verdad salió a la luz. Un martes 13 para fatalidad de

después que cerró la carnicería fue solito hasta las puertas del “*Lucifer*”. Después, siempre se excusó diciendo que su propósito ese día era saber si la Solna bailaba desnuda en ese local, y no que deseaba volver a sus antiguas correrías. Al ingresar se sentó en una mesa al lado de la palmera (tronco chueco sin ramas, que simularon sus hojas con trozos rectangulares de papel crepé, clavados juntos desde un extremo a la base superior del tronco, y que, al verlo a distancia, se asemejaba a ese tipo de árbol. El dueño pensó en otorgar un toque caribeño al local en medio del desierto). Luego de pedir un “*pisquito*” comenzó a disfrutar de la función. Como en todo lugar pequeño, el compañerismo no se le niega a nadie. Aceptó que un hombre cincuentón, de rostro moreno y que, don Choche, identificó como un pirquinero por sus manos callosas y uñas enterradas, se sentara con él, pudiendo compartir la mesa. Luego, pidieron un jarro de chicha y unas empanadas de pino con ají mientras presenciaban la performance de “*Las Gatas del Norte*”. Dos cuarentonas disfrazadas de gatas que tocaban el acordeón y que cada vez que se equivocaban en la letra de una canción (lo que hacían a propósito), se sacaban sensualmente una prenda. Ya en la tercera canción de “*Las Gatas del Norte*”, don Choche y don Evaristo Mamani habían abierto breves diálogos. Este último con-

fesó ser pirquinero, lo que provocó una leve sonrisa del primero, propia del adivino subestimado. Luego, con una prisa sofocante, solicitaron un segundo jarrón de chicha y otro par de empanadas con ají.

Cerca de las diez y media de la noche, subió al escenario don Aníbal con un frac negro, gastado y sin mirar al público producto de su enfermedad lumbar. Anunció hacia el piso el próximo número:

—Ahora, amables caballeros, la revelación de este año... desde Rusia con amor: La amortosica: Melina.

Y apareció tras el telón Solna en traje de baño y con el violín de su padre.

IV

El Gotem, cuando llegó a Rancagua con su madre, tenía 8 años. Siempre en su silla de ruedas producto de una mal formación de nacimiento, que él repetía como “*espinas bífidas*”, cada vez que un intruso le preguntaba por su situación. El niño se encontraba en compañía de su tesoro más preciado: un personal stereo marca Kio-to, obsequiado por su madre hace dos años, un día 6 de enero, para

su cumpleaños. Ese artefacto que lo mantenía distante de la realidad y escuchando a su banda preferida: “*The Carpenters*”.

Esa noche, don Choche se levantó de la mesa enfurecido. Fue hasta el escenario y la agarró de las mechas. Solna, quien no se atrevía a soltar su violín, gritaba desesperada pidiendo ayuda, sin darse cuenta, que quien la zamarreaba era su padrastro. Dos hombres acudieron violentamente en su socorro y le dieron tantos puñetazos a don Choche, que quedó tendido ensangrentado e inconsciente a un costado del escenario. Solna reconoció a su padrastro demasiado tarde. Se hincó frente a él y le limpió las heridas mientras don Aníbal anunciaba el retorno de “*Las Gatas del Norte*”. El show debía continuar.

Solna llevó a su padrastro hasta su casa con ayuda de don Evaristo Mamani, quien condujo la vieja camioneta de don Choche. Sin embargo, al día siguiente, cuando este despertó y le contó a doña Chepa todo lo que había visto la noche anterior, el griterío, con mechoneo incluido, duró varias horas.

—No soy una maraca. Soy una artista. ¡Soy una artista! —respondía con el rostro rojo de tanto cachetazo.

—Tu deber es estudiar. No andar

bailando para los hombres. ¡Yo no quiero maracas en la familia! ¡Si no me vas a hacer caso... la puerta es ancha!

Esa noche Solna llenó su pequeña maleta con su violín y algo de ropa, y se fue de la casa. No tenía un destino. Así que hizo el recorrido de todas las noches y llegó hasta el “*Lucifer*”, pero esta vez sin deseos de retornar.

—Aquí, chiquilla. No te puedes quedar. No tengo donde —le respondió don Aníbal ante su petición.

—Pero si atrás hay unos catres. Déjeme quedarme unos días allí.

—¿Y a vo’ quien te dijo que atrás habían catres? Tienes prohibido ir al fondo del local. Allí no va nadie. Ni yo voy pa’ allá.

Solna lo miró con desazón.

—Necesito un lugar para quedarme. Por favor.

—¡Mira! Anda donde el Marquitos. Pregúntale si te puede arrendar una pieza en su casa. Dile que tú eres una “modelo” del “*Lucifer*”.

Solna caminó cinco cuadras y llegó hasta la casa de Marquitos, hijo de don Aníbal.

Marquitos tenía 23 años. Estudiaba ingeniería en la Universidad de

Antofagasta, pero por aquellos días de Semana Santa se quedaba en Calama en la casa que compartía con su la Solna. Su padrastro, don Choche, madre, antes que esta falleciera hace un par de años.

—Don Aníbal pregunta si me puedo quedar aquí algunos días. Soy modelo del Lucifer —se anunció Solna.

—Nunca te había visto —respondió el muchacho alucinado por la belleza que se presentaba ante él —Puedes quedarte el tiempo que quieras —sostuvo tímido —Por el tiempo que desees.

V

Solna llegó a Rancagua a casa de Alenka, su amiga yugoslava con doscientos mil pesos, dinero ahorrado durante su periodo artístico en el norte y con dos maletas. Apenas se vieron y sin decirse nada, se abrazaron eufóricas.

—Qué bueno que aceptaste mi invitación, Solna. Aquí hay mayores oportunidades.

—¡Ojalá así sea, amiga! Tú sabes todos los problemas que tuve con el Marcos. Nunca quiso reconocer al Gotem como su hijo y siempre me humillaba. Me decía que es-

taba vieja para bailar y que ya no calentaba a nadie. Se metió con cuanta “modelo” llegó al local —se secó sus lágrimas con los dedos y se volvieron a abrazar.

—Mañana iremos al mejor night club de Rancagua. Se llama el “*Bon Jovi*”. Con tu experiencia vas a encontrar trabajo de inmediato — Solna sonrió.

—¿Allí trabajas?

—Sí, pero solo preparo los tragos. Yo ya me retiré de las pistas. Pero igual me encargo de que las *GoGo Dancer* hagan shows de calidad.

—¿*GoGo Dancer*? —cuestionó Solna

—Así le llamamos a las chicas del espectáculo: *GoGo Dancer*. Es más moderno, más tecno. Tiene “un toque” europeo.

Alenka le presentó su nuevo dormitorio con dos camas a Solna, y esta le agradeció con una nueva sonrisa.

—Eres bienvenida por el tiempo que quieras. Mañana iremos temprano a hablar con mi jefe, don Rodrigo, para que puedas empezar tu show. El niño se puede quedar aquí con doña Mirta, la señora que viene dos veces a la semana a hacer el aseo de la casa. ¡Tranquila, amiga. ¡Es de confianza! — irrumpió Alenka al notar el rostro preocupado de Solna.

—¿Te ha ido bien, Alenka? ¿Nunca

más quisiste volver a tu país?

—Murieron mis tíos y aquí invertí el dinero de mi herencia: en esta casa y vendiendo ropa. Tengo una pequeña tienda en el centro de Rancagua. Está a cargo de otra amiga. ¿Volver? No, para qué. Ya mi país no es el mismo. No sé si soy croata o serbia, o qué sé yo...

Solna le cogió una mano y le besó el rostro.

—Gracias, amiga —musitó.

VI

Doña Chepa al otro día estaba con una pareja de Carabineros fuera de casa de Marquitos. La llevó hasta su casa y la sentó en la mesa.

—¡Mira Solna! No me gusta lo que haces. Pero no me voy a oponer a que sigas bailando. Pero, te pido por favor: no dejes la escuela. Te falta tan poco pa' salir, Solna. Prométeme que vas a terminar el colegio —le suplicó.

—Sí, mamá. Voy a terminar el colegio —La muchacha le entregó entre lágrimas un abrazo a la mujer.

—Si tu padre estuviese aquí, estaría orgulloso de ti.

Las palabras de su madre no dejaron indiferente a la muchacha. No sabía nada de ese hombre que le dio la vida, solo que pertenecía a una pequeña banda de músicos marinos, que durante las noches, a bordo de una pequeña nave, tocaba su violín en el piélago para deleitar a la tripulación y, que al arribar a algún puerto hacía sonar el “Himno de la Alegría” en señal de triunfo, después de varios meses de navegar. Sabía también que doña Chepa lo conoció en Antofagasta. (nunca se supo que hacía ella en esa ciudad para dar inicio a ese romance que solo duró un par de días. Pero quizás usted lo deduzca). Luego Anderson, oriundo de Solna —pueblo al norte de la capital de Suecia— debió retornar a su país. Ella quedó con la promesa del reencuentro, la que pidió que le avalasen con el violín del marino.

—Vuelvo por mi violín y por ti, mi amor —fue lo último que le dijo en un pésimo español y con un efusivo beso.

Al mes siguiente doña Chepa se enteró de su embarazo, pero las cartas a su nuevo amor nunca fueron contestadas. Nunca más supo de Anderson.

—Sé que terminarás tus estudios. Confío en que así será, hija —concluyó. Pero, aquello, nunca ocurrió.

Marcos, desde el momento que vio a Solna, no pudo sacarla de su cabeza. Fue el día siguiente, el Sábado Santo, a verla bailar al Lucifer (porque en el “*Lucifer*” no se respetaba nada sagrado. Es obvio, ¿no?). Conversaron largo rato, pero sólo se volvieron a ver a fines de ese año, cuando Marco terminó ese año académico y regresó de Antofagasta.

Ese verano comenzaron una relación sentimental. Solna seguía con su show de siempre, y a medida que transcurrieron los años, tuvo la categoría de estelar entre las estelares.

Marco, a fines de la década de los 80, se había hecho cargo del Lucifer, pero la decadencia en su administración no le permitió conservar las utilidades ni la clientela. Asomaron otros night club en Calama que sedujeron al trabajador cansado y recién pagado con espectáculos modernos y de primera tecnología.

¡Solna estaba embarazada! No era lo esperado. No para ella. Marco, al saber la noticia, se mostró lentamente distante, y el ofrecimiento de casarse y vivir juntos algún día, se esfumó.

Solna ya no podía bailar. Esas noches de soledad ocurrieron en la oscuridad de su pieza, donde acostada, acercaba una pequeña radio cassette

a su guatita para que su bebé pudiese escuchar a “*The Carpenters*”.

VII

Por la noche, justo a las 23:30 horas, Solna hace su debut en el afamado “*Bon Jovi*”, el night club más importante de Rancagua.

El lugar está repleto. Es tres veces más amplio que el “*Lucifer*” y con equipos de luces y de sonido mucho más sofisticados.

Está nerviosa. Decenas de veces había ejecutado el mismo número, pero esta vez su cuerpo es sacudido por ráfagas de agujas que se hacen incontrolables.

—Y ahora, desde el norte del país, un show nunca antes visto. Con ustedes, la internacional: ¡Melina!

El local se oscurece.

Solna hace su aparición tras la cortina del escenario con su capa de satén rojo y su violín en una mano y el arco en la otra.

Un muchacho voluntario —según lo acordado previamente— vierte bencina alrededor de Solna.

Las luces se encienden y el público se sorprende de tamaña belleza. El aplauso es magnífico. Hay gritos, y Solna vuelve a escuchar aullidos a pesar de no estar en el desierto.

Solna observa que el muchacho con un encendedor provoca fuego, que va en aumento al igual que el calor.

La mujer no se percata que el fuego enciende la cortina en su espalda. Se retira su capa de satén y queda cubierta solo con las hojas de parra. Saluda. El público grita descontrolado. Solna vuelve a saludar y comienza a interpretar el "*Himno de la Alegría*" en su violín mientras los gritos se vuelven ensordecedores. Solna no puede creer tamaño éxito. Sigue tocando. El fuego cobra altura y comienza a extenderse por el techo. El

público corre hacia la salida.

La cortina cubierta en llamas cae sobre Solna. Nadie se preocupa de rescatarla.

VIII

Fue noticia en toda la región el incendio en dependencias de "la sala de espectáculos '*Bon Jovi*' ", tituló la prensa.

"Una mujer de origen sueco, trabajadora del lugar, que protestaba por su derechos laborales, se quemó a lo bonzo sobre el escenario de esa prestigiosa sala de espectáculos. Las pérdidas son millonarias. Pero su dueño informa que hay seguros comprometidos".

Denni Zú

**www.escritoradennizu.blogspot.com
[Facebook.com/Escritora-Denni-Zu-Chilena-105004224565](https://www.facebook.com/Escritora-Denni-Zu-Chilena-105004224565)
Batuco, Chile**



¿Qué es poesía?

Decir un te quiero
plantar un parrón, al medio del desierto
sabiendo que no habrá cosecha alguna
el silencio; me conecta con cada gota
las emociones
lamentan la pérdida
usar metáforas irreverentes
solo
para atraer tu atención
sinceramente desconozco lo que es la poesía
una taza de café, con quien amas
abrazar a tus padres, ya muertos
bailar con tus amigos imaginarios
simplemente deleitarse
con la magia del lenguaje
o tal vez la poesía no existe
y solo es un placebo
una excusa para ser feliz.

Ella.

Mantengo una relación de hastío constante con la rutina cotidiana. Mientras el lavalozza hidrata mis manos, reflexiono mi rol en este mundo futurista virulento aislado. Las sábanas maltratadas impregnadas de mi sudor frustrado; el polvo constante persiguiéndome se anida en cada rincón de mi casa, refugiando a montones de arañas; la comida saludable diaria, imposible de comer; sometida estoy a la ropa, a su lavado, planchado y doblado. Deseo enrostrarle a cada artefacto que compone mi casa mis estudios, mis diplomados, mis proyecciones, mi feminismo. La mesa se burla mostrándome un mantel sucio, recordándome la cesantía; sí, esa misma que me mantiene enrabada. ¡Les grito! Golpeo la puerta, abro las ventanas esperando que el viento me

contenga; en cambio, este solo deja entrar a las moscas, las mismas que revolotean por mi cabeza. Trato de no enloquecer, de beber agua en las mañanas en ayuno, de emprender con cada idea, independizarme, pero no puedo. Esclava soy de mis limitaciones, frustraciones y sobre todo a esta casa. ¡La odio! La odio tanto como la amé el primer día que entré en ella. Conmovida me guiña un ojo, dejando que el cloro gel haga lo suyo, perfumándose de lavanda, hidratándose de lustra mueble. Me sonrío, sin ningún mosquito merodeando en su interior. Y la muy yegua me da una tregua, permitiéndome verla, ya no como una prisión, sino como un castillo en donde yo soy la ama, dueña y señora de esta casa.

Piel de lija

Estoy aquí, inversa en la nada lloriqueando
con una pena que espanta
me duelo, no tenerme
me marché, en último gemido
quedé en solitaria huida de mí.

Áspera de tanto lamento
pedacito de piel tendida
miles de insectos desfilan sobre mi pubis
mis dedos chiflan
alentando a la mujercita que abarca mi nombre
los labios se colorean de carmesí
la piel que parecía una lija de obrero
se quiebra, volviéndose arcilla
y me abrazo, me beso, me acaricio
me moldeo
y me vuelvo diosa de fuego.

Extrañar

¿Qué se hace cuando se extraña a alguien?
me pregunto mientras miro al espejo
la piel parece papel mantequilla reutilizado
el pecho se aprieta, y me dan ganas de llover
es que esos días no volverán, lo sé
sin embargo,
tengo muchos más, esperando fuera de mi casa
pero ninguno como estos que tanto anhelo
y esta sensación de vacío intenso
es un agujero tan profundo dentro de mí
que me pierdo una y otra y otra y otra vez
buscándote
te busco tanto que olvide tu cara
pero sé que estás ahí
en estas emociones que me tienen al borde del
diluvio
extrañar como si este fuera un verbo sicario
que viene a asesinar a mis recuerdos
dejándolos ahí tirados en tu nombre
y yo sigo extrañando.

Café

En la oscuridad de mi habitación
me despido con un café caliente y amargo
sí, ese que tanto nos prometimos y jamás bebimos,
en aquella cafetería de los perdones
cuando ambos éramos adictos a nuestros cabellos oscuros
guardo cada una de las emociones íntimamente en mi paladar
para nunca olvidar ese sabor a tierra húmeda
que era tu boca en mi boca.

La M

Tengo la M atravesada entre los dientes
el puño apretado y el útero oprimido
un par de mal amor mordiéndome los pezones
al mundo jalando de cada uno de mis pelos.

El patriarcado, inexistente para muchos
un embajador, en los grandiosos cementerios.

Celébrame el largo de mi falda
la igualdad de mi salario
muchas danzaremos desnudas
quiero que el género sea un mito urbano
y los femicidios, una absurda leyenda.

Píntate la boquita roja
ellas parirán a toditos
los hijos de esta tierra
todas juntas, son solo una.

Táchame de feminista
a pesar de que la F
que se cae junto con la T
de tontas y enamoradas
criando a los opresores.

Tengo, la M atravesada en los dientes
esta M de Maltratadas y Muertas
la mismísima M con la que maldigo, a todos
nuestros asesinos.
¡MALDITOS DE MIERDA!

Mujer leyenda

Nací con la boca cerrada
guacha de miradas
con las orejas abiertas
y la fisonomía de un duende.

Mis primeros quejidos
fueron por los desempleados
mis primeros sollozos
por las madres huérfanas de leche
mis primeras lágrimas
por los platos vacíos
mis primeros llantos

Esos, ya no los recuerdo.

Cuenta la leyenda de “la mujer de templo” que esta era una guarida para sí misma y el resto. La belleza le brotaba de la boca y jamás replicaba la mirada hacia el suelo y la sonrisa de frente. Dicen por ahí que sus pies era polen. Cuentan que esta mujer habitó en muchos lugares y tiempos distintos; que parió demasiadas hijas del mismo padre y a cada uno le dio de beber su silencio. En algunos lugares la llamaron Ruth, Maria, Rosa, Sara e Isabel; más yo la llame mi madre. Esta mujer guarda y protege todos los secretos de los opresores. Tiene la piel enmudecida y el cabello opaco de tanta violencia trenzada en su nombre. Al pasar los siglos estas mujeres se multiplicaron, colonizando la historia; hasta que llegó aquel día, en el cual los muros colapsaron. Ellas levantaron la mirada y alzaron el brazo izquierdo. Del templo no quedó nada más que ruinas y leyendas. Desde ese minuto la mujer-templo se transformó en lo que es ahora la mujer empoderada.

¡Grito!
Porque me niego
a regirme por mis días
limitar mis pasos
mostrar mi cuerpo
no quiero mecer hijos
mi lengua es la libertad
mis pasos, no paran
por eso y muchas cosas más
me niego al ser
la que se calla
ahora en este mismo instante cuando
todos, todos, todos, hablan.

Distancia

Alejados al punto de olvidar
el idioma de nuestras miradas
los días preguntan, no los escucho
cada uno a su manera me reclaman
la matanza de las mariposas
el abandono de nuestras manos
la carencia de sudor entre mis pliegues
y mi boca, está sumamente ansiosa
por impactar en tus labios,
mi cuerpo entero me interroga, este
extraña naufragar en la humedad de tus miedos.

Los oídos, si esos mismos que tantas veces
negaron escuchar, imploran oír nuestras risas
desbordándose en diálogos incoherentes
les explico, les dibujo, hasta les declamo
desnuda, esparcida en las excusas, enrabiada
recogiéndome a pedazos, que, aunque duela
ya, no existimos
emocionalmente somos extraños
estamos bloqueados
al punto de olvidar que alguna vez
era tan fácil ser feliz
y ambos, nos amábamos.

Me zumba un moscardón

La psicosis en el oído
segundo a segundo
las malas lenguas dicen
cuando te zumba una mosca grande
es señal de que la muerte se acerca.

Hace días que siento un sonido
adormecedor, que entra por mis oídos y sale por mis ojos
busco al asesino, no lo encuentro
tengo angustia, el pecho sudado, la garganta apretada
cuento una y otra vez a mis seres queridos
miro al cielo rogando que ninguno se haya ido
es que no tengo despedidas en los bolsillos.

La muerte se ha puesto de moda, y ha venido luciendo una pandemia
con unos tacones de que me importa, un individualismo brutal.

Quiero recolectar metáforas
bordarlas en cada mano de mis seres queridos
cuídate que te cuido y mientras tanto
esta mosca gigante gris, verdosa que golpea en mi cabeza
me tienta en matarla
pero no, debo soportar el tedio de su presencia
y esperar que se marche
pero que se vaya sola y que la muerte no la acompañe.

Bésame en cámara lenta

Vuelve mi piel rosa
tócame la cara
ciérrame los ojos
sentir los segundos
manoseando mi timidez
inhalando de tu boca
quietita, pegada a tus labios
juntos tejer
días ficticios
lentos, lentitos, lentos
en todas las analogías
traducido a todas las lenguas
y en todas las plataformas
te ruego, suplico, imploro
bésame en cámara lenta.

Con qué derecho

Te vuelves lodo
tú, tierra fértil de mi corazón
invocas a todos mis demonios
para desplumar tu nombre
volviéndote insignificante
en mis emociones

Te quería querer
con todas toditas todas
mis letras
pero tus miedos, traumas, carencias
me lo impidieron
ya no eres un verbo pretérito perfecto
más bien, te muestras como errata
hundiéndote en tu pantano.

¿Y si con los dedos, nos pudiéramos tocar?

¿Dormir en el teclado?

¿Besarnos por la web?

El vocabulario se vuelve pandémico
tanto que no recuerda la semántica
si esa misma de tus mejillas rosadas
el sudor de las manos
la humedad de la voz
la incoherencia del sexo
cuando no eres tú, y no soy yo.
el nerviosismo nos abraza
en las noches de insomnio
raptándome, hacia ti
desnudita más allá de la ropa
mis pechos cubiertos de risa
se confiesan, dejándose domar por tu tacto
tu hombría, esa misma de la cual fui devota
me endiosan
y las distancias solo se vuelven imaginarias
tanto como tus dedos naufragando en mis aguas.

Yo

La proxeneta de las letras
quiero, obtener tus gemidos
sí,
olvídate, de quien castró tu pantalón
acaríciate, como si fueras una trompeta
bésame suciamente
con esa libido de borracho cocainómano
rásgame la espalda con tu euforia
mi lengua ansiosa, desea podar cada centímetro de
tu dicha
recitar todas exclamaciones en dialectos nativos
no, pares...
el servicio no acaba
hasta que tu boca
pronuncie un te amo.

Zapatillas

El romanticismo lo dejé en mis zapatillas
el día en el que corrí, tanto que me acalambé
dejando a la princesita sin nada en la despensa
en cambio, tengo a patrona cocinando charqui y papas
para todo visitante, carbohidratos
sudar, mojarte por completo
hasta exijas una ducha
fría tan fría, como cuando me dejaste
diciendo que ya, no me querías.

Dale

No tengas miedo
te autorizo plenamente
no me idealices
enójate
cuestiona
llora
te libero de toda culpa
ódiame, tan solo como se odia a una madre
porque no importará cuando me detestes yo estaré ahí
sí, ahí contigo en los días más oscuros
estaré cuando no haya amigos
seré la bruja
la dueña de la verdad
la que dice no
la que te corrige
la que te avergüence
y sobre todo la que no te suelta la mano
suena intimidante lo sé
pero el amor que siento por ti
es tan grande que es capaz de cobijar toda tu ira
tu incomprensión y sobre todo tu rebeldía
para dejarte claro que tú hija mía
eres mi tesoro, la razón de mi vida.

Evelynne Castro Romero

Instagram: @evie.poesía
Facebook.com/Evelyta.cr
Calera de Tango, Chile



Nefebilata

Estoy loca
¡sí! No me miren así
Cuerda no estoy
Estoy loca porque aún creo en el amor
Porque confío en la gente
Porque entrego mi corazón

Estoy loca ¡ja! No se rían, si es verdad
Soy incondicional
Doy tanto amor que me quedo vacía
Lo doy todo, lo demuestro con hechos
Y soy tremendamente jugada

Estoy loca porque, aunque me fallen
Aunque me desilusione
Sigo al pie del cañón
Dispuesta a ir a la guerra de nuevo

Estoy completamente loca
Porque sonrío hasta con el corazón roto
porque, aunque tenga mil razones para ya no hablarte
No pasa ni un puto día y quiero saber de ti

Estoy loca porque, aunque mi corazón se cansa
Y mi almohada amanece húmeda
Sigo deseando verte, escucharte, leerte

Estoy loca porque cuando quiero
Lo hago con intensidad
porque a pesar de las penas
El desamor y la desilusión
en mi corazón queda mucho para entregar.

Limerencia

Quise ser tu refugio cuando tuvieras tormenta
Ser calor en mis brazos en tus días de frío
Cálido beso que te pillara desprevenido
Una mano cuando cayeras al piso

Quise ser tu compañía en tus momentos buenos
Tu hombro en los malos
Tu cita para celebrar tus triunfos
Tu oído para superar tus fracasos

Quise ser tu caricia de buenas noches
Y tu cosquilleo al amanecer
Un te quiero interminable cada día
Y un "cuídate" al anochecer

Quise ser quien tomara tu mano
Quien besara tus miedos
Cuidara tus cicatrices

Por ti quise ser todo
Y en todo tu complemento

Quise, sí que lo quise, pero no fue.

Femicida

Estoy perdida
La lúgubre noche es mi tumba
En los rincones de mi piel yacen colores lilas
Mi piel pálida, mis ojos abiertos mirando el vacío

Estoy perdida con una daga clavada en mi cuerpo
Con mis entrañas destruidas a causa de tu asqueroso deseo de poder y superioridad

Estoy pérdida, nadie me encuentra
En un foso, bajo tierra, tirada en un barranco
Estoy perdida por culpa de manos asesinas
Fui víctima de tu infame veneno, de tu violenta ganas de poseer, de tu iracundo deseo de
ocultar tu crimen

Estoy pérdida y tenía tanto que vivir
Destruiste mi futuro, destruiste mi familia
Mataste todo rastro de mí

Estoy perdida, pero me encontrarán
Y gritarán más fuerte ¡Ni una menos!
Y mi nombre quedará grabado en la memoria colectiva
Y mi recuerdo hará mella en el corazón de todos los que me buscaron
Hoy más que nunca ¡Justicia!

Un beso que lo exprese todo

Bésame el silencio donde se apaga mi voz al mirarte a los ojos
El suspiro que sale de mi mente cada vez que sonrías
Bésame los párpados cuando duermo, para seguir viéndote en mis sueños
Besa corazón que late por ti, que siente por ti.

Bésame el susurro desprevenido que aflora cada vez que pienso en ti
Y la sensación que me hace vibrar cuando escucho tu voz
Besa en las comisuras de mis labios, el deseo de tenerte
Enciende el fuego con un beso; uno loco, uno suave, uno desesperado.
Un beso que exprese todo.

Último adiós

Víveme, una última vez
Miénteme con un te quiero
Antes de partir
Bésame y olvida lo que está por venir.

Mírame, piérdete en mis ojos antes del adiós
Susúrrame sigiloso
Las últimas palabras de amor.

Besa cada verso que explota en mi piel
Escríbeme con tus labios los rincones de placer
Hazlo cuando no nos vea el reloj
Hazlo Mientras se cierra el telón

Toma mi mano antes de que se apague la luz
Que en la oscuridad de la despedida
Te recitaré este último poema con pasión.

Lengua de fuego

El cielo estaba oscuro
solo las estrellas iluminaban el paraíso que se refugiaban en tus ojos
me fui perdiendo en cada roce de tu piel
Mientras tus luceros guiaban mi camino hacia tu boca de fuego.

Y ardían besos conjugados con palabras
y el soliloquio de mis deseos yacían hambrientos de sintaxis,
Ésa, que desapareció al momento de rozarnos
con el sonido embriagante de nuestra respiración.

Te ibas convirtiendo en versos mientras mis manos iban en tu búsqueda.
Búsqueda interminable de rincones inexplorables de tu cuerpo.
Cuerpo que se perdía bajo el mío, cuando te recitaba palpitantes besos.
Besos que tus labios dibujaban en mi piel en una poesía sin rimas.
Rimas que fui saboreando al recorrer tu cuello lleno de fuego.
Fuego que explotaba cuando nuestras caderas ardían en el silencio.
Silencio que se perdía cuando nuestros gemidos eran el único vestigio de este encuentro.

Y entonces todo fue más claro
tu piel junto a la mía gritaba pasión
entre besos y caricias nos perdimos en la búsqueda de nuestro placer
arrinconados en esa habitación.

Quimera

Te quise de verdad
Con el corazón
Con la piel, con los ojos, con la boca
Te quise con la palabra, con los gestos
Con los detalles.
Con la maldita manía de pensarte a diario
Con la bendita imaginación de tenerte a mi lado
Te quise con los poemas que gritaban tu nombre
Con los versos que tenían un poco de ti mismo
Con la esperanza, con la ilusión
Te quise y solo eras un espejismo.

Inmortalízame

¡No! no te detengas ¡escríbeme!
Comienza a inmortalizarme
con las comisuras de tus labios
ven, acércate y bébeme
Desviste mis temores con tu pluma
hazme el amor con tus versos
Y en cada gemido
Inmortaliza mis sentidos
recorre los placeres de este poema
que se derrocha en mi piel
con la tinta del deseo.

NO MÁS

Voy perdiendo la fe
Cada vez que tu camisa
se tiñe en un beso que no es mío.

Me voy cansando de callar
Mientras tu cariño finge lealtad
Y un te quiero suena más falso
Que tus malditos Nunca más.

Me quedo sin esperanzas
Cuando tomas mi mano
Mientras en sueños
Recitas otro nombre.

Me canso de sentir tu cuerpo junto al mío
Mientras tu alma no está conectada con tus sentidos.

Estoy cansada, me canso
Me cansé.

Ya no quiero sentir tus besos
Ya no quiero tocar tu piel
Ya no quiero tus falsas explicaciones
Ya no creo en tus putas palabras.

Ya
no.
Vete, no te quiero ver
Me cansé
Adiós.

Solamente yo

Yo soy a la que apuntaron con el dedo
A la que muchas veces miraron en menos
Soy la que callaba
la que en sus infiernos la cabeza agachaba
Soy la que muchas veces sumisa soporto
Demonios danzando
en bocas de desaprobación.

Yo soy la que el invierno le jugó, más de un desamor
La que sin reservas se entregó
Y cuyas ilusiones muchas veces arrebató.

Soy la terca, la obstinada, la apasionada
La que no deja de luchar, aun cuando el mundo oscurece
Yo soy la "A" y la "Z"
Soy la que quisieron reprimir, sin lograrlo
Soy la justiciera de las causas perdidas, que muchas veces son ignoradas.

Soy la incomprendida, de las que se alejaron, más de una vez, por no seguir sus pasos
¡ja! Muchas quienes me llamaron amiga.

Soy la que muchos tildan de irreverente
La Autónoma, la sublime conexión entre el cielo y el infierno.

Soy yo, la que el amor negó su aparición, la que está hecha de corazas su corazón, la que
sonríe, la que llora, la que siente con cada fibra de su piel.

Yo soy la que marca cada paso al andar,
la musa de mi propia vida, soy la que respira, la que convierte su alma en arte
La que vibra con un verso, la que seduce cada poema.

Soy yo, tan sol, tan luna, solo yo, en el aquí y el ahora.

Fuego de Aurora

I

Quítame esta sed que tengo de ti
Arráncame el hambre con un beso
Rasgúñame la carne
Que deseosa está por ti.

Recórreme la piel
Aráñame despacio
Y bésame después.

Agárrame de las caderas
Tómame de una vez
Siente cómo se agita
El aire entre los dos.

Afila tus movimientos
Que danzan en mi piel
Aprieta tu cuerpo en mí
Perdamos no de una vez.

II

Mírame y desgarras los tabúes
Acércate y quítame la ropa
Tómame de la cintura
Quítame el aliento
Con un beso lujurioso.
Piérdete en mi piel
Anula mis sentidos de una vez.

Métete entre mis piernas
Saboréame
Mientras recorro con mis manos mi propia piel
Aráñame con tus dedos, cada sensible tacto
Apriétame y bésame, no pares
Hasta explotar en tu boca
Y luego, solo luego
Te quiero dentro de mí
Antes no te lo permito
Sácíame de ti.

III

Mírame
Mis ojos felinos te desean
Y mis labios sonríen de manera diabólica
El silencio te grita lo que mi voz calla
Mírame y tiembla ante mi mirada.

Acércate a mí y bésame
Profana mis labios
cíñete al juego
No pienses, no razones
Sólo bésame.

Acaríciame
Hasta llevarme al límite
Juega con nuestros deseos
Que traspasan la piel
Más allá del tacto
Mucho más allá.

IV

El mundo se detuvo en un instante
Tus labios fueron profanados por los míos
Se perdieron en el vaivén de nuestra respiración.

Tu cuello se volvió infierno a mi olfato
Tu cuerpo despertó a mi tacto
Tu piel, tu fragancia, tu olor.

De pronto, me vi adicta,
Sumergida en tu pecho
Queriendo probar más de ti.

Nuestras manos comenzaron a recorrer la piel
Que sensibles estaban a nuestras caricias
Tu mirada felina me dejó sin aliento
Tu beso sucumbió hambriento de mi boca.

Tus ojos se pierden en los míos
Y nuestros cuerpos se desvanecen
En nuestras respiraciones,
en nuestras caricias
en nuestras noches.

Guillermo Jiménez

Facebook.com/guillermo.jimenezguzman
Toluca, México



Despedida en el Toltén

Río de Villarrica, Chile.

Khatin Mateluna se quedó en silencio.
Percibí entonces el canto del agua,
entre las piedrecillas del río Toltén,
así mismo, un Kultrung a lo lejos, a él se unía.

Un abrazo nos dimos,
el sol jugueteaba con las burbujas,
al separarme, mencioné vernos dentro de un año;
Khatin me miró a los ojos,
no estaré aquí hermano Mexicano, dijo,
mi sangre "Mapuche" (gente de la tierra) me espera,
no hemos logrado algo mediante el diálogo.

(El Gobierno desplaza y asesina,
a los indígenas, destruyendo
bosques, ríos, lagos, represas, sembradíos).

Su mirada ya no estaba conmigo;
esta se encontraba frente a nosotros,
allá, en la cordillera.

Hoy comprendo lo de esa tarde hermano;
el brebaje, el vino con melón
y la algarabía de los Mateluna.
Me hizo perder expresión alguna...

¡Chile se levanta!

Mientras...
¡un haz luminoso
cruza, cual cóndor majestuoso,
poderoso, los confines del mundo!

Recuerdo de Isla Negra

Chile.

El sol en brazos de una ola turquesa iluminó mi rostro de color naranja. Mis emociones expulsaron a la razón. Me encontraba allí, justo en Isla Negra, morada última de Pablo. Frente a mí, como un saludo desde donde no existen la distancia y el tiempo, en un mármol color marrón, me decía: "Todos fueron entrando al barco. Mi poesía en su lucha había logrado encontrarles patria y me sentí orgulloso".

Fui uno más encontrando cobijo en sus palabras, sus escritos, su pensamiento.

De una estrella de David hecha con mástiles de naufragios, pendían campanas de bronce de distintos tamaños y rumores en lo alto de la colina,

con cara a las olas, como guiando con repiques a náufragos de mar o cielo, pues el intenso azul es uno solo entre dimensiones.

Un pequeño velero dispuesto a zarpar apunta su quilla hacia estelas por tatuar entre el misterio y el romance que denota Pablo, cubierto de bruma y por vocablo versos.

A Pablo le gustaba ver romper las olas; admirar su poderío; acantilados rodean su cabaña. Tomo una caracola mientras observo su rostro tallado en piedra extasiándose por los embates frente a él. Escucho de ella, al oído, los veinte poemas de amor y la canción desesperada.

Se hace tarde... una brisa nocturna me hace rodear el pecho con los

brazos. Cientos de flores me abrazan también. Un ancla enorme sembrada me indica que los barcos son nada cuando tediosamente se dejan mecer atracados en el muelle.

Un extraño sentimiento se apodera de mi esencia y lágrimas derramo ante la tumba vacía, sin Pablo. Una placa de latón, a manera de lápida, disipa mis dudas: “Con fecha 8 de abril de 2013, fue exhumado de su tumba el cuerpo de Pablo Neruda, por orden judicial; con el objeto de realizar pericias técnicas que confirmaran la causa de su muerte. Han pasado más de dos años, y hasta hoy sus restos permanecen insepultos a la espera de una decisión de la corte de apelaciones. Sin ánimos de interferir en la labor de la justicia, con la que siempre hemos colaborado, consideramos que ha pasado un tiempo más que prudencial para que el poeta vuelva a descansar en paz en su residencia de Isla Negra” (Fundación Pablo Neruda).

Reflexiono entonces...Aun falleci-

dos, los gobiernos corruptos siguen flagelando a quienes despiertan conciencias; a quienes muestran senderos de bienestar; a quienes son amados por el pueblo, porque siempre fueron pueblo, hermano, labranza y esperanza...

En un acantilado, visualizo a las ninfas de Pablo emergiendo de las olas. Suspiro... Isla Negra, con su misticismo, su encanto, su nostalgia y su dolor, pareciese un lugar para armonizar lo sublime y lo amargo de la existencia.

Agosto-2015.

Volví a Isla Negra tres años más tarde, porque la existencia te otorga la oportunidad de volver cuando parte de nuestro interno se inserta en los resquicios de lo vivido. Por fortuna constaté que el poeta al fin, arrullado por las olas, sigue escribiendo poesía en el más allá, henchido de felicidad al volver a casa.

Papudo y Magia

Litoral chileno.

El azul intenso de sus aguas opacaban al cielo, el faro, edificios medievales y bosques extraños en los acantilados susurraban historias fantásticas de héroes y piratas...

Tranquilidad paradisíaca, concierto de aves marinas;
entre cientos de pelícanos, majestuosamente se abre paso el jerca con una elevación de cielo, demuestra su hegemonía;

El sol, al despedirse, tiñe la playa de oro; el silencio es absoluto ante la belleza del universo.

Posterior a ello descubro una fonda donde pescadores cuentan épicas leyendas de antiguos galeones que hoy en día aparecen y desaparecen envueltos en niebla y misterio.

Allí, en un viejo madero probablemente de un naufragio, descubro a punto de ser borrado por el tiempo, lo siguiente: “El mar te espera, tiene tanto que decir, tanto pasado y tanto futuro en cada una de sus olas. Sus habitantes también desean recibirte, niños corriendo entre botes y castillos; mujeres preparando mariscal, peinando a sus hijos, sonriendo; hombres echando y recogiendo sus redes, ellos en especial, tienen muchos tesoros que ofrecer, sus manos tejiendo redes y esfuerzos, sus ojos honestos y simples, el color de sus barcos, la osadía de sus empresas y el corazón siempre empapado de esperanza”

Disfrutar Papudo es... descubrir poemas en cada espuma y saciar mi interno con la vitalidad de su bruma.

A la Pincoya

Leyenda chilena.

Supe de ti una noche mientras por la playa andaba. Tu voz surgió entre la espuma de las olas como pidiendo ayuda. Mi caminar detuve. Observé la intensa blancura que a mis pies llegaba, mas no emitiste sonido alguno. Agudicé mis sentidos, pero fue en vano. A partir de aquel momento, al caer las sombras, un magnetismo extraño me llevaba hacia ti, pero solo en otra noche como la primera cuajada de estrellas y aromas te volví a escuchar.

Los días pasaron... una tarde mágica e inolvidable en Isla Negra, al lado de un busto labrado en piedra de Neruda y sobre una gran roca, me pareció verte extasiada mirando el mar; tus cabellos de oro tenían la sincronía de las olas en su ondular.

¡Qué extraña belleza enmarcaba la

luz sutil y tenue de la luna!

los pescadores dicen que es la mejor manera de visualizarte, pues en lo sucesivo habrá buena pesca y fertilidad marina; al contrario, si observas hacia afuera, hacia el cerro, no habrá producto, ni alimentos, solo calamidad.

Hoy te suplico, al igual que tú lo hiciste conmigo para saber de ti; protejas al pueblo chileno de putrefactos seres que agreden y asesinan al hermano; guíalos, ilumínelos como lo haces salvando náufragos, haciéndolos navegar por siempre atendiendo su esencia; ofréceles poemas, cánticos místicos fortaleciendo su espíritu; simbiosis entre el mar y ellos.

Aquí y Ahora

Al pueblo chileno.

Se conquista
con una sonrisa
y la imaginación
nos lleva a cualquier
resquicio;

lo no palpable
es sinónimo
de pureza y convicción,
lo no visto desafia
a nuestros sentidos,
los espacios se abren
con suspiros.

No nos falta nada,
cuando fluye de nuestro
interno un gemido.

Entonces...

Dejemos que “ellos” se ahoguen en su inmundicia,
dejemos que se degraden hasta ser heces fecales,
dejemos que sus entrañas sean castigadas por el dolor y la vileza que generan en cada
acto,
dejemos que los gusanos que habitan su podrido cuerpo, los devoren hasta el alma, hasta
el espíritu y que vaguen sin sentido cobijados por la ignominia.

¡Déjenlos, déjenlos; que no hay peor ofensa que el insulto provenga de sus conciencias!

¡No Basta!

A Piñera.

- Borrarme la sonrisa,
la alegría y el canto...

- Quitarme el agua vertida
del cielo para saciar mi sed
y purificar mi espíritu...

- Golpear y sacudir mi cuerpo,
mis principios, mis deseos...

- Callar mis plegarias,
y machacar los dedos que te señalan...

- Arrebatarme al padre, al hijo
de mis brazos y regazo...

- Robar la tierra
de los abuelos, de mis ancestros...

- Contaminar al viento
y con ello destrozar mis adentros...

- Usurpar mi voz de libertad,
nuestro vuelo de cóndor,
el vocablo mapudungún
que en mis entrañas dioses insertaron...

¡No basta!

Quitarme todo lo expuesto,
- reprimir mi dignidad y esencia

- Hacerle creer al mundo lo que reluce
cuando lo interno se pudre...

- Dejarme ciego para no verte
y delatarte en cada mirada...

¡No basta!

¡Quedarme sin ojos para no seguir viendo la podredumbre de tu alma!

Maitencillo

Chile.

Éramos tres dialogando...
Las aves, el mar y mi silencio;

un encanto me arropa brotando
de una burbuja turquesa
trayendo historias de franceses y alemanes
alguna vez atrapados por la magia
que destila la bruma;

cabañas en las escarpadas,
bañadas son por la brisa marina
que emite y nutre de poesía
a la bahía.

Una "Nalca" me acompaña desde
lo alto de la colina,
mientras una gigantesca ola
llevarme desea a su guarida;

"Pocitos" me invita a bucear,
descubrir inocentes erizos
enamorados de lo gélido,
lo profundo;

"Aguas Blancas", emula nubes
que danzan sobre el murmullo
acuático que hace suspirar atardeceres.

Escondido tras unos riscos,
observo a la luna zambullirse
al lado de una sirena de
caireles dorados,
que sucumbe ante la magia
plateada que ésta profesa.

... Suspiro hondo,
inundo mis pulmones
con el sortilegio
que provoca el yodo
para guardarte...

mientras vuelvo.

Adolfo Hans

Del libro "Pobres papelitos"

Facebook.com/adolfo.sembler
Santiago, Chile



Mis conversaciones

Sí

te lo repito

amo las conversaciones largas
esas que quitan horas de sueño
en un parque o entorno a una mesa
caminando o en cualquier parte

Amo las conversaciones largas
sinceras, sin prejuicios ni temores
cuando puedo hablar mis verdades
de los miedos, los deseos y tus distancias

Amo las conversaciones largas
las que producen pequeños silencios
donde se cruzan miradas cómplices
cuando el hablar se oculta
y se transmiten realidades
en el agotado tono de alguna palabra
y se da paso a veces a una limpia lágrima

Repito

Amo las conversaciones largas
las que hablan de paz contenida en hombros
las que hablan de caminos de vida
las que hablan de viajes inmensos
las que hablan de vida, de muerte y de misterios

Amo las conversaciones largas
las que hablan de tus creencias
las que hablan de mis creencias
las que hablan de momentos infinitos

Amo las conversaciones largas
de llantos, de risas, carcajadas
de rabias, de ternuras de placeres y orgasmos

Amo las conversaciones largas
te lo repito.

Lluéveme

Lluéveme hoy
Lluéveme en el pecho
Lluéveme de a poco
Y Lluéveme a cántaros
Lluéveme con vientos
Lluéveme inundado
Lluéveme sobre mojado
Y Lluéveme despacio
En llamadas clandestinas
En orillas perseguidas
En clamores innovados
Deslízate entre poros
De no saber los resultados
Desespérate y desespérame
Viento al viento
En las cortinas y tejados
En árboles y besos olvidados
No digas nada y se silencio
Sólo deja que la lluvia caiga
Que el viento hable y cante
Que la piel converse/que se canse
Que un paraguas repose
Que el balcón se quede apretado
Y las velas y el vino no sean pretexto
Y abrígate con mi cuerpo cansado
Lluéveme, aunque sin nubes
Sólo lluéveme/lluéveme/lluéveme.

Sin nombre

Trataré de sacarme los errores
y dejarlos escritos en un papel
Pero hoy, hagamos la cama con los ojos
y saca tus odios con transpiración
deletrea cada caricia con la digitalidad de tu lengua
¿Bailas conmigo?
¿caminarás sola?
¿te vas o me voy yo?
o nos acostamos en un sueño
de carne y alma, alma y amor.

Casas Antiguas

A veces te siento como esas casas antiguas
Tan llenas de niños, de adobes y corredores que llagan a la cocina
Esas casas con techos de tejas lluviosas
De patios y jardines empapados de esperanzas
Techos de varios y cientos de metros cuadrados
Con mil tejas compostadas por algún sincero maestro
Maestro en toda la expresión de la palabra
Aunque sé, que deben ser mil dos, perfectas
Porque ahí cuadra la inocencia de los limoneros
Pero ahora, veamos firmes y honestos, justos y cuerdos
Mil tres han de ser, observando el vestigio de la esquina
Esa última, instalada casi como angustia, como capricho construido
Cobija las últimas gotas de la lluvia de un invierno
Y se regocija febril al recibir las aguas de septiembre.

Nos Gustaba

Me gustaba
Sí, me gustaba tomar tu cintura
En el comedor junto a las sillas
Oía claramente tus murmullos
Como preguntando / incitando
Te gustaba.

Te gustaba
Sí, te gustaba que tomara tu cintura
En la cama sin las almohadas
Oías claramente mis murmullos
Como preguntando / incitando
Me gustaba.

Nos gustaba.

Te llamo a veces

¿Qué si te he olvidado?
¡me preguntas eso!
Te respondo / no
No te he olvidado
Pero ya no dueles
Te he transformado

Te llamo a veces
Con el solcito del mediodía
También con esta, hay noches
Que con una copa en la mano
Te convierto en poesía.

La pasajera

Se asomó una pasajera
aquella del tiempo
del espacio y la naturaleza
Lluvia le decían

La lluvia moja, limpia y llama
se avisa, se anuncia, aproxima
lo cubre todo, no discrimina
te encuentra donde estás
haciendo lo que haces

No te pregunta
mientras cambia el presente
inundando tus pensamientos
te preguntas y te contestas
¿O sólo te preguntas?

Y si la justicia es...
Dar a cada uno lo suyo
A ti que eres como la lluvia
¿Qué te he de dar?
Llueve.

Así se expresa

Tú y tus raciocinios inmisericordes
no te cansas de filtrarlo todo
en el cedazo de tus alcances intelectuales
hay cosas que jamás se podrán explicar
por lo menos a la luz de la razón.

¿Pero cómo podrían conmoverte?
En la misma vorágine equívoca
de sucesos que te he dado
todos ellos gestados en una matriz
de honestidades y transparencia.

Para entender eso
no se puede entrar vestido de impenitente juez
al salón donde se oficia la vida.
Y tienes derecho ¡cómo no!
a envolverte en tu funcionalidad abstracta
en esa de tus pensamientos
puedes entrar una y mil veces
por aquella puerta de la más pura depredación
sólo debo advertirte
Ahí no encontrarás lo que soy
Así y sólo así / se expresa un final
en el silencio de lo desesperanzado
en el silencio que no existe en un corazón
Donde no alcanza a llegar ni temprana ni tarde
Tu razón...

Leonor Dinamarca

**www.leonordinamarca.cl
Instagram: [@leonor.dinamarca](https://www.instagram.com/leonor.dinamarca)
Facebook.com/[leonor.dinamarca](https://www.facebook.com/leonor.dinamarca)
Quintero, Chile**



Cortar el pelo, así como las alas

Para que las sonrisas
Difuminadas por la vesania
Dejen de necesitar el brillo de tus ojos
Así deslizada en tu indolencia
Muero sin entender
Ahogada sirena fuera del mar tempestuoso
Obligada a amarte
Como una maldición de los sin dueño
No tengo paz sagrada
No merezco un lugar
En tu marchito ebrio corazón
Cortar las venas en un sepulcro antiguo
Que formé con mi sangre
Hace cientos de años
Para sacar de mis entrañas
Tu saliva que creí redentora
Vaciar lo poco que ha dejado la vida
Alrededor de mis huesos
Ver mis uñas astilladas
La madeja de pelo encanecido
Sobre una cama siniestra
El silencio que todo lo inunda
La soledad que todo lo atrapa
El odio que todo lo quiebra
El deseo que todo lo corrompe
La tristeza que todo lo nubla
El fuego que todo lo elimina
La tierra que todo lo cubre
El alcohol que todo lo enreda
El amor que todo lo destruye.

Pienso en el amor

Lo mismo que en el suicidio
Poco a poco
Errante en tus labios me vuelvo
Desquiciada por un hombre
Vago tras la ilusión
Intento recomponer el alma
Sabiendo que tu corazón marchito
Me pertenece
Un pixel basta
Para avivar el fuego de la locura
Todas las sonrisas
Aparecen tras tus máscaras
Olvidado demonio oceánico que nunca entendió la sal
Me pierdo en tus cicatrices
En tus marcas de tinta
Sabes a poesía antigua,
A restos de alcohol y jirones de melancolía.
Puedo navegar en tu vientre
Como una ilusa buscando condena
Tregar hasta lo ignoto de tu cerebro
Beber tu semen al compás del silencio
Con la luna llena que nos clava el alma
Unidos a un destino trágico
Que sólo nos habla de sonrisas
Atados a la adicción de la trementina

Sedientos de brebajes amargos
Verdes esperanzas
En el fondo de una botella de ajeno
Cannábicas ensoñaciones
En la desnudez de la locura
Me vuelvo el animal que traté de encarcelar
Despierto a las aguas oraculares
Que te traen de vuelta
Clamo sin piedad en antiguas lenguas
Tu nombre de fuego
Ligados a la tierra
Que malsanamente nos acecha
Poseídos por la sinrazón del arte
Despiertos en medio del infierno
Hechizados
Por el brillo de una ciudad corrupta
Redibujados en una historia
Que no debió de ser nuestra
Reímos bailando entre las sombras
Con perversas carcajadas
Tan tuyas
Tan mías
Tan malditamente
Nuestras.

Te vi recortado por el reflejo

De una ciudad maldita
Que siempre sabe a muerte
Trafas la sal oceánica
En la planta de tus pies
Surcado por tatuajes infernales
Arrastrando siglos de amenazas
De dioses olvidados
De conjuros siniestros.
Yo vi tu cuerpo arder
Entre mis manos violentas
Que arrancaron tu carne
Para que el nido de serpientes
Mudara otra vez
Beso tras beso
Afiladas garras hicieron
Un mapa en mis costillas
Y trazaron símbolos herméticos
En mis 33 vértebras
Despertó en mí
El alma milenaria de una hembra
Que reptaba espejando tempestades
Tu mano supo bocetar mi esqueleto
Quebrado por el destino
Las líneas oraculares
Sabían a la sal de mi cuerpo
Envenenado dormiste
Con tu mejilla en mi vientre
Adoré tu lado izquierdo
Y tu clavícula erotizando mis versos
Piel antigua en mis poemas
Vida tras vida
Jugando en condenas
Atada por los siglos
Piedra sobre piedra.

En la agónica boca también te amo

Aunque hoy todo sepa a nada
Y el hambre todo lo inunde
Yo sé que el filo de la confusión
Te seduce arrastrándote al abismo
Aquí en mi hombro
Te he bordado en secreto
Sabiendo que evocarte
Hace enmudecer a los ciegos
En esta cruel tarde
He de libar la salobre magia
Maldiciones recorren tu piel
Cansada de tantas almas
En la amarga boca
Extrañamente te espero.

La oscuridad es esquivia

Con los amantes
Las musas sienten celos
De mis ojos en tus ojos
Todo se vuelve espinas y cardos.
En mis pesadillas rondan almas oscuras
Que quieren verme caer
Olvidada camino por los rincones
Buscando tu voz
Aunque piedras seas
Aunque nunca me ames
Aunque vomites mi nombre
Harta camino con ojos nuevos
Y veo...
Más allá de las tumbas o de los jazmines
Astros...
Flores frescas...
El ocaso del mar...
Me persigue la muerte odiando mis sonrisas
Trata de envenenar mis pasos
Envidia mi inspiración y mis manos
Nadie quiere ver el trayecto de un verso
La pesada noche
Ni la copa vacía.

Marcela Royo

Facebook.com/marcela.royolira
Macul, Chile



Antes que aclarar

El timbre quiebra la quietud de la noche. Son las tres de la mañana. Daniel intuye quién es. No puede ser otro, sólo “él” tendría ese atrevimiento. Un sudor frío lo baña, se mueve inquieto sin decidir levantarse y abrir la puerta. Se conocieron hace tres años en el Pub Vox Populi, precisamente a esta misma hora, lo que la convirtió, de alguna manera, en significativa para ambos. Llovía. Ambos estaban solos y mientras miraba hacia la calle Sergio se le había acercado con dos vasos de whisky.

Se queda quieto, boca arriba en la cama. Los ojos abiertos en la oscuridad. Al acecho. Otro timbrazo. ¡Mierda! Gira la mirada hacia su mujer quien parece no haber escuchado el timbre. Se levanta procurando

no despertarla, en puntillas, casi sin respirar. Es la señal acordada, el intervalo entre los dos timbrazos. Masculla improprios camino a la puerta, sin encender luces, procurando no tropezar con los muebles. Permanece un segundo inmóvil observando la madera, el cerrojo y el seguro, como si esperara el milagro de no tener que hacer lo que no debe. Titubea. No tiene escapatoria. Abre.

Frente a él, borracho, con el rostro abotagado por alguna droga, está Sergio, la persona que menos querría estuviese allí. Piensa en Elvira durmiendo metros atrás. No obstante, a sabiendas de su error, se hace a un lado y lo invita a pasar. La visita entra a trastabillones, y se deja caer en el sofá.

—Whisky, sin hielo —exige.
—Ssssh, ella duerme. Es tarde. Debes irte.

—Déjate de tonterías. Tengo sed.
—Ya bebiste demasiado. Elvira es una buena mujer. No merece que...

—No me digas que ella todavía no...
¡Bah! Siempre fuiste un cobarde.

—Se lo dije cuando decidimos vivir juntos —responde Daniel enrabiado. Recuerda lo difícil que fue dar el paso, reconocerlo ante ella; en su propio sudor, inhibido, buscando las palabras.

—No te creo, no estaría aquí contigo. Dame un whisky. Es lo mínimo que puedes hacer ¿no? Te marchaste sin una excusa —insiste Sergio. Da un rápido vistazo al salón. Se emociona al ver en la pared su pintura de una naturaleza muerta. Se la había obsesado cuando ganó el concurso municipal, hace ya un año. Lo celebraron con una cena íntima. Sin invitados.

—Estás borracho —masculla el dueño de casa—. Sergio enténdelo, no podíamos seguir —se rasca la cabeza en un gesto de impaciencia—. Fue difícil tomar la decisión. Luego, conocí a Elvira.

—Brindemos. Por los viejos tiempos, amigo —porfía el visitante. Y

hace ademán de dirigirse al bar en un rincón de la sala, pero le fallan las fuerzas.

—Sergio, entiende. Elvira y yo tenemos proyectos.

—Estoy inmensamente solo, Daniel. No imaginas cómo han sido todos estos meses. Perdí el trabajo, mis hermanos me rechazan. Mis padres... —estalla en llanto.

Daniel había decidido mantenerse firme. Imaginó muchas veces el posible reencuentro, sin embargo, contra todo lo proyectado y las promesas, se acerca a Sergio. Nota la fragilidad de ese cuerpo en sus brazos. Se deja arrastrar por el momento, por algo que creyó muerto.

Comienza a clarear. Se escucha el motor de vehículos en las casas vecinas, el paso apresurado de un transeúnte, a lo lejos la bocina de un autobús. Dentro, la claridad tarda. Daniel lanza un suspiro. Se endereza alejándose de su amigo. Cansado, sudoroso, apoya la espalda contra el respaldo del sofá. Alza la vista.

En el umbral está Elvira.

La mano

La historia comenzó con los golpes en la puerta. Rectifico: fue con la carta en cuestión. Quizás, incluso antes, cuando, desde el balcón, el hombre había visto al cartero en la vereda de enfrente y supo al verlo cruzar la calle y verificar los números, que llamaría a su casa. Demoró adrede en atender, un presentimiento lo mantuvo inmóvil detrás de la madera. Escuchó el suspiro del otro, algo como un imperceptible rezongo. Lo imaginó agachado, aprontándose a deslizar el sobre por debajo de la puerta. Entonces, la abrió de golpe. El mensajero dio un respingo y pidió disculpas sin haber por qué.

Una vez solo el hombre se enteró que la enviaban desde un bufete de abogados:

—Maldita sea ¿qué querrán estos leguleyos? —dijo entre dientes. Una ligera inquietud lo había alertado. Revisó mentalmente sus actos de los últimos tres años. Por si acaso, nunca se sabe. Se acordó, cuando un año atrás una conocida casa comercial inició una persecución judicial en su contra por la compra de un electrodoméstico, que una mujer había dado su dirección. Le costó dinero y tiempo convencerlos de que nada tenía que ver con ella. Amenazaron con embargarle parte de su mobiliario

Ahora la cita es dentro de dos días. No especificaban de qué trataba.

Días después, a la salida de la oficina de abogados, el hombre sonríe incrédulo de su suerte. Como único

beneficiario heredaba, de un tío de su madre, una casona en el antiguo barrio de Avenida Matta, en la capital: dos pisos, once habitaciones, tres salones y un patio interior de naranjos y hortensias.

De vuelta al Puerto de Valparaíso, donde vivía, recordó haber visitado a ese tío siendo niño en dos o tres ocasiones. Un viejo cascarrabias que lo hacía mantenerse quieto mientras los mayores conversaban, a veces en voz tan baja que los imaginaba urdiendo maldades de las cuales él no podía enterarse. Se acordó también del olor a encierro y humedad, a nafalina y orina de animal; del tapiz sucio y hediondo de los muebles viejos y de las ratas que corrían en el entretecho, del gato tuerto y al parecer sordo que dormitaba junto al brase-ro. También, de la caja con soldaditos de plomo que le hizo llegar, a los nueve años, para una navidad. Fue la última vez que supo de él. Su madre murió poco tiempo después, y cesó el contacto.

Una tarde fría y amenazante de lluvia viaja a la capital a reconocer la vieja casa de adobe que siempre había querido olvidar. Sabe que es absurda la situación. El antiguo llamador en la puerta de calle, la “mano de Fátima”, lo inquieta. Hace un mes habita la casona de calle Lord Cochrane. Las puertas de todas las ha-

bitaciones abren a un largo pasillo en penumbras. Hay un tragaluz en la sala principal y otro en el baño. Las piezas son oscuras, sin ventanas al exterior. Recuerda su miedo al entrar, rezagado tras la mampara; su madre poco menos debía arrastrarlo al interior. Pero hoy es adulto —absurda esta desazón—, masculla cada vez al cruzar la entrada.

Todo comenzó el día que llegó a instalarse. En la calle el camión cargado con los muebles, la ropa reparada en un baúl y dos maletas. En el momento en que introdujo la llave en la cerradura tuvo la impresión de que la mano giraba levemente, como si quisiera conocer al nuevo dueño. Más tarde, mientras bebía un vaso de whisky, la escuchó golpear con fuerza la madera; sin embargo, cuando abrió no había nadie. Tuvo la desagradable impresión, mientras se preparaba otro trago (este era el tercero), que no se llevarían bien. Cuando niño su única entretención era jugar con ella: la levantaba y dejaba caer abruptamente.

—No hagas eso, hijo. La vas a cansar —lo regañó su madre en varias ocasiones. El tío, en un arranque de furia, le golpeó las manos con una varilla y él, en un descuido de los mayores, había encendido una vela y mantuvo la llama sobre la mano largo rato riendo malévolo, como si percibiera

el dolor del bronce.

En el transcurso de los meses el llamado a horas imprevistas e inoportunas lo tenían al borde de un colapso. Al principio pensó en jugarretas de niños —era la única casa que todavía mantenía ese tipo de llamador— o en gente ociosa, incluso en los “okupas” de la otra cuadra. Pero cuando la descubrió vigilando sus horas de salidas y llegadas en el mismo movimiento imperceptible del primer día, supo que el asunto iba en serio y era entre los dos. Se aficionó al whisky. Bebía a deshoras y en mayores cantidades. Cuando venía de vuelta se disfrazaba como un encapuchado para ver si así no lo reconocía. Sin embargo, la mano siempre daba los dos golpecitos.

Sucedió una madrugada.

Llovía y hacía frío. Llevaba dos días en cama con fiebre, con un fuerte dolor de garganta, sin ánimo de levantarse. Al séptimo llamado, harto de la jugarreta, cogió el combo de acero que había encontrado en la leñera y se dirigió a la puerta de entrada. Con todas sus fuerzas, de un golpe seco, la arrancó de la madera. En el suelo continuó golpeándola, a pesar de que los golpes no hacían mella en el bronce. Luego, envuelta en hojas de diario, como si fuese un ratón muerto, la arrojó al tacho de la basura.

Días después, alertados por los vecinos del mal olor, la policía lo halló sobre la cama, muerto por estrangulación. La pequeña mano de bronce yacía a su lado.

El Grifo

Me crucé con él una tarde. Al principio creí que hablaba conmigo. Lo miré tratando de entender lo que decía, pero lo suyo era un monólogo. No supe con quién estaba furioso ni qué le había hecho “ese otro”; cuántos garabatos escupió en el rato en que lo tuve cerca. Hasta gesticuló con el puño en alto. Tuve miedo, pensé que de pronto, en su locura, volcaría en mí su furia. Todos en el barrio lo conocíamos. Le apodaban “El Grifo”, porque en los veranos abría los grifos del sector para que los niños disfrutaran bañándose en el chorro de agua.

Ese día hacía calor. La brisa de enero, que se deja caer a la hora de la siesta, no asomó. Ni un alma en las calles, sólo él y yo. Caminamos juntos las cuatro cuadras hasta el paradero. Por

un segundo simulé quedarme atrás. El Grifo se detuvo, esperándome.

Llegó el microbús, subió conmigo y se deslizó sin pagar pasaje. Temí que el chofer lo hiciera bajar. Hasta pensé pagarle, pero el hombre cerró la puerta e hizo partir el vehículo. El muchacho siguió con sus groserías. Noté la incomodidad de los escasos pasajeros, los que se refugiaron en lo que aparentemente ocurría en las calles, pero nada especial pasaba afuera. Los hechos sucedían dentro del bus.

Llegué a mi destino, toqué el timbre y bajé. El Grifo bajó conmigo.

Ese día iba al dentista por un dolor de muelas. No sé qué me dio. Quizás visualicé la excusa para no llegar a

tiempo al consultorio. El asunto es que lo invité a una cerveza helada. “¿Cerveza?, ¡cómo se le ocurre com-padre!. Me la prohibió el médico. Pero, si es tan amable, tomaría una coca cola bien fría”. Luego sonrió. Media hora después, me preguntaba qué hacía yo con un tipo como ese, bebiendo un refresco a las tres y media de la tarde, de ese lunes de enero.

Reconozco que la conversación fue interesante. Emitía, eso sí, un ruido desagradable al llevarse la botella a la boca: chupaba del gollete y tragaba. A esa hora no había nadie en el boliche, y no importó. Además, el dueño, un japonés corpulento, dormía siesta con la cabeza entre los brazos, apoyado en el mesón. De pronto, el Grifo se puso de pie y golpeó con un mazo gigante el gong que había a la entrada del local. El samurái despertó sobresaltado y a empujones e improperios nos echó a la calle.

Después de eso me despedí del Grifo, sin sacarme la muela.

Cuando conté lo ocurrido en casa mi tío dijo que era un muchacho inofensivo, que había sufrido un trauma muy grande cuando niño. Sucedió once años atrás. El Grifo tenía nueve. En ese tiempo vivía en Peñalolén, a orillas del Canal San Carlos, en una media agua. La madre hacía aseo en casas del barrio alto, al otro lado de

la ciudad. Los siete niños quedaban solos durante el día, a cargo de la mayor de apenas trece años. Esa mañana, uno de los hermanos menores tiró al canal la pelota de fútbol del Grifo. Se la habían enviado de regalo los patrones de su madre cuando supieron que había sido seleccionado para formar parte del plantel del municipio. Tío Eugenio dijo que era una promesa y que el Colo Colo le tenía echado el ojo. Los niños se quedaron mirando cómo el agua se llevaba el balón. En un arranque desesperado el Grifo gritó: “¡Anda a buscarla, huevón!” y empujó al hermano. Nunca encontraron el cuerpo del niño. Las aguas del canal son peligrosas.

De vez en cuando diviso al Grifo. Camina por Avenida La Aguada escupiendo improperios. Suelo invitarlo a tomarse una coca cola y conversamos. No es mal tipo. Sabe de gasfitería. Los vecinos acuden a él cuando tienen algún problema de cañerías.

No hace mucho me pidió que le escribiera una carta a su madre. Quiere saber si lo perdonó. De eso hace un mes, y no hay respuesta. —Tal vez ya no vive en Peñalolén —digo, excusándola. Entonces, se agarra el pelo y se lo tironea hasta hacerse daño. Cuando logro que se calme, ruega que lo acompañe a verla. —Usted es educado, sabe expresarse. Ella lo escuchará —insiste. — Está bien, Jonathan. Uno de estos días

—prometo. Merece el abrazo de su madre, espera el gesto hace mucho.

Un lunes, a media tarde, tomamos locomoción hacia el antiguo barrio del Grifo, en los faldeos de la cordillera. Tuvimos que hacer trasbordo en Irarrázaval. Demoramos hora y media en llegar. Al loco se le ocurrió ponerse a cantar y a cobrarle a los pasajeros. Se sentó a mi lado y me entregó las monedas. —Para el pasaje, jefe —dijo. Rojo de vergüenza, repuse que las guardara para cigarrillos.

Estaba nublado y hacía frío. Aseguré que no iba a llover. —No me duele el hueso de la pierna que me quebré —dijo. Al salir había tomado dos casacas. —Gracias, compadre. Pero me gusta más la otra —repuso cuando le ofrecí una de ellas. Se quedó con la nueva. La había comprado tres días atrás.

Quedamos en pana. Faltaban como veinte cuadras para Plaza Egaña. Tuvimos que esperar el bus que venía atrás. Tardó media hora. El Grifo compró dos helados de agua, pese al frío. Lo lengüeteó como cabro chico. Traté de apurar el mío; lo mordía, tragaba pedazos grandes. —Saboréelo, compadre —me advirtió. Nos subimos a un vehículo lleno de gente: hartos escolares y sus mochilas y mamás con niños. Los colegios habían terminado la jornada. Todo el

mundo iba de mal humor, ni hablar del chofer. El Grifo se puso a discutir con unos muchachos. Lo zarandeeé de la manga. Le dije que se calmara. Los estudiantes se corrieron para atrás.

Pasado el Puente Arrieta nos bajamos. El Grifo se desorientó. Había cambiado su paisaje: construcciones nuevas; recintos cerrados. No se acordaba del nombre de la calle. —Antes tenían números —alegó. Quería ir a la orilla del canal, pero no le tuve confianza. Caminamos.

—¡Jonathan! —llamó una mujer desde la entrada de un almacén.

—¡Madrina! —respondió él. Se abrazaron largo rato.

—Tu mamá hace como cinco años que se fue... Antes que construyeran el condominio... No, no sé donde vive... No se despidió de nadie... Sólo el Juanjo vivía con ella... Los demás niños se fueron yendo primero —iba explicando la mujer a medida que el Grifo preguntaba. Comencé a preocuparme. No sabía cómo podría reaccionar. —Necesito ayuda, Jonathan. Los sacos de papas y del azúcar pesan y estoy vieja. ¿Por qué no te quedas?... ¿El Tito? Murió. Poco después de que te fuiste... Ninguno de tus hermanos quiso vivir conmigo. Pasaron harta hambre cuando tu mamá quedó sin trabajo de la noche a la mañana... El Rafa y el Lucho salían a robar. Dicen que el mayor de tus

hermanos está preso en San Miguel.

Increíble cómo la mujer iba contando los sucesos uno tras otro sin detenerse. Y de este modo, tan propio de la gente pobre en mi país que acogen en un santiamén a otro

en la casa, lo invitó a vivir con ella.

Han pasado los años. A veces, cuando veo un grifo, pienso en Jonathan, y me dan deseos de verlo y tomarnos una coca cola bien helada.

Adversarios hasta morir

Intentó resistirse, pero no pudo. El crujir de los zapatos en movimiento la buscaba insistentemente. Hace días, ya no recuerda cuántos, espera oírlos venir. Cada noche un poco más cerca, hecha un ovillo bajo las frazadas intentando ser fuerte y no escuchar el arrastrar de esos pies.

No le creyeron cuando lo dijo a la hora del desayuno. Incluso, Juana, la mayor, hizo broma de su miedo y de la necesidad de llenarse la cabeza con historias que leía en los libros que solicitaba en la biblioteca. Nadie pensó que ella escribía relatos precisamente para espantar su temor, convencida que de ese modo los personajes nacidos de su imaginación, que solían rondarla en lo oscuro, se quedarían encerra-

dos entre las páginas del cuaderno, convertidos en entes de una narración de la cual no podrían escapar.

Sin embargo, los pasos de “aquel” que viene por el pasillo, parecían presentir el peligro en caso de alcanzarla. Por eso, adrede, congelaban todo movimiento cuando la suponían despierta. Era la lucha de todas las noches, Clarisa estaba consciente que sólo uno de los dos saldría vencedor.

No supo en qué momento se durmió. Llevaba noches despierta esperando que los pasos cometieran el error de acercarse demasiado para cogerlo y, en el relato que había escrito semanas atrás, encerrarlo sin posibilidad de escape. -Un cuento raro-, le dijo la profesora, -no se conoce al

protagonista y, no obstante, se percibe alguien malévolo entre líneas-. -Lo tendrá-, repuso Clarisa, enigmática.

Intenta resistirse, pero no puede. El dueño de los pasos es un hombre fuerte. De pronto, percibe la fuerza en la pluma del desconocido. Se ve descrita en el papel como la niña asustada que es en ese instante. Visualiza el orfanato en que la hace ser una de las niñas allí encerradas. “Estaba despierta y, a escondidas de las monjas, escribía un relato donde un desconocido intentaba apoderarse de ella y

dejarla para siempre encerrada entre las páginas del libro”... eso dice el escritor casi al final del último párrafo.

Clarisa divisa, a través de la ventana, la luna. Una nube se acerca amenazadora para ocultar su luz. La niña comprende que, una vez que la noche sea completamente oscura, no tendrá posibilidad de huir.

Quedará para siempre encerrada en el cuento corto de terror que el hombre escribe, inclinado sobre el escritorio.

Matilde Huenchulaf

Facebook.com/matilde.huenchulaf
Puente Alto, Chile



Un bello prado

De un bello prado
Corte hiedra de rojo granate,
Pensamientos, rosas y crisantemos.
Para la mesa grande
Con su vestido blanco,
Dos espigadas velas
Con sus llamas encendidas...
Cálidos almuerzos en la terraza,
Profana de ayeres y presentes
Deleitándome con mis hijos,
Nietos y amigos...
Y junto a todos ellos
Nutrir nuestros corazones

Valentía de una mujer

La valentía de una mujer es mantenerse de pie aun cuando se esté cayendo a pedazos por dentro.

Eso pensó, después del diluvio de lágrimas y dolor en el alma por la abundancia de decepciones y empapo el pañuelo de papel y seco el manantial de agua...

Piensas y dices: ¡¡¡ Ya basta !!! Basta, de tanto apego; nada es mío, nada es tuyo.

La vida no se detiene por las desilusiones. Salió de la casa... camino, vagando tal vez para apaciguar la tris-

teza. A su paso encuentra una tienda pero no sabe qué busca; quizás algo que creyó perdido. En un momento de lucidez, distingue un vestido color naranja, se lo prueba y ve su imagen en el espejo... no se reconoce, ni su figura delgada ni su rostro demacrado por tantas noches en vela. El vestido de suave viscosa y lindo escote en la espalda. Pensó: "Mientras más sencillo el diseño es más elegante". Así que lo compró y se lo llevo a casa... lo colgó en el closet. Hoy sabe que fue un consuelo. Enterró los malos recuerdos y el vestido está guardado hace tres años.

Pozo negro

A casa de José llegan amigos y conocidos que venían de alrededores de la novena región. Eran personas campesinas que venían a Santiago en busca de nuevos horizontes; en busca de una mejor calidad de vida y un buen trabajo. Cuando se establecían se marchaban, y no se sabía más de ellos. Un día llegó a vivir Pedro y Luisa, quienes comienzan un romance. Con el tiempo la relación se hace mas íntima y duermen juntos. La casa no era muy grande, y, por ende, se escuchaba todo tipo de ruidos. Un día, de madrugada, con fuerte lluvia que golpea el techo de zinc, ella se siente muy inquieta; se queja y no soporta estar acostada. Al parecer tiene dolores. Se levanta y camina de un lugar a otro. La familia que estaba ahí suponía que estaba enferma. Luisa masajeaba su vientre y corre al baño de pozo negro que estaba al final del sitio. Se escuchaban fuertes quejidos y lamentos. Ella gritaba: "Nunca más, nunca más mamita". Eso decía, hasta que de pronto se escuchó el llanto de un bebé. Juan, hermano de Luisa, va rápido hacia el baño y se encuentra con un macabro episodio. La insulta

y golpea fuertemente. Ella llora desconsolada sentada aún en el baño de cajón... Entre sus piernas ensangrentadas sostiene al desafortunado bebé que estrangula y asfixia sin piedad. Le quitó la vida con sus propias manos. Todos estaban muy asustados y sin entender mucho. Juan, en voz baja, les cuenta a todos lo que paso... Atónitos murmuran; no alcanzo a oír lo que dicen.

Los días siguientes se comenta que ella se indujo un aborto clandestino con alguna partera de barrio que no tuvo respeto por la vida de ese angelito. No le importó ni preguntó el tiempo de gestación: solo quiso recibir la paga inmundada sin un grado de remordimiento. El bebé conoció la vida y la muerte al mismo tiempo. No sintió el amor materno... Envolvieron al bultito de seis meses en papel y lo tiraron al pozo negro.

Un feto es sangre de tu sangre, carne de tu carne. ¿No será aniquilarse a una misma?, ya que es una autoagresión que te puede marcar la existencia.

Océanos vastos

Estuve perdida en el estío de la vida
Hoy me vuelvo a reencontrar,
Luego pienso y digo: "ahí voy otra vez"
Sin importar lo que pasó ayer
Que mi alma noble sepa disfrutar lo que los demás no perciben
Por mucho tiempo fui todo lo que pude
Ahora soy todo lo que quiero...
Reflejando mi cabellera ensortijada en los cristales nórdicos
En añoranza del semblante desvirtuado en el tiempo
Se fue la sombra con la luz del sol.
Mis sueños recorren tierra fértil
Las águilas reinan en el cielo a través del aire y la llovizna fina
Siendo liviana como las plumas de las garzas
Que tienen el vuelo de mis versos y el poder intrínseco
No crecerán flores sin aroma en mi jardín
Siendo la existencia milagrosa de océanos vastos
Misteriosos como las flores brotando en primavera
En gotas otoñales llenas de lo infinito
en el oleaje etéreo de la existencia...

Flagelo

En el insomnio confuso de largas noches de espera,
Con el miedo inminente que no regresarás al hogar,
Mirando por la ventana el amanecer,
Con el sonido de mi corazón destrozado en sentimientos encontrados

Fui formando este poema...
Te busco a la distancia y no te encuentro
¿Qué pasó con el sol que no alumbra?
Tal vez se perdió en el horizonte volando y vagando errante
Sobre océanos turbulentos
Sin encontrar el nido extraviado.
En el tiempo y noches cómplices
Soledad de espíritu silente,
Tus ojos atrapados en un enjambre taciturno
Esquivando lágrimas de cristal, sin dejarlas rodar por tus mejillas.
Te hablo...no hay respuesta, solo hay suspiros difusos
En el aire se difunden en incoherencia
Desdibujando la sonrisa de tu boca.
El tiempo no se recupera...no lo pierdas
Caíste en un flagelo... ¡párate! hazle frente,
Párate que ser valiente y ser hombre no sale caro
Se irán los sueños de sombras displicentes
No camines por la vida en forma fantasmal,
Que tus pasos dejen huellas de bien para que otros te sigan
Recuerda... has venido a vivir limpio y libre
Manteniendo tu esencia de valores,
Siendo fiel y constante a ti mismo.
Amo cuando sonríes como lo haces hoy,
Amo cuando te honras...
Ahora que la luz te envuelva el alma y te acaricie el corazón
Que solo lo bueno sea tu compañía,
La vida es más hermosa porque tú estás en ella.

El Rewue

Gotas de luz menguadas tras un viaje fragmentado...
En cordilleras albas, espíritus ensoñecidos,
Fusionados en el aire
Rodeados del Pewen cargado de piñones...
Alimento de pehuenches
Que honran el lugar donde habita el místico universo
De espacios silentes,
Surgen versos transparentes a los pies del volcán,
De tierras usurpadas...subyacen antepasados ingrátidos
Bajo un lago artificial.
Somos semillas del cielo,
Que renacen en la fértil madre tierra
Donde se materializan los sueños estelares de una machi en su trance...
No dejemos que las estrellas se apaguen,
Nuestros ancestros renacerán en la flor del loto,
Sobre aguas cristalinas, abriendo sus pétalos sutiles,
Perfumando la inspiración.
Aromas de luna llena borrarán la escasez de conciencia
Dando paso al amor benevolente
Hacia el mundo y la vida, llevemos la frecuencia vibratoria.
¡Con la fuerza de la mapuche altiva! Alzando las voces de cantos,
Tocaremos la trutruca y los cultrunes,
Para el consuelo del sollozo de nuestros hermanos(as) vivientes
En torno al Rewue danzaremos las plegarias ascendidas.

Charcos terrosos

Junto a mi amiga soledad
Es un día gris con finas gotas de lluvia,
Benditas gotas de agua que purifican el
aire
Y dos árboles de enramaje verde con
flores violetas
De frondosas copas que anidan y cobijan
A pajaritos entumecidos.
Globos turbios pequeños
Se deslizan en charcos terrosos a orillas
de la vereda
Atochadas de autos modernos,
Personas abrigadas y paraguas de colores
Agudizando mis oídos con música suave,
Me siento nauseabunda de mí existir,
Cada momento es un altar
Extasiada de talento...
Inspiro, exhalo aires de libertad
Veo mi imagen a través de los espejos
Que me observan sin mascara del tedioso
maquillaje
Que cubrió el demacrado de los desencantos
Hoy me miro en ellos íntegra y firme
“ES MI YO”.

Chañaral en el lodo

Cielo oscuro y pardo,
Lluvia violenta y destructiva.
Tus fuertes brazos desbordan un fuerte torrente
Que en tus bienes desagua
Y no tienes piedad...
Liviano y frágil
Se vuelve el ser humano
Que arrastras por el lodo,
Luego despierta la dormida fortaleza de la gente
Paciente y viva observan
Las hojas del valle verde,
La desolación terrestre
Que fue irascible la brutal lluvia.

Nedazka Pika

**www.entreparesischile.com
[Facebook.com/profile.php?id=100007719377765](https://www.facebook.com/profile.php?id=100007719377765)
Santiago, Chile**



Espíritu Santo

Pedazos de carne vuelan por los cielos,
los vidrios estampados de tus miradas,
yacen rotos,
las astillas de la vieja ventana de nuestra habitación,
quedarán tatuadas en mi piel,
es el verbo el asesino del cordero,
es el cordero la víctima eterna del pecado,
ese pecado que hace arrastrar este cuerpo.

Somos mejores

Somos iguales dijo Lilith
y fue expulsada del paraíso y condenada a ser demonio
Somos iguales dijo Hipatia de Alejandría
Y fue asesinada por causas que siguen investigándose

Somos iguales dijo Christine de Pizan
y escribió la ciudad de las damas
Somos iguales dijo Olympe de Gouges
Y redactó la Declaración de los Derechos de la Mujer y la Ciudadana

La mujer no es naturalmente inferior al hombre,
sino que se debe a la educación recibida,
grito Mary Wollstonecraft
y publicó:
"Vindicación de los derechos de la mujer".

¿Acaso no soy una mujer?
se pregunta Sojourner Truth
y se inicia una lucha doble
por la igualdad de las mujeres y por la abolición de la esclavitud.

Y seguimos en la lucha,
Porque aún no existe igualdad
Porque aún lloran las almas mutiladas
Gladys Gallegos Inzunza,
Asesinada por su exmarido en Valdivia,
Alejandra Castro
Visitaba a su hijo
¿Qué será de ese niño que vio morir a su madre?

Porque no somos iguales,
Somos mejores.

“Para bien o para mal, hasta que la muerte nos separe”

Sí, soy mujer,
un estereotipo de virgen María y Eva,
sometida a la humanidad
A veces soy la hembra que sale a cazar
también procuro ser la madre tierna
tengo miedo a cruzar la puerta
Tengo miedo a gritar
Ya me acostumbré a tus penetraciones
Ya los golpes se disimulan
la felicidad es una utopía,
y ella, parece que nunca va a llegar...
“Para bien o para mal, hasta que la muerte nos separe”.

Libertad

Y así nacieron, entre sangre y excremento
con los alaridos de la hembra
con la ausencia del padre...
y llegaron los gusanos a arrastrarse.
triunfantes desde el árbol nos miran los ángeles a lo lejos.
Desde el Golotá bailan los gusanos en medio de la lluvia.

El ala rota

Todos la ven pero nadie quiere mirar.

Justicia

Un cuervo escapa de un espantapájaros
mientras llegaba el reemplazo
un rayo divino mata al cuervo.

Designios

Y dijo el oráculo:
Serás poeta
—¿¿¿Seré Puta???
Nooo, poeta, en fin.

La otra costilla

Y llegó ella del barro a la carne,
de la carne al sexo,
del sexo al dolor,
del dolor a la humillación...
ella lo miró y le dijo Adiós.

Instrucciones para ser una buena mujer

Camina derecho,
levanta la cara,
sonríe,
siéntate con elegancia,
¡no, no coloques los codos en la mesa!
Come despacio,
usa el servicio adecuado,
siempre deja algo en el plato.

Nunca contradigas a tu padre
A tu esposo
A tu hermano
Al Cura

Recuerda que eres una niña
y pronto serás mujer...
... Deberás casarte virgen,
tener hijos hermosos,
ser fiel esposa y confidente:
callar por el bien de la familia,
porque no queremos ser una vergüenza,
una indecente...
dama de la noche ...
Calla, cuando te golpee
Calla, cuando te viole
Calla, Calla, Calla
Que el mundo es como es.

Nelly Sallas

Facebook.com/nellyraquel.salasvargas
San Bernardo, Chile



¿Dónde estamos?

Del poemario "La última Estación" (2020). Ediciones Letra Clara.

Nadie sabe
A dónde vamos
No estamos en el mismo lugar
Ni sabemos dónde estaremos mañana.

Esta incertidumbre me embriaga
Me hace adornar mis blusas
Con botones de color rojizo.

Veo los árboles deshojados
A la orilla de mis sueños
Y el tren de carga
lleva escondida una estrella
En el vagón número cinco.

Y nadie sabe
Dónde estaremos mañana
Cuando sean las cinco en punto
De la madrugada.

Abierta al peligro la llaga del pasado

En la manilla del vagón
La huella fresca acecha.
Alguien se detiene a contemplar
Un lago imaginario.

El Trudeauux lleno de futuros muertos
Nosotros seguimos encarcelados
Para que la plaga no nos corone
Con su sello de virus insalvable.

En la manilla del vagón
Queda la huella de este enemigo
Y mis ganas de seguir andando
Por los vagones de la vida.

Pero hasta aquí llega la libertad
De seguir muriendo como insectos.
Todos encarcelados agonizando
por la perplejidad de querer seguir viviendo
Los hospitales racimos de fantasmas
Las hojas secas desapareciendo de a poco.

Señales

El sonido de la orfandad
Arroja al mundo un abismo
Nos arruga la piel de incertidumbre
Suenan una alarma en las pantallas.

En los pasillos vacíos del planeta
Las aves se detienen sorprendidas
Los pumas se pasean por su órbita
Los asteroides de la gran capital
Con su sello de libertad imaginaria.

Me refugio en tus ojos
Nos abrazamos y hacemos
Un dibujo en el guante de mi izquierda.

Entonces las aves rompen su sorpresa
Para mirar el vuelo
De la libertad imaginaria.

En el mar tu soledad

A Pablo Neruda.

En el lecho de tu soledad siempre en compañía
Me estremezco de la procesión infinita
Trofeos que cuelgan de tus evocaciones.

Inapreciables piedras en la carne de la tierra
Paridas de la fuente miles de retratos
Pasaron por tu vida depositando
Raíces de inspiración e ideales.

He llegado a visitarte para contemplar
Tus ojos cansados meciéndose en el seno de la mar.
Me invade tu tácita presencia
Imán para el que se detiene en tu morada
Las pestañas cinceladas de los turistas
Traen a manajo abierto pañuelos
De dos hemisferios.

El atardecer se planta ante mis pies
Las piedrecillas son notas musicalizadas con tus versos.
Me embeleso en los reflejos, lumbres en extinción
Se levanta la noche y sueñan las olas cuando te recuerdan.
Los objetos salen de las habitaciones
Les veo bailar sambas, cuecas y valeses peruanos
A escondidas para que nadie se entere
Que el poeta resucita en las sombras de la noche
Bebe su vino predilecto
Se posesiona de los cabellos de su amada
Vuelan apegados a un caracol sobre las olas de Isla Negra.

9 de Julio 2020.

DESUNIDOS EL DÍA Y LA NOCHE

VOY BROTANDO EN LOS CERROS
EN EL MUSGO DE LAS PLANTAS
ME QUEDO ESTÁTICA
TRENZADA EN PARÁMETROS
DE LAS REGLAS SIN LEYES.

UN GRILLO CANTA DE DÍA
ME SORPRENDE
LA DESTREZA DE SU entonación
Y LA RANA SIGUE
DANDO VUELTAS
EN EL CHARCO DE AGUA.

ESTOY EN EL LIBRO DE LA MEMORIA
DEJÁNDOME PALPITAR VOLUNTARIA
EN EL PORTAL DEL INFIERNO
RETORNO a mí SIN QUE ALGUIEN SE PERCATE.

LLEGO AL BORDE DE LAS HERIDAS
Bajo el techo de aquella estación
Que nunca llega y
Estrecha su MANO CON EL CIELO.

Libertaria

Del poemario "La última Estación" (2020). Ediciones Letra Clara.

El sonido de la orfandad
Arroja al mundo a un abismo
Nos arruga la piel de incertidumbre
Suenan una alarma en las pantallas.

En los pasillos vacíos del planeta
Las aves se detienen sorprendidas
Los pumas se pasean por su órbita
Los asteroides de la gran capital
Con su sello de libertad imaginaria.

Me refugio en tus ojos
Nos abrazamos y hacemos
Un dibujo en el guante de mi izquierda.

Entonces las aves rompen su sorpresa
Para mirar el vuelo
De la libertad imaginaria.

9 de Abril 2020.

Túnica del ensueño

Del poemario "La última Estación" (2020). Ediciones Letra Clara.

Una vez que se retire
de nuestros aposentos el ensueño
De estar bajo cuatro muros
Trabajando a distancia
Recopilaremos cada pedazo
De la historia vivida.

Presurosos nos dejaremos caer
En los escenarios pendientes,
Entraremos vestidos con la túnica
Del ensueño por vivir otra suerte.

Aquella donde los días
Se habrán reducido al mínimo.
Y las noches pasarán a ser
Bancos de tutores desolados.

Seremos sólo una sombra
Alumbrando la tenebrosidad
Del invierno que se avecina.
Ríos secos sin ninguna enmienda
Cavarán las entrañas de las piedras
Y dejarán mensajes
De un futuro inexistente.
Caerá el trueno en pedazos infinitos
El charco de la ilusión quedará al descubierto
Espacios lesionados de amargura
Para entrar en la carne de la resurrección.

Paulina Correa

Facebook.com/paulina.correa.351
Providencia, Chile



Ligera

Seis de la mañana. No hace falta ver el reloj. Los pájaros cantan suavemente. Ha pasado la noche esperando que amanezca. La oscuridad la oprime. Las ideas y los recuerdos no la han dejado en paz.

En el velador el celular. Se sabe de memoria el circuito: Facebook, watsapp, el correo, Instagram; como si algo nuevo, significativo, pudiera entrar en la madrugada a su vida desde ahí. Abre el archivo de fotos; las repasa, como si las viera por primera vez. Se queda largo rato mirando un rostro. Acaricia la pantalla suavemente con su dedo. El hombre en la

imagen sonrío. No es la clásica pose; es algo íntimo. Ella recuerda el momento: ambos tomando esa foto solo para ellos. Él la tiene abrazada por la espalda; la envuelve, la protege. Se ve pequeña acogida en el cuerpo de él. Atrás el río, la rivera opuesta, los árboles.

Todo ahora tan lejano.

Se levanta. La idea le ha venido durante el insomnio. Busca un traje de baño —hace tanto que no usa—. Al final se pone ropa interior, una bata y sale del departamento. El pasillo está oscuro; los vecinos duermen. Toma

el ascensor. Desvía la vista del espejo. No quiere arrepentirse: la imagen ya sabe que no le va a gustar. A lo lejos siente los pasos del conserje. Se mueve rápido por el corredor que conduce a la piscina. Sus pequeños pies amenazan con tropezar. Se afirma del muro, del barandal, de unos arbustos. Finalmente llega al patio interior. Siente que el aire le falta. Cualquier movimiento es un esfuerzo con su peso. Más, después de la enfermedad, sabe que pasarán meses antes que las secuelas desaparezcan, pero esto no se puede postergar para entonces.

Parada al borde de la piscina se produce un momento de indecisión. Calcula los movimientos. Su imagen se refleja en el agua. Se saca la bata. Da el primer paso. El agua acaricia el pie; la sensación está llena de recuerdos. Se sumerge —el cuerpo tiene memoria—; da giros, va, vuelve. No hay gravedad. Se da impulso, y llega hasta el fondo. El cielo se ve hermoso desde ahí.

Libertad: eso siente. El agua refresca la nuca, el cuello. Se queda ahí de espaldas. Los ojos cerrados; lo ve, lo percibe. Él siempre amó el agua. Se sumergía con alegría; ruidoso, vital; le había enseñado a vivir; le había quitado miedos. Flota; los brazos abiertos; las palmas hacia arriba, buscando el ligero tacto de las manos

de él. Siente que la lleva, que surcan la piscina, que le besa la frente, que sonrío, que la ama, que ha vuelto. Ha pasado una hora. Los pensamientos recurrentes se han ido. El frío y el cansancio la llevan a la orilla. Mira las ventanas de la torre: todos siguen dormidos.

Al salir pisa el primer escalón con la confianza ganada en el agua; sube el segundo y pierde el equilibrio y cae de bruces. El abdomen se golpea contra las baldosas. Su cara queda a centímetros del cemento. Se afirma sobre las palmas de las manos y se reincorpora sobre sus rodillas. Tiene rasmillones que sangran. Se afirma de la reja, y con esfuerzo logra pararse. Esta vez no se ha quebrado nada. El retorno va a ser trabajoso. Mira el espejo de agua; sonrío y deshace camino.

Al subir se cruza con un hombre y su perro. Siente la mirada crítica, pero esta vez no le importa. Tampoco las charcas que va dejando a su paso. La mañana ha sido hermosa. Se ducha; mira por la ventana la piscina; busca un calendario; marca el día. Mañana volverá a bajar.

Empieza el día. Abre los correos, los archivos; está conectada. Un mensaje le recuerda la cita médica. Hace "click". Entra a la clínica. En segundos una doctora la está saludando; la oye,

pero quiere cortar la comunicación, fingir que internet se ha ido, dejar hablando sola a la mujer; que, en pantalla, hace un monólogo lleno de lugares comunes. La mano se acerca al mouse: va a hacer “click”. Mira a la rubia en su delantal blanco. Parece más una modelo que una doctora.

La quieren operar; desestiman otros métodos. Un caso mórbido. Piensa que a la mujer no la ha visto en persona, pero que igual se permite presumir cosas de su vida. Qué diría si supiera que solo se ha podido poner una polera, que nada en las piernas le entra. Le dice que seguro come a destajo; que los azúcares, que puede morir de un infarto; que va a necesitar ayuda psiquiátrica; que debe hacer gimnasio y nutricionista; que su vida va a cambiar; que va a ser feliz.

En ese punto del discurso el asunto se vuelve gracioso, feliz. ¿Qué podrá significar eso para la rubia?, ¿que podría ser para ella? Seguro cosas muy distintas. Resiste la tentación de reír, porque le aumentarían las horas de apoyo psicológico.

Tras el computador está el refrigerador, casi vacío. No se prepara nada porque no hay tiempo. Tiene que estar conectada y cumplir con los indicadores, las metas. En la despena hay bolsas de galletas de agua,

de avena, arrocitos, tarros de atún, tarros de cholgas; cosas todas que se abren y se tragan mientras sigue digitando, porque no están los tiempos para perder el empleo. El tránsito al baño o a dormir es siempre con el celular en la mano, pues nunca se sabe cuándo un mensaje, un requerimiento, pueda entrar.

La rubia insiste en que debe hacer cardio cuatro veces a la semana; que aproveche que los gimnasios han abierto; que no evada; que ni se imagina todo lo bueno que la espera. En la mesa el celular se mueve: un mensaje entra. Lo lee; abre el correo. Contesta mientras en el audio la doctora sigue explicando la endoscopia, la cirugía, la altura del corte, los suplementos alimenticios. Lee con calma lo que ha escrito. Envía y vuelve a la consulta. En cámara la mujer le muestra un modelo del estómago desarmable. Desprende lo que sacarán.

Piensa que, si tuviera un pantalón que ponerse, podría salir a caminar al terminar la oficina, quizás darle la vuelta a la manzana, claro que con el celular escondido. Así, si llega algo, contesta desde el portal de un edificio. Pero eso es exponerse a un robo, y en su condición no podría correr o resistirse. Conseguir un pantalón. En algún lugar tiene unas zapatillas. Si pudiera agacharse —al punto de

alcanzar el fondo del ropero—.

La rubia está explicando que tras la primera intervención está la opción de una cirugía reconstructiva; que habría que ver con su seguro si lo cubre, porque no la quiere engañar: la baja abrupta deja algunas huellas.

Busca en *Google*. De nuevo la doctora queda en audio. Pantalón cuatro XL. Mejor de cinco. Aparecen anuncios. Ve el tiempo de entrega. La doctora le agradece su incorporación al programa. Ser ligero. Una asistente se contactará para tomar las horas con los especialistas. Pide el más grande; llega en cinco días hábiles; quizás el lunes siguiente. La doctora se despide; ella responde de manera escueta, porque está concentrada digitando su clave de banco. Sí, el lunes siguiente podría llegar.

Entra un correo. Lo lee y responde. Abre un paquete de galletas soda light. Envía unos archivos. Baja el mapa de su barrio. Identifica una verdulería. Quizás con pantalones y zapatillas; quizás un cambio. Al atardecer y siempre que no haya cuarentena o toque de queda muy temprano, podría pasar por ahí. Fruta: es verano. No hay necesidad de prepararla. Quizás haría una diferencia.

Abre el mensaje de la clínica. El presupuesto de la cirugía indica quince

días de licencia probable. Si todo va bien... Las dos cifras se quedan en su retina; imposible estar tanto ausente. ¿De dónde sacar el copago del seguro? Se levanta. Como siempre siente dormidos los muslos. La presión de la silla; avanza afirmada al muro. Falta una hora para terminar la jornada. En el baño se mira en el espejo. A su espalda la tina que ya no puede usar. La última vez no podía reincorporarse. Recuerda el indigno proceso para salir de ella; el temor a caer cada mañana cuando se ducha.

El celular da un salto sobre el lavamanos. La asistente de la clínica debe hacer exámenes. Piensa en qué momento. Abren a las siete de la mañana. Si encuentra un laboratorio cerca alcanza a conectarse al trabajo a tiempo.

Abre el ropero. Repasa qué podría usar para ir. Tendrá que esperar el pantalón. En un rincón una túnica hindú parece promisoria. Trata de ponérsela; se atora; no pasa. Habrá que esperar.

Vuelve al trabajo. Siente el desánimo.

Abre una lata y va comiendo mientras busca en Instagram. Hay ropa grande. Manda un mensaje; responden. Con un recargo se lo vienen a dejar a la puerta en la mañana. Pide

dos de los más grandes. Quizás haya salida.

Al día siguiente, al abrir la puerta, el paquete está en el suelo. Lo toma ansiosa. Al extender el pantalón se ve como un jardín colorido. Es inmenso, pero igual se lo prueba con temor. El contacto de la tela es suave. La inunda un sentimiento infantil, casi navideño. Sus piernas son un arbusto lleno de flores y pájaros. Siempre había vestido de negro. Esto es un mundo nuevo.

Es sábado: no hay cuarentena. Se peina, toma su mochila y parte a la calle. Los ojos llenos de sol, va reconociendo el barrio, los negocios que han cerrado, los que abren. Se aventura una cuadra más. En la puerta de la verdulería le toman el pedido. Le dan el número del *delivery*. Piensa que es mejor venir. Se lleva rábanos, champiñones, rúcula, fruta. La mochila pesa, pero decide dar la vuelta a la cuadra.

Se detiene a descansar frente a una vitrina; una agencia de viajes abandonada. Se imagina en esos lugares que ya nadie visita. No siente cuando un hombre se acerca y trata de quitarle la mochila. Pierde pie; el hombre no lo logra; atorada en su brazo.

Un perro se abalanza y muerde al atacante. La gente grita; el hombre huye. Se afirma del ventanal. El corazón acelerado. Recoge sus cosas. A su lado el perro se sienta; mueve la cola; muestra una enorme lengua rosada.

Cuadra y media, llega al edificio. El perro la sigue. En la puerta se miran a los ojos. Ella lo invita a pasar. Suben al ascensor. Entran al departamento. Ella se le acerca con cuidado. Le acaricia la cabeza. Toma un pañuelo que usa para las reuniones y se lo amarra al cuello. Está hecho: será su compañero de caminatas; quizás un amigo.

Rejas

Durante años tuve un adiestramiento eficiente para evadir la vida, hoy me sirve para no ver la muerte.

Son las siete de la mañana, no suena el despertador, no es necesario, por el ventanal se ve la luz rojiza del amanecer tras la cordillera.

Los edificios se van dibujando, algunos espacios vacíos, oficinas, comercios. En otros seguramente hay movimientos imperceptibles, otros seres humanos despertando.

La rutina es fundamental, siempre lo fue.

Recuerdo esas mañanas de infancia en que me levantaba para no ir a ningún lugar.

Saltaba de la cama y empezaba las labores del día.

La casa no era grande, pero a los cinco años lo parecía, una población de viviendas sociales de los años cuarenta, un lujo hoy, tres veces el tamaño de las que entregan, materiales de verdad.

San Bernardo era aún un espacio rural en cierto modo, el patio alcanzaba para un parrón y lo mejor era

salir ahí en la mañana y comenzar a barrer las hojas, observar los árboles llenos de rocío.

Recuerdo la felicidad de mirar el cerezo en flor; las abejas afanadas en cada rama, las gruesas gotas de resina que brotaban de su tronco, al final las cerezas cada vez más rojas.

Hoy me levanté y regué las plantas del balcón, examine sus hojas, espere a su lado que la luz hiciera visibles todos los rincones.

Luego comencé las minuciosas labores de aseo. Desde que todo esto empezó han cobrado además nuevos significados; la diferencia entre contagio y enfermedad, entre vida y muerte puede estar detrás de una mopa con cloro.

Desde niña los pisos me daban grandes satisfacciones, las tablas del piso de la casa eran delgadas y alargadas, seguramente sin pensarlo cada listón tenía un color distinto, natural.

Eran épocas en que lo natural no era un lujo, sino simplemente lo que había, luego de terminar el primer piso iba por la escalera escalón por escalón sacando brillo.

La escalera era un espacio poco concurrido por mis abuelos, cada uno ocupado con sus tareas, así se

volvía un punto privado donde llorar.

El sentimiento, el llanto, era un acto reflejo, algo que no obedecía a una larga reflexión, no era el momento cúlmine de la toma de conciencia de mi situación; simplemente era.

Luego, meticulosa, secaba las manchas en la madera, tomaba la escoba y comenzaba a hacer el aseo de la cocina.

Ya son cerca de las ocho y media, mis hijos duermen, durante la cuarentena no tienen nada que hacer.

Yo en cambio ya me he conectado al computador y con eso a mi vida. En minutos, otros como yo, van a buscar alivio en su teletrabajo, una sensación de que los temas que ahí se discuten son aún relevantes, y que ellos y yo no estamos amenazados de muerte.

La casa de mis abuelos tenía un diminuto antejardín, unos rosales y a veces unos pensamientos que luchaban con el sol y el polvo de cemento que volaba de la fábrica de tubos de enfrente.

Todos aspirábamos ese polvo, la casa, los muebles, las plantas y nadie lo cuestionaba, solo pasábamos el paño por todo varias veces al día.

La reja del antejardín estaba cerrada.

No parece importante, pero lo era. Eso marcaba una decisión de mis abuelos de no salir y de no dejar a nadie entrar, justo como ahora, una especie de cuarentena personal ante la vida. Así año tras año, la reja solo se abría para escasos trayectos.

El almacén de la vuelta, la carnicería, la feria y mi colegio.

Hoy en esta parte de la ciudad los paquetes llegan sellados y en bolsas; los dejan en la conserjería del edificio; no veo al que se arriesga en el trayecto, al que toca todo y me da una ilusión de normalidad.

Son las once y media. He escrito largos correos; he estado en reuniones virtuales en que todos lucen tranquilos y hablando de planes y metas como si no hubiera pandemia. Sigo el juego; es lo que se espera. De soslayo miro la punta de mi pantufla que luce ya sucia e imagino los pies de los demás. Sonrío.

Cuando mi madre se casó a escondidas y dejó la casa, se produjo el primer cierre de la reja. Mis abuelos cayeron en silencio; los muebles perdieron sentido; el día a día se llenó de cosas que no se usarían más.

La vergüenza, la pena, llenó los espacios y nunca más hablaron con los vecinos.

Habían hecho todo para que pudiera estudiar, para que tuviera esa salida que ellos no habían tenido: el conocimiento, la profesión. Ante esos ojos obreros era el escape a pesares de los que nunca hablaban.

Pero para su hija en ese mundo nuevo no encajaban sus padres y al mirarse en el espejo descubrió que podría con cuidado pasar como otra más o, al menos, eso creía.

Estoy en el computador. Casi termina mi jornada de la mañana; mando unos archivos y me levanto a la cocina.

Comienzo a picar la cebolla. Mis hijos están comenzando a despertar y se asoman a verme. Yo pico con destreza. En un momento veo en las mías las manos de la abuela, morenas, venosas, ágiles, manos que convertían todo en cálidos alimentos. Preparo la paila; todo se vuelve un ir y venir por la cocina. Tengo poco rato antes que deba de nuevo sentarme al computador y dejar de ser mi abuela.

Los niños comen animados; es el momento del día que compartimos, ese que da la idea que nada pasa. El rito del almuerzo puede exorcizar por un rato el mal que flota en la calle.

En el último mes los he visto más;

he notado matices y hábitos que no había percibido. Antes yo llegaba tarde y ellos conectados a sus equipos en realidad no estaban en casa; ahora hemos tenido que hablar.

La reja se cerró de nuevo el día en que mi madre me fue a entregar. En unas pocas bolsas venía mi escueto pasado y luego de una conversación con los abuelos partió.

Mis padres se habían separado; un raro experimento entre un joven profesional de buena familia que decide ser revolucionario y una joven de clase obrera que decide ser arribista. El revolucionario me dio un beso en la frente y partió tras su causa; mi madre me dejó con los abuelos e inició su vida sola.

El temor a que yo fuera en algo parecida a mis padres cerró también los postillos de las ventanas y corrió los visillos a perpetuidad.

Son ya las dos. Lavada la loza, luce impecable.

Tomó un tazón de café y me preparo a escribir un informe. Lo esperan para hoy; torrentes de adjetivos, sustantivos, ilativos, conectores; una catarata que concluye cuando el correo parte para que alguien a su vez en su casa empiece a decortcarlo y pasar su tarde en ese pedregoso texto.

El ropero estaba cerrado hacía años. Al abrirlo los libros resbalaron por decenas y sentí que había encontrado un tesoro, olvidados desde la época de universidad de mi madre; ese fue el golpe de suerte de mi infancia.

Ha terminado la jornada. Me desconecto de la plataforma de mi oficina. Voy a mi pieza. Ahora abro mi ropero y ahí están los libros, mis libros, y como entonces en la escalera de los abuelos me siento en el piso y me pongo a leer. Está probado: así crucé rejas y puertas de niña; ahora cruzo a espacios inmunes y distintos, mundos en que los protagonistas tienen otras preocupaciones que una pandemia mortal.

Claudia Vila Molina

Facebook.com/claudiaisabel.vilamolina
Viña del Mar, Chile



Enredaderas

Extraído desde texto inédito "Ancestrales" (2020).

1

Dejo ir horizontes, mis pies abundan en las enredaderas
donde acuso recibo de nuestras últimas palabras
me descuelgo desde ascensores y cualquier coincidencia
es solo un rótulo en este rincón de la ciudad.

2

Me dices algo que recuerdo perfectamente,
a través del tiempo se desliza una señal
y tiñe de anestesia el lenguaje.

3

Entonces el rito es volver a buscar lo olvidado
mientras abrimos el surco que recorre la ceniza
giran estaciones y nada es tan preciso
como esa huella marcada por ti.

4

Ese nudo en la garganta, esa manera de deslucir rostros
y seguir el curso
la fibra enciende el calor, amarras suben hacia la boca
y condensan el frío.
Tonalidades vagas de verde, de un rojizo intenso
como tu sombra.

Niños de la tormenta

Extraído desde texto inédito "Visiones oníricas" (2020).

Cuando en la noche me visto con pedazos de piel
La luz me invoca y atraviesa corredores de casas
Ando desnuda por los bordes del cuchillo cuando sorpresivamente
Soy un cuadro reflejado en este espejo y los surcos desde los que te arranco
Suenan en las huellas de este manuscrito, dobles aúllan dentro de mí
El tacto desciende a fornicar encima de grafías, se lleva hábitos
Y cambia cada cierto tiempo, pero una palabra enciende el fuego
Nos hace niños en esta tempestad.

Otoñales reflexiones

Extraído desde texto inédito "Visiones oníricas" (2020).

El hombre espera sentado en su sillón de hojas
Vientos traen vigias a través del aire y se mueven las persianas
cuando conversamos
No hay nadie, pero a trasluz los niños juntan tréboles
Me deshago de a poco, solo quiero mirar a un hombre sentado en la plaza
Las gotas diluyen mis escrituras reunidas en la tierra
Y observo su rostro
esa voz me dice desde lejos
late su pulso enclaustrado pausadamente en la cerradura
Y vuelvo a reconocer sus pupilas
que observan la tentación de signos que nos destruyen
Nunca llegaremos a contemplarnos, paños oscuros sellan los astros
de su frente
Y a la distancia solo llora nuestro vendaval
y la penumbra es quejido de vendajes por la noche.

Nubes

Extraído desde texto inédito "Ancestrales" (2020).

Camino hacia la música del día,
olas reflejan el color de tierras salvajes
Un tono de luz baja y termina de disociar mis dibujos
Navego por rastros de voces transitorias,
pájaros envuelven nubes desde su raíz
Se desfigura mi mano
cuando tiende sus arcos hacia la libertad
es vertiente y desborda hacia la piel de mi vestido
escamas envuelven mis musas agitadas,
el agua corre a través de arterias
y se deposita en agujeros
veo sombras más allá,
un rostro como estallido insinúa gestos difusos
Solo vientos pasan por las semillas de esta tarde.

Arequipa

Extraído desde plaquette “El aire es plomo en las vértebras de los pasajeros” (2018).

Este convento abre puertas al cataclismo de nuestra hipnosis
escaleras caen hacia la denuncia, el brillo del astro sigue de pie
Preguntas cosas a mi oído...
Tantas vías para adelantar acontecimientos que se mojan ropajes
Y objetos mueven alientos de las momias –masacre-penitencia
en la hoja manchada por el viento de Arequipa.
Bancos de madera de roble –antes masas de personas sin rostro
Asientos pegados de las micros que doblan la pertenencia a este terruño
Una cosa sensible detenida en faros, en los cordeles de ropa de novicias
y su huella entre manillas de puertas de bronce-una palabra hacía el amor
ecos de casas / alturas y más alturas en el vientre de cerros amarillos
Los poblados de mi mente abren costados en el cuerpo gigantesco
Hacemos el amor con elementos sutiles
Les traigo pedazos de herramientas, cuadros, ciudades en coma
Y la mutilada me mira desde la esquina de su dormitorio
El tiempo deja espuma en las bocas de pobladores
El tiempo es una llaga abierta en las fauces de esta ciudad.

Pequeño apocalipsis

Extraído desde "Los ojos invisibles del viento" (2012).

En la inmensidad del tiempo y del espacio
el eco de nuestras voces se confunde
y nace algo aun más profundo
 desconocido
 misterioso
que abre la ventana humana
y cierra el tiempo
 inconmensurable
 lejano
ahonda en las imágenes de mi mente
y cae pequeño, apocalíptico
 como tú mismo...

Nuestro universo

Extraído desde "Los ojos invisibles del viento" (2012).

Bajo la interior luna de mi desvelo
tus ojos se iluminan
en una huella misteriosa

Y subo a tu columna
erguida en las montañas
 a buscar mi vertiente extinguida
 mi solitario regocijo.
Tu cuerpo atravesado por rayos de luz
se desviste de su letanía
y atraviesa los espacios
 flotando desnudo
 abrigado solo por mi espíritu.

Rosa Amelia González Baeza

www.bubok.es/autores/bandidapoeta

Instagram: [@gonzalezbaezarosa](https://www.instagram.com/gonzalezbaezarosa)

Facebook.com/[loba.ancestral.3](https://www.facebook.com/loba.ancestral.3)

El Maule, Chile



Lo habitual

De la tarde siempre voy hacia la noche
tal vez por la costumbre
de despertar la mañana
Esto de seguir la vida... cansa
de entrecruzar los destinos en la calle
y ver que el hombre es hombre
todo y nada de la misma causa
Siempre hay puntos suspensivos
entre los recuerdos
una lluvia pintoresca de retórica urbana
una necesidad de locura involuntaria
Del odio siempre voy hacia el amor
Tal vez por la costumbre
de ser esta que soy.

Como la buena vida

No puedo abandonar esta piel
Desoír el aullido milenario
de la manada que me llama
Me atrapa el nauseabundo rastro
de mi propio linaje
La ebria amanecida
de mi hembra en celo
No puedo encarcelar mis instintos
Deambulo infinita
por las calles mendigas
de mi inconsciente
Insobornablemente loca
Insoportablemente cuerda
Indecente...
como la buena vida.

Para no morirme tanto

memoria imperturbable
El café me mira sediento
Abraza la de la otra que ayer
me miró desde el espejo
Camino al revés de frente al pasado
tropezando con el futuro cadáver
que gatea ciego por mi vida
aún no concebida
Y soy invisible a mi propia mirada
Sólo observo la pared de mi carne
siento el latido forastero
de mi Quijote exiliado
Reconstruyo las trenzas
de mi niña sempiterna
Y vuelvo a volar emplumada
sobre el desfiladero desde donde ayer
me lancé al vacío
Desde donde volví empapada de palabras
con la razón destruida a medias
con los ojos preñados de símbolos
mordiendo con asombro
el cordón umbilical de mi propio verso
Ahora me doy tiempo para este café
l a r g o como el mundo
y escribo...
para no morirme tanto.

Estación Fantasía

Quiero volver el destierro inocente
al olvido verde cielo
a la ronda de mi niña
a los pechos fértiles
de mi ombligo madre
Quiero volver a contemplar luciérnagas
brincando sombras
Miradas desnudas de razón
Niños plenos de sueños
que anuncien con carcajadas
la resurrección del universo
Quiero que "los párpados
vuelvan a tener alas".

In articulo mortis

Si he de morir
moriré fusilada por un batallón de versos
Atravesada por un puñal de palabras
Volveré húmeda de llanto
a la tierra prometida
Recogeré mi cadáver libre de culpa
sin atisbo de arrepentimiento
Me recordarán los enemigos
los pordioseros bebedores de madrugada
poetas que escribieron al paso
Mi funeral
será un funeral de gloria
para que se luzcan los buitres literarios
Una aventura sin retorno
El final del recorrido
principio de mi leyenda
Será el momento en que la esencia
Purifique los fantasmas
compañeros de travesía
De esta loba que nació alada sin destino
durante la vigilia
de una noche cualquiera.

Rumor clandestino

Me quiero insana
entre el recodo de las masturbaciones
En el roce maligno del agua
sobre el cenit de mi piel erecta
Me divierte el sudor de mi entrepierna
el grito alucinógeno
de mi vientre embravecido
El oasis de mi loba en celo
Me quiero insana
en el rumor clandestino
que descansa entre la sábana húmeda
de mi amante
Me excita el beso
que asfixio sobre la almohada
el movimiento de mis piernas
abriendo entrañas
Me quiero insana
en el deseo insatisfecho
que sólo conoce el espejo
de mi carne
Me quiero
con premeditación de oveja negra
sin ropa...
sin tregua
en el arco de mi propia flecha
en la genitalidad animal
de mi cuerpo sediento.

Soledades

*“Los sonidos de la soledad asciende lentamente con su llave de oídos milenarios”,
Vicente Huidobro.*

La soledad de la copa alzada
que se bebe amarga
casi al final de la noche
Una tumba de balbuces ebrios
que cuelgan de la lengua trapo
Virgen en busca del báculo erguido
Un centauro colonizando
unicornios azules
Cazadora felina de ratas
que roe el futuro niño
aún no concebido
La soledad poética
agazapada al margen de la cordura
Tristemente entristecida
moribunda en celda imagen
La soledad impotente
que ya no eyacula amaneceres
La soledad de mi hora insomne
Que habita en el regazo
de mi ausencia.

Graznido

Bajo mi lengua cansada
guardo palabras prohibidas
Un léxico sacrílego de libertades
y otras yerbas
Grito por los mudos
Muero por los vivos
Me levanto por los caídos
Soy el verso... sangrando poesía.

Javier Milla Mejías

Facebook.com/javier.millamejia
Peñalolen, Chile



El río

Al río Lullán, Caraz, Región de Áncash, Perú.

Si me sentía mal,
y un tanto compungido,
me dirigía al serpenteante río,
si había armonía en mi alma,
con una sonrisa lo hacía
también muy agradecido
Imaginaba que era
un primogénito suyo
que era una ínfima gota
de su acuosa entraña,
y él con un cómplice guiño
canturreaba cada mañana
Volvía una y otra vez,
en época de lluvia
avistaba absorto,
su burbujeante crecida,
y en el incandescente estío,
humedecía mi febril desvarío
En la orilla rocosa del meandro,
repicaban mis densas cuitas,
amenguando mis tropelías
y en noches de plenilunio,
en un susurro mi voz trémula
en sus calmas aguas guarecía
Ahora en la distancia,
lejos de mi querencia,
aflora la añoranza oh! Río mío
y solo dejaré de abrazar
tu filial e inconmensurable recuerdo;
el día que ya no esté vivo.

Peñalolén, Santiago de Chile.

Polvo de estrellas

Somos ínfimo
polvo de estrellas;
y al aunarse a la cristalina agua
cuál dádiva germinó la vida
el bituminoso carbono
encendió raudo la energía,
y el primigenio diseño
inicio el genuino movimiento.
El universo nos cobijó
en su colosal regazo,
y en un susurro su mágica voz
se mutó en un cálido abrazo,
con conmovedora armonía ,
que a diario nosotros alteramos,
mientras el alma contrita
sin equilibrio en la intemperie tiritita
Menudos mortales somos;
con ego desmedido de Dioses,
la saliva viscosa y pérfida
obnubila las mentes,
así escupimos sin conciencia
la ingente mansión natural,

y ella sabia a pesar de su dolor;
nos hace un guiño de verdor
Quizá una tarde lejana
exterminemos su paciencia,
el cuerpo inexorable
sin cura se desintegrará,
y ella sin una pizca de rencor
en su seno nos arropará,
del soberbio carbón
solo quedará cenizas,
y ni una gota húmeda
de lágrima ya
Volveremos a ser
polvo de estrellas,
agazapados con pudor
sin su inusual brillo,
bajo el gélido manto de la tierra,
solo pernoctará incólume
y sigilosa la luz del alma,
porque es eterna y no languidece,
a la par de la energía del Universo;
que es infinita y jamás decrece.

Templo Bahá'í de Sudamérica, Peñalolén, Santiago de Chile.

Volver a empezar

Te pusieron bocabajo
masticando tu esencia,
pero en un estertor te volteaste,
y se avistó un vivaz cambio
en tu abúlica apariencia,
era esa innata voluntad
de volver a empezar,
de caminar con pujanza
de nuevo tus días,
de pintar el lienzo de la vida;
con esos vivos colores
de constante ESPERANZA
En el cuenco gris
de tus pardos ojos,
la latente emoción
auscultaba empozada,
a la vez desnudaba sin pudor
en tu trémula mirada;
la incólume decisión de seguir,
de sin temor rebelarte
ante los designios
del inexorable destino,
y reiniciar con vasta FE
el sinuoso camino
El estigma del fracaso
aún de rodillas no es morir,
porque si algo se disipa
asoma impoluta la victoria,
inspirado quizá en la magia
de un sutil gesto de amor,
o en el susurro de una cálida palabra,
para así sentir el haz del alma,
y del dúctil corazón su palpar,
y con conmovedora VALENTÍA
en el renacer de un nuevo día;
sin rendirte VOLVER A EMPEZAR

Cajón del Maipo, Santiago de Chile.

El amor

El amor nace
en una mágica mirada,
se impregna en tu alma,
se posa en tus labios,
e inconmesurable crece;
en tu dúctil corazón
Vive en aquellos seres
que en libertad se aman,
con límpida pasión,
y auscultan su amor;
sin apenas desnudar
su vestidura anterior
Se alimenta a diario
con un "te amo",
una sutil caricia,
y un enervante ósculo;
que cual prolija garúa
fecunda la relación
Y un día gris languidece;
cuando tintineante,
se va extinguiendo
la trémula tea,
que incandescente ardía
en tu interior

Los Olivos, Lima, Perú.

Un niño a Papa Noel

 Mi padre de súbito enfermó
una aciaga noche de diciembre,
 Santa a mi pesar no llegó,
yo oteaba por el alféizar de la ventana
y él jamás en su carruaje vino;
 contrita mi frágil alma quedo
 Avisté al día siguiente,
 que sigilosa mi madre
un vistoso regalo ponía,
 en la rústica chimenea,
 y luego gozosa decía:
 Santa te trajo tu panacea
Asentí con la inocencia acongojada;
 aún apesadumbrado mi sentir,
 se desmoronaba así la fe
 en quien tanto creía,
me dolía más esa ínfima mentira,
 que todos los inventos que viví
 Al señor de la barba nívea
 más sosegado le digo hoy:
 que donde pernocte
 la vida le cobije bien ,
 a pesar que es una falacia;
vastas ilusiones alimenta también

Nueva Victoria, Caraz, Región de Áncash, Perú.

Marcela Cortez

Facebook.com/marcela.cortes.12
Quilpué, Chile



Mujer / Carne / Empoderada

Arrojo visiones valientes

Clímax de sangre

Muerte visceral en la tumba de otras manos

*

Corrupta codificación del cuerpo

Estigmas: memoria femenina herida

Arte desnudo reivindicador

*

Devela sufrimiento transmutado en oráculos de sacrificio y amor

Palabras sangrantes extinguen los silencios opresores

Mujer amante madre amiga poeta de los silencios y gritos

*

Transita libre por las líneas de las páginas de la historia

Extingue el miedo

Vuela libre no atávica

*

Adorna los huesos sólo de piel

Danza con la melodía de las flores ancestrales

No temas al camino oscuro pero no silenciado

*

Tus ojos y pestañas son la pulsión de tu sabiduría eterna /libre vive sin la muerte agónica

Cibernauta / Eros

Morir del virus: eso esperamos angustiosamente en las entrañas
sangrar la palabra poesía por todos y todas
encierro en la casa del hambre
desamparados habitamos la confusa distancia virtual
desde la pantalla los mensajes pueblan la tierra telemática
hemos sembrado cables estratosféricos en el gris bosque de la internet
para abrazar la risa presiono enter
que se pierde en la tablet energética de símbolos cuánticos
y pócimas artificiales
que alguien maneja para el rebaño domesticado de cibernautas
solos en la habitación lúgubre
perdemos pupilas en el espacio lunar casi habitado
y como lobas corremos sangrantes
hacia el horizonte de esperanza de free days compulsivos
así hace varios años, no sólo en pandemia,
pero ahora más encerrados lastimeramente
lamemos nuestras propias heridas
deshabitadas frente al teclado sin uñas
ponemos códigos indescifrables al silencio
y la imagen de la piel lamida

en la retina del desbordado ojo maquinal
río por primera vez en un siglo confuso
con la web cam preparada para el encuentro nebuloso
de mega erotismos
el otro que percibe nos atisba
se abrirán las grandes piernas por donde pase el hombre libre
la utopía es un ángel caído
y volveremos al deseo erótico maravilloso
hoy encriptado en la exacta led de la pared
que articula pasos fosas carnes sangres
y ya no seremos las mismas
el elixir desbordante del cibernauta
brindará bajo el frío foco de las pausas de video llamadas
en la desconexión pausada vislumbrada
quizás recupere el tacto, el olfato, el olor a cuerpo
y te encuentre parado en mi puerta
con un beso magnético de labios y comisuras mordientes
y nos comamos las teclas de las manos
emancipando un abrazo verdadero de carne humana
y de ojos con huecos negros sufrientes y amantes.

Panorama / Cuarentena / Pandemia

y los de la z infinita calcule su puntaje
en el registro social indolente de hogares
vulnerados y vulnerables
para el bonito bonito de cuarenta luquitas bien discutidas
por los famosillos de los bonos para gastos ultra personales
de la *AFP* nos encargamos nosotros nosotras nosotres
que también somos inclusivos y no dejamos a nadie fuera
del ritmo patriarcal y material del consumo consumado
resiste resistimos resistiré
es la única forma de pararnos en marzo *8M*
en octubre en el caballo podrido y la estatua añeja
de los símbolos intocables patrios

yo pondría en la *Plaza Dignidad*
una manzana bien comida por las *Evas*
una pizarra *Tablet* magnífica
con conexión de infinitos megas
para los profesores y profesoras de Chile
un chip para el niño y la niña que no se pueden conectar
y hartas mascarillas seudo atómicas
en restaurantes bares aviones
se ve bonito Chilito
con tanto signo dando vueltas de la pandemia
lo importante es que se mantenga encerradito
en casita sin enfrentarse a las fuerzas de orden público
que ellos nos liberan y nos enjaulan

Destilo las letras del nombre de los muertos y muertas
sangrante cicatriz de los muslos abiertos
circula el agua terrestre por los ojos abiertos a la luna
las calles confinan los movimientos a la nada
las noches encierran oráculos de luces que se extinguen
en cuarentenas más dinámicas que los ministros y congresistas
los días pasan feroces al lado de la pobreza hambrienta
los soles derriten el lodo y el plástico de las casitas del cerro
las tripas encriptan sueños de bocas sedientas
los niños y niñas mueren al tacto del sistema indolente
las arcas de millones encriptados en el lado de arriba
dejan desprovistos los bolsillos ciegos de las personas

la máquina arrogante de los consumos planetarios infinitos
sacuden de abulia y desesperanza al pueblo/puebla
se hace lo que se puede sobreviviendo
al cataclismo de las desigualdades después de los ancestros
el virus nos mata en circular movimiento
y las cifras corren en el charco asqueroso de las noticias
delivery a la puerta del indigente de la calle
quédate en casa allá en las playitas costeras densificadas por la indolencia
lávate las manitos con el agua que se roban
cuida tu salud psicológica en cuatro metros cuadrados
sitiamiento en la villa clausurada por el abandono
partecito judicial para las hermosuras de la clase *abc 1*

este veranito fue paradisíaco
paseamos nuevamente por las playas y los malls
que saben muy mal a cepas virulentas de otros mundos distópicos
inframundo es la Tierra
ni siquiera el *Quijote* bipolar sospechó cómo luchar con el sistema
adelante pase a los grandes dinosaurios centros comerciales
que ahí nadie lo reta
pero no vaya al negocito más chiquitito
ve que también en la villa se gesta el canto heroico de la resistencia
no está claro el virus salió de la culebra o el murciélago
o en un laboratorio ultra entrenado para matar disolver y acallar
lo cierto es que envenenados por las cadenas farmacéuticas y con bozal
nos vemos más bonitos calladitos, *shhhh*, calladitos

esta pandemia les vino como anillo al dedo
de que nos morimos nos morimos infectados y solitarios
nadie sabe hasta cuándo.
Lo que sí en el mejor panorama quédese en casa.
Mastique pantalla con noticias vomitivas.
Asústese corra rapidito
que el toque de queda la delincuencia el portonazo el abordazo.
Los micro estadillos post *octubre 2019* justos y reivindicadores.
Acuérdese de la muerte
sufrá el mundo es perverso.
Y usted no puede hacer nada con un segundo
para los candidatos constituyentes nuevos.

Siguen vegetando los de la fronda política aristocrática.
Mejor no vote mejor si mejor hágalo rapidito
no piense, no filosofe, no escriba poesía,
no vaya al teatro de máscaras hipócritas
porque eso es lo que no es el arte
pero si a ver una de acción hollywoodense
para que se evada y no piense en lo sustancial
resistir en esta pandemia microscópica y universal
mejor vámonos a marte o la luna a contagiarnos más bichitos
ve que es bonito el panorama
quédese en casa y no piense
no salga... ve que les vino como anillo al dedo a estos politiquitos
que controlan la humanidad

el virus está, y la pobreza se la inventó usted mismo
ve que no pertenece a ese estrato donde el virulento vive bonita la cosa.
Que mejor panorama pandémico
intoxíquese con internet
agache la cabeza ahí en el celular
quietito calladito siga los streaming de cómo hacer bizcochitos
o manualidades caritas o baratitas
de cómo comprar *online* con crédito infinito pactado con el alma al diablo
de cómo sobrevivir este tiempo
cuando pueda vaya a los *retails* contágiense de consumismo
y no piense... calladito, bien calladito
que el panorama es morirse de la *coronavirus* o de indolencia y pobreza.

Marcelo Sepúlveda Ríos

Facebook.com/marcelo.sepulveda.144734
San Bernardo, Chile



Magenta

En la misma delgada y extensa platea de tierra
estamos cerca en el perímetro de un gran bostezo
Santiago de Chile
direcciones opuestas a la brújula
estás tú clavada en mi ceja
al igual que aquel hombre, el de las llagas
no aterrizó por qué nunca he despegado
un sombrero de verano detuvo mi vista
el rostro imaginado, el rasgo natural gracioso
disperso apareció en un sueño estás tú
sin manos entrelazadas
ni caricias solo hago preguntas
sobre el clima algún libro preferido
o porqué no lees aquel que tienes
en tus brazos
te ríes, sonrió no me conoces
no deseo nada entonces,
diálogos cortos, muecas, margaritas en tus mejillas
un truco de magia me sorprende y me olvido
de mis caries sordera, lengua, dolores
de cuerpo y de penas en mi desierto
aún sigo mirando tus huellas ágatas
descritas y refrescantes Santuario
me dices, así es; Santuario magenta fragatas
em minha saudade de prata.

Estadía

No recuerdo este sitio, desde
acá corriendo los visillos

Dame tu compañía a través del territorio familiar
libre de los remordimientos primeros
en el horizonte mi conciencia navega
es en esta quietud que yo espero saber de ti
de tus otras raíces, así también de la infancia nuestra
recuérdame los cuentos recitados en las inquietas noches
de las tardes de domingos, del paseo por la plaza
los helados a la salida del cine aferrado a tu mano
habla yo sabré descifrar las señales tus signos
el refugio en los aires sureños, el origen de tus parientes
esos que hoy no están en los vergeles o en las minas
de carbón en Sewell
ellos también quisieron tu compañía
anídate a mis brazos jóvenes e impacientes
reposa de tu agotado respiro de agosto, agrega
un poco de fe y remoja esos sabores del mate, la menta
o el té servido en los tazones junto al pan tibio en la mesa
abriguémonos con el verso de tus cantos rurales bajo
la manta raída a nuestros pies hasta quedarnos
dormidos mirando a través del ventanal las hortensias.

Pequeña reflexión para desanimar la pseudoinspiración

Tal vez
no soy digno de mí heme aquí
transfigurado en estas circunstancias
luminoso y pasivo
replicó
Es está la ocasión la hora justa del oficio
pero algo inútil dirijo la mirada
estúpidamente incrédulo
a diestras y siniestras
sentados
el destino, la balanza y yo
quietos y sin respiro
observándonos.

Tempo

Algo en el aire ronda el aroma tu silueta
más lejos que antes menos exótica en la imagen
en la que bebo estas palabras en la grave nostalgia
despierto i te retrato cuando bendita eras
en la hora del insomnio i en esa serie de televisión
con un cielo rojo-gris que ya he visto i que por un milagro
te veo sentada a la mesa con el postre i el vino añejo
cuando de madrugada reías por tus caprichos
me siento solo pero no triste es la forma envejecer
tempranamente al ritmo de una cansada
i desafinada banda de jazz.

No he de comer de la fruta

Locura de paz locura de pan
una sonata de enorme frontera
de un fascinante clavicordio
desde la naturaleza recia
háblame con estas palabras
no he de comer de la fruta
no he de beber de la fruta
i no me olvido de los señalados menesteres
me despido por si me pierdo por si no llego
en esta redención casi segura a lo predecible
tomando la forma i viviendo en el paisaje
acérquenme a una silla robusta
mi cuello es un ciclo temperamental

torpemente vivo i hablo al presente
porqué un futuro escaso presiento
aún así agradezco en el palco de las gracias
a los amigos que no están a quienes
han dominado otras lenguas i costumbres
vuelvo al mismo sitio en el que me vieron crecer
desde aquí les abrazo desde un sueño
sin pleitesía cabalmente sincero

la huella que cruzo está iluminada
antes del viaje que siempre quise
por caminos de años otoñales
en lo diamantino de la expectativa
quebrada a veces i armónicas otras
con júbilo i anhelo

el día tiene hoi lo tranquilo de la tranquilidad
silencio subterráneo
e infinito que sopla levemente
la tarde zigzaguea sobre la tarde
un hombre abatido solo renace
puedo sentirlo puedo llorarlo
sentado en un banquillo vocifero mientras
sigo los pasos de la gente
no hai sensación alguna de otra mirada
de otro sentimiento i debo regresar
no quiero esta vez mi compañía.

Prefacio a los días funerales

Con la duda me recojo ante la gente
en la fe que no tengo la que alguna
vez tuve i que hoi quisiera

este soliloquio en que la espera
se presenta sabia i dramática en el signo
de la carne en lo incompatible del verbo

la fe es mi escondite válido mudo pero traidor
una fuerza que desaparece cada vez
que se transita en el centro de la tempestad

desde el pulso ruidoso i crítico
me anuncio en el paraje del asfalto
con una sobredosis de mutismo
en la que giro

no reniego no me complace
la disonante e iluminada mueca
de la fosa

con un paso arrítmico en el territorio
de la profundidad me declaro vencido
cruzando la otra puerta de la luna

i existo en el nombre del padre
i del hijo i del hijo
i del espíritu Zurdo.

Cruce necio de ideas

No estoy en ninguna parte
reitero lugares comunes
i plagio en conjuros
continúo en el ojo de la niebla
al revés del epitafio
extingo malabares de pacata
cortesía estornudo en la exhortación

un acuario de gritos remueven
mi ácido paladar deleitó con el trajín
de los dientes que no se mimetizan
en ninguna boca

forcejeo con rezos no existo
en la primavera del escarabajo
en su jardín no hallo lengua ni sal
cruzó una zurda esquina refriégome
en el fango de la desolación

no es una enfermedad no es un caso clínico
lleno de psicotrópicos es un asomo
un estado *freak* neorromántico en el vals del vacío.

Motivo cuarto

Quiero en este instante en este tiempo de mi vida a una mujer que
ocasionalmente se vista con una blusa blanca de otoño que triangule
entre sus padres la iglesia i yo que arrebate demonios cuando sea
la compañera de los días domingos días de oración en el ministerio
trinitario pentecostal reformado mientras entradas las tardes de abril
se deje llevar i ser acariciada por el ritmo del viento norte entonces rociar-
nos de agua fresca

fucsia serena i reitere así su más íntima
emoción en el acto copular que en nuestro cuarto no cese i levite
al respiro al sonido de un te quiero que traspase las ventanas bajo
el vuelo de las ansiadas golondrinas recitando

-un canto para mí mismo de whitman-
para que cada vez que la requiera nada importe i se haga
presente i sea mi refugio simoniano recorriendo con sus tibias
manos mi fría nostalgia porque habría de ser ella la mística
a mis ojos a mi piel en las brisas nocturnas de un verano
desfallecido cuando desfilen algunas noches terribles
más horrendas todavía para que de vuelta me traiga
i me sobrevuele en un bosque de inmensas imágenes azules con
sus bebidos labios pronunciándose a todas las constelaciones
al misterio i a todo lo que me falta por ver o creer aunque jamás
sean visibles teniéndola en mi lecho i sea la huella esencial
en la gravedad anidándonos en un mutuo sosiego en un manto
sobre todas las circunstancias adversas originadas en las crisis
solo arrasadas con una estampida psicodélica de grueso amor.

Aurora Fuentes

Facebook.com/aurora.fuentes.528
San Ramón, Chile



La Mujer Proletaria

La mujer proletaria nunca deja
de ser virgen y mujer milagrosa:
- Cocina con el mínimo que le da
su macho
- Se viste a la moda made
In *US.SA.*
- Se perfuma con
Avon
- Si la golpean: pasa desapercibida
- En la cama grita *yes, yes, yes...*
Aunque el macho este
perdido de
su *punto G*
- Es enfermera, psicóloga
Sustituta de la madre de él
- Esclava sin días libres
- Guardia de seguridad y bruja
- Porque economiza; así al macho
le alcanzara para una
infidelidad casual del local nocturno
Por eso: ¡mujer bájate de la cruz
del calvario!
y escribe tus propios mandamientos:

1. Traer hijos al mundo por amor
no por completar la *ficha C.A.S.*
2. Compartir labores de casa
con el hombre
no ser esclava ni sustituta
de su madre

3. Tener libertad de compartir
con amistades

4. Reír y reír como el día amanece
para ti

- abrir los brazos y abrazar
el sol

- dejar que los espíritus del
universo te besen

5. Que las copas de los árboles
brinden contigo

- duerme tapada
con la sábana celeste

- haz que tu pareja te
regalonee; cocinando

Exquisitos besos en el fuego del
Amor

Cierra la obsoleta Biblia
y únete a la nueva era

- Haz que tu hombre se ponga
en tu falda

para sentir las injusticias
que pasas
solo por ser mujer

Que sus neuronas salgan
de entre sus piernas
y suban a su cerebro donde
siempre debieron estar

Brindo por la mujer
Brindo por sus milagros.

Mujer a ti te canto

A la
que come en puntillas
escondida tras la
mesa menor

A la
que perfecciona los defectos
ante la voz de mando

A la
que se inclina
ante la mesa mayor

A la
que canta revolviendo
en la olla

Sus últimos momentos
robados al calendario

Mujer a ti te canto

A la
que gime en silencio
en la pieza
del fondo
Y se duerme, masticando
una estrella

A la
que mira su figura
en el fondo del lavaplatos

Esa figura que se levanta
cuando el sol está a penas
lamiendo los cielos

Y se acuesta, cuando
la luna ha dormido
su primer sueño

A ti te canto mujer

A la
que vive acunando
el niño que no ha parido

Y reparte sus dedos
como espiga

A ti te canto

A la
que sueña
colgar el delantal
algún día

Por eso mujer
como diría Witman
a ti te cerebro y te canto

Hombre hazte hombre

Hombre primero hazte hombre
para compartir tu vida
con una mujer
para que no sea
la continuación de tu madre

Ni menos patrón de fundo
y la trates como esclava
o como un mueble
permaneciendo siempre
en el mismo lugar

Avísales a tus amigos
que no cuenten
tan seguido contigo
porque ahora eres hombre
con responsabilidades

No te jactes que te tocan
siete mujeres
tu mujer podría estar dentro
de las siete que le tocan al otro
Este refrán da risa
porque a penas puedes
satisfacer a una

No le preguntes a una mujer
cuántos hombres tuvo
antes de ti
porque la mujer no es un mueble
es un ser humano igual que tú
y se valora con el corazón

De no ser así
tendremos en nuestro hogar
el peor ejemplo
lejos de ser un refugio
donde se oxigenan
y cargan nuestros proyectos
en bien de nuestra familia
y a la vez de nuestra sociedad
de nuestro país
si este se daña se daña el mundo
se daña nuestra historia

Mujer si yo te preguntara
¿Cuándo fue la última vez
que tu pareja
te invito a salir?
O a cuántas reuniones
de apoderados ha ido?
O si sabe el nombre y lugar
del colegio

Si al machismo le agregamos
alcoholismo, drogas, etc...
Tendremos un demonio
en potencia
con sus celos, con su ira
con su patanería

Tendremos en nuestra
sociedad futura
golpeadores que nacerán
de ese prototipo de hombre

¡Hombre hazte hombre!

Si tu pareja trabaja
no la dejes sola como esclava
haciendo sola las cosas
de la casa
ella también es humana y se
cansa

Como dice el dicho:
*"que el hombre es el más
fuerte"*
es tu oportunidad
de demostrarlo

Suelta el celular, suelta el control
remoto y suelta el machismo
inculcado de tus ancestros
y salta de un brinco de tu
cómodo asiento y ponte en acción
de hombre

No te preocupes por el qué dirán
los hombrecitos de tus amigos
Ellos cuando tú te enfermes
No acudirán en tu ayuda
¡Ahí estarás solo! Tu compañera
luchando por tu bienestar
por eso hazte hombre

Pero no con los amigotes
de cantina en cantina
de pollera en pollera
no pierdas tu dinero
no pierdas tu familia
no golpees a tu pareja
porque eso no es hombre
porque sin una mujer
tú no hubieses nacido
por eso ni una menos
por eso hombre hazte hombre.

Mujer no te escondas

Mujer no te escondas
tras una apariencia
débil
sermoneando a tu pareja
formando un caos frente
a niños indefensos
llenando de cicatrices
su infancia
conversa los desacuerdos
con menos ira
y más amor
acalla tu lengua
si es necesario
pon tu semáforo en verde
frena tu vehículo
recuerda que la vida en este
mundo
es breve
buscando perfección
en otro ser
cuando nosotros
somos imperfectos
somos alumnos
de la gran universidad
de la vida

Las notas de nuestro progreso
no las recibimos en un
certificado
se aprecian
en la seguridad
de tus pasos y los pasos
de tus pequeños hijos
ahora y mañana.

Salmo 666

¡Oh! Maravilloso esta Dios frente a mis
sufridos ojos

no pisa la tierra, no le veo el rostro
lo cubre una nube blanca
es igual al de las películas
de Semana Santa

¡Dios soy yo, la Carmen!
Concédeme un deseo
¡Quiero ser un hombre!

Bueno hija mía pon atención
debo quitarte unas cuantas neuronas

Para que no tengas miedo
de matar niños, mujeres, hombres
inocentes y violar según la ocasión
sin neuronas

No harás los quehaceres del hogar
Tan solo una mirada
después de llegar de tu trabajo
serás honrado por tu mujer
atendido al instante
socorrido al menor dolor

-¿Y cuál será mi ángel protector?
aquel que encubrirá tus infidelidades
el que no permitirá que estés
los ratos libres con tu familia
aquel que te pondrá palabras
lisonjeras para la mujer
que quieras conquistar

Serás amigo de tus amigos
tendrás el mejor sueldo
tendrás abierto los prostíbulos
día y noche

Y cada año te inventaré
una nueva marca de cerveza
para celebrar con tus amigos

Todo depende del país o religión
que te toque

Tu contextura será fuerte
siempre que tengas un arma
en tus manos

Podrás orinar las raíces de los
arboles a vista y paciencia de todos

Podrás dejar a tus hijos regados
por el mundo

Cuando te pregunten cuántas mujeres
tienes, dirás, todas me pertenecen

Dios quiero que me hagas
un hombre bien dotado sexualmente

¡Ay! Hija tendría que eliminarte
más neuronas

Honrarás a tu padre y a tu madre

Pero como tu padre también es macho
es cuestión de tiempo para
que el golpee a tu madre

ah, pero nunca me echas
la culpa de lo que hagas

Porque yo los hice con libre albedrío
a imagen y semejanza
Salmo 666 Aleluya

¡Carmen, Carmen, Carmen! ¡Despierta,
despierta, despierta!
Y prepárame el desayuno

Que se me hace tarde
Para el trabajo y hoy
tengo horas extras...

Risa sin Amanecer

Hay muchos dioses
unos apoyan el bien
otros apoyan el mal

Al hombre le gusta la mujer
de ojos claros
para dejárselos negros

Si es negrita o morena
son invisible los moretones

También se da al revés
si el hombre sale rasguñado
es fácil: le hecha la culpa al gato

Si embaraza a una mujer no tiene
memoria;
sospecha del vecino
sospecha del amigo
sospecha del hermano, del pastor
o culpa del último
baile reguetón

El hombre sabe más de fútbol
le preocupa más su equipo
favorito
el gol tiene nombre y apellido
el niño no tiene padre ni
apellido

Son muchas las mujeres
que cargan hijos
solas desamparadas

Escondidas de las miradas
de la sociedad patriarcal

Donde el feto grita
¡dónde está mi Dios!

Soy el feto olvidado
el no reconocido
el futuro huérfano
un número de algún
Sename o centro de acogida

Llanto al nacer risa
sin amanecer.

Leo Lobos

Leolobos-electrónico Libro de Papel

www.leolobos.blogspot.com

Instagram: [@leoloboslagos](https://www.instagram.com/leoloboslagos)

Facebook.com/[loboslagos](https://www.facebook.com/loboslagos)

Santiago, Chile



Epizootia

No quedan escenarios
estás solo en tu casa
no te disfraces de ti mismo
en un paisaje interior
respetar el material de las palabras
que fueron escritas en silencio

El arte es la más alta esperanza
un extraordinario acelerador de la conciencia
convierte lo invisible y provoca sensaciones
reúne a las personas
congrega en un mundo cada vez más solitario

El arte libera del dolor, de la insatisfacción y del caos interior
trabaja con ellos y te transforma

Hay tanto por hacer, por conectar
la esperanza de llegar o de partir.

Instrucciones para viajar al espacio

Si no se calculan
los riesgos se corre el peligro
de abandonar el carro de la causalidad
ese extraordinario vehículo
acelerador de la conciencia
el pálido
silbato
de
un
tren
perdido.

La voz del corazón

Apoyándome en mí
envolviéndome en mí
desde mí mismo
para dar con mi voz exacta

apoyándome en ti
envolviéndome en ti
desde ti misma para dar
con tu voz.

La ciudad

Y los continuos cambios de marea
de una sociedad en movimiento
donde cada acción o incendio
parece traducirse en una prueba de salud o resistencia
debemos prepararnos en el conocimiento
que no es menos aquel que lucha
sin esperanza
y que la dignidad humana se realiza según
la forma que la vida dicta
*"la vida humana es como una gota de agua
hermosa, pero lo importante es el océano".*
Delia del Carril.

Los vagabundos del karma

El cielo es blanco
como el suelo blanco
ciegos e invisibles vamos
en esta marcha

Para no olvidar en nosotros
el recuerdo de nosotros
que se borra insistente

¿Cambiará esta luna?

Hi-Tek

Con dinero de plástico pagamos nuestros
instrumentos importados desde tierras lejanas.
Camiones con alimentos transgénicos nos sobrepasan
automáticos seguimos en trance
en una súper carretera
leemos cartas en el teléfono portátil
imágenes activas
de cuarzo líquido que satélites
de plata nos ligan desde
una órbita desconocida

El tiempo es
sin ser el espacio
el mismo complemento
El reloj digital anuncia
la caída del sol
pulso el control remoto
del portero electrónico
y en el carro de combustión interna
nos desplazamos parapléjicos.

Joan Miró

*“Sintaxis del relámpago
Oh puro lenguaje del exilio”*
esa serie de lienzos que por décadas
Saint-John Perse

construyó, pintó y marcó con sus sueños
pone ante nuestra vista
para que también podamos ver lo que sus ojos vieron
lo inesperado que su mano proyecta con grandes gestos o
con los ajustes minuciosos de un orfebre
para nosotros lo más real es la imagen de los sueños
que no cesan de encadenarse unos con otros
cuerpo comunicable que quiere hagamos nuestro
no a la pereza mental
modestia extrema y orgullo de artista, lo uno y lo otro
una fuerza atacante que se exterioriza capaz de cambiar la vida.

Palabra lengua

Cuando el que escribe
se convierte en escritura,
cuando el que habla
en palabras se transforma,
estos sonoros hilos
lineales vínculos
que vienen del ovillo
de la sangre
alada
que
llevamos
movimientos
poblados
arenales
son
ocasionales rasguños en el viento.

Emilia V. Poblete Muñoz

Facebook.com/emilia.v.munoz
Quilpué, Chile



Prisionera

Prisionera estoy, en mi jaula dorada, mi jaulita encantada,
con todos mis afectos, las cosas queridas, con mis
recuerdos, con mis fotos.

En este mi refugio hermoso, el que cobija mis alegrías y de
las otras, que me habla en silencio de la soledad, que
muerde mis entrañas, que fustiga mi cansado oído, exento
de ruidos y melancolías...

Que hoy se me antoja rememorado y ya sabido de tantos
días contemplando te.

Prisionera estoy, prisionera, así de este bicho merodeando
en las esquinas, saltando puentes, para herirnos, en
su triste afán de llevarnos a todos.

Oh sí, prisionera con mi cuerpo sojuzgado, hilvanando
sombras, desmembrando hipotéticas situaciones, que
yacen en el abandono ahora, en esta vida enclaustrada sin
ser monja...

Prisionera estoy y estamos, en manos siniestras, que han
decidido reducirnos y mandaron a la vereda del silencio,
antes de tiempo, pero no podrán apagar nuestras luces,
nuestra palabra vigente auténtica siempre presente, mis
manos, mi cerebro, que aún salen a danzar al pavimento
imaginario de las redes y estamos aún, incólumes,
imperecederas, firmes, estoicas, aguardando la preciada
normalidad perdida...

Agua

Agua que refresca mi alma, que tanto nos ayudas cuando en cascadas caes, agrandando los ríos y mares, sirviendo en toda instancia de la vida, de todo ser viviente en nuestra tierra.

Agua líquido perfecto, que calmas nuestra sed, nuestras ansias, agua que caes del cielo, átomo nutriente, que conformas nuestro cuerpo en un 80%, importantísima en el fluir de nuestra sangre.

Agua vilmente atrapada por seres ambiciosos y desmedidos, agua vendida y comprada al mejor postor, lejos ha quedado el emocionado poema de Neruda, aire, agua, que no te entuben, que no te dirijan o te manden, vuelen, fluyan libres, arranquen, huyan... Que la libertad tiene alas infinitas y así las quiero libres, libres, agua aire, sagrados regalos del Creador.

Las manos

De todas las manos, las más bellas que recuerdo, son las manos, santas, generosas de mi madre.

A pesar de que estaban siempre llenas de cicatrices y marcas, ella las llamaba mis trofeos de guerra.

Sus manos denotaban la vida dura que le tocó vivir de muy niña, la caída del árbol, cuando se cortó, ayudándole a su mamá, ¡¡y había tantas!! que era como que sus manos hablaran contando sus epopeyas.

A veces nos inventaba cuentos con sus manos de protagonistas, o sus pies, o su cabeza, "*nuestro cuerpo es joya, es máquina maravillosa que funciona como un reloj*", decía. Tenía razón y daba gracias por ello.

De sus manos santas, compañeras fieles de tantas jornadas, fui marchando siempre, ellas me lavaron, alimentaron, vistieron los primeros años. Sus manos hermopearon mis cabellos, zurcieron mis ropajes gastados de pena, cuando ésta me atenazaba, acariciándome como nunca más he sentido delicia igual; sus manos siempre presentes.

Bendigo las manos de mi madre albas palomas alzando el vuelo muy temprano, yo las veía desde mi cama, como obreras diligentes muy rápido se movían y mágicamente estaba todo listo y su voz llamándonos a la mesa. Con el tiempo enfermo y sus manitos, sus deditos se torcieron, pero, aun así, gustaba de ayudar en la cocina, cuando sólo queríamos tenerla como reina.

Muy longeva abandonó dulcemente este mundo en un sueño inacabado, sus manitas quedaron reposando en su pecho, tranquilas inertes, en vacaciones eternas.

Mendigo

El hombre cansado, zurcido de congoja, alargó su diestra hacia mí.

En su pelo alba nieve, su cara con surcos profundos, aún así, no era tanta su edad y en sus hombros, vástagos sufrientes e intensos de recuerdos, seguro, más pesados que las bolsas que portaba...

Lo miré saludándolo y pude descubrir en sus cansados, tristes ojos, la magia antigua escarbada, doliente, no había sino aromas al pasado, que el con cándido engaño, trataba de ocultar, fraguando pequeñas sonrisas en su maltratada faz.

Malas lenguas

Hay lenguas dadivosas, lenguas blancas, enfermas, lenguas menguadas partidas, la lengua nogada, demasiado sabrosa...

¡¡mmm una delicia!!

También las hay lenguas malas o malas lenguas. Creo que éstas quedan cada vez más pocas, porque se identifican solas y quedan en evidencias. Pero hay otras, las generosas, las que ayudan, las buenas lenguas, las que aconsejan, las que sonrín mucho, las que sin hablar te entregan buenas energías, las lenguas que no mienten, que no envidian, las que en silencio rezan, no tan sólo por las personas, sino por los bosques, la tierra, el agua, los animales.

Esas lenguas valiosas son las que deben prevalecer en el mundo...

Las lenguas mentirosas, falsas, que dicen y hacen cosas sin ser consecuentes, pobres de ellas, ¡¡pobres lenguas!!

**EN NUESTRO DÍA
DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER
POEMAS ALUSIVOS...**

MUJER energía vibrante, célula grandiosa, médula vital, eterno
candil que resplandece en todos los hogares del planeta.

Mujer, generoso corazón, alma y ala aún cautiva, sangre
ancestral pura, nítida, latiendo jubilosa en las venas.

Amarrada a la tierra y a un pasado glorioso que bulle por
expresarse.

Mujer, paloma, luz, lámpara mágica, luz diáfana, siempre
encendida refulgiendo, libérate, sé tú, deja esos viejos
cánones de carcomidos parámetros, camina, vuela, libre.

En cabezas de tantos momentos importantes, marcaste
hitos grandiosos, con tu amor y con tu empuje.

Mujer raíz prodiga, enseñanzas ancestrales, savia de tu
boca y ejemplo emanan, empuje primigenio de mi raza,
útero bendito, cobijo absoluto de amor y poesía.

Mujer, canto, trabajo, surco abierto, puño aguerrido, tierra,
espíritu, altruismo, mujer marchando, fuerza indestructible,
rebelión, energía, mujer que labra la tierra, que comparte

la hogaza crujiente generosa en su mesa, mujer, grito,
reclamo, rabia contenida, hoy, encerrada, silenciada, pero
igual alumbrando, haciendo valer su palabra escrita, su
bastión sanador, su fuerza, aunque la abrumen las penas
aún le queda alegría y poesía.

¡¡Vivan las mujeres!!

Nosotros

Nos conocimos un día en el lugar de trabajo y aunque no era mi ideal con su amor y su constancia, con mucha dedicación, se fue haciendo indispensable, mordiendo mi corazón.

Y tuvimos un nidito calentito mucho amor, engendramos nuestros seis hijos, bajo la lluvia y al sol.

Trabajamos muchos años, para así poder surgir y ser alguien en la vida, para el vaivén resistir.

Criamos a nuestros niños, y nos vino una tragedia que nos marcó para siempre, con la primera bienamada. Eso fue triste, muy triste desgarrado el corazón, y nublados los sentidos, nos parecía vacía la vida sin alegría.

Y vinieron cinco hijos más para olvidar tanta pena, nos hacían muy felices,

alegraban las jornadas, llenaban así nuestra vida con diabluras y maldades

Trabajamos duramente, sin descuidar la familia, nos hicimos más maduros, tuvimos mucho dinero,

esto no fue la gran cosa pues siempre tuvimos los pies muy bien firmes en el suelo...

Y entonces vino la tragedia, enfermaste grandemente, tenías los días contados y no fue posible quedarnos contigo, a nuestro lado...

Te cuidé esmeradamente, no tuve nunca descanso, hasta tu último aliento, más vino la partida, fue terrible, muy intenso, hasta los cielos lloraban, mi alma, los hijos la casa...

Hoy vivo solita, recordando el gran amor que nos duró 43 años y que el cáncer cercenó.

Ahora estás en la altura, con nuestras hijas, con Dios, me reconforta saber que ya no tienes dolor.

José Luis Escobar

San Bernardo, Chile



Se arreglan dentaduras

Cuando brotas, un mundo muere y revive tantas veces, como soplos dio el sauce en la orilla del agua. Hasta el bebé en el coche, cae. El vendedor insiste en cobrar cosas que nadie solicita. Me voy con el bolsillo izquierdo sin capacidad. Tú sigues riendo con la tarde, corres para ganar espacio en el columpio. Juegas con el niño olvidado en el rincón. Le regalas hojas de abedul. Con ellas él teje una manta y cubre sus rodillas.

Las tabletas y su mezcla harán el color rubio perfecto. Otra vez no le queda LSD al Helmut. Tú que poco duermes, el speed y su colochón en Berlín donde llueven Girasoles, saben que Helmut es distraído.

Rehuyo los hábitos nuevos. No tenemos mucho para elegir por acá; la promoción, el gramo, la mala calidad, el hurgueteo de nariz y el papel rectangular ya es como un hermano. Las veinte veces llamando a la puerta. El paseodiario por la esquina de ese beso.

Y está el sol mío, que abusa de barbitúricos buscando el inicio. Interrogo maliciosamente al sauce. Sin coordenadas creció al borde del agua indecente. El río Mapocho arrastró lágrimas por él. El río Mapocho arrastró habitaciones caídas, lo que decía la gente. El río Mapocho hundió mi barco. ¿Y la pena, río? -Abro la boca-. Ya no me quedan dientes.

Artículos defectuosos

Tus ojos pierden vida
Las paredes, monumento nacional te cobijan
Pero nada puedes entregar
En el rincón izquierdo apoyas tu hombro derecho
Insistes en preguntar por el olvido
El que llega y golpea para clavar el agujón
Los demás; son una errata
Atrapan tu mano con fiereza, cercan el día de la noche
Ellos nunca se abrazan y nunca te abrazan
Continúas en el rincón izquierdo
Ahí afirmas tu sombra.
Lo haces y todo es circular.
 ¿Me extrañas?
 - Bien; yo no.

Maestranza en silencio

La China se levanta adolorida, sin recordar qué pasó. Lagañas la invitan a volver a otros mundos en busca de alivio. Se lava la cara con agua que consigue en la panadería. Los días cuestan, ella no descansa y mira al Venancio para saber si se movilizó. El hombre, entre las ropas, muestra los rectángulos elaborados con hojas de un cuaderno. Al descubrir el papel, se asoman pétalos sin color, sin aroma, convencidos de la ilusión que el polvo acarrea.

Es hora de repartir las papelinas con justo equilibrio, mientras los grillos entonan la primera copla en aquel Edén baldío. El único hogar conocido, donde se marchita el sentido

de pertenencia. La solitaria Maestranza, muestra secuelas de un tiempo que mal acostumbrado envejece. La antigua construcción se descascara. Los otrora pabellones y patios de maniobra, fortalecen la escena que hoy se hace humo. Alumbrando el foso donde se reparaban trenes; 2000 sombras laboriosas; La China y Venancio apagan la vela.

- ¡Dame mi parte Venancio! Aunque la Maestranza esté abandonada, por entre los durmientes, Dios te mira. ¡Nos mira!

-Olvídalo China, nada importa. ¿O acaso recuerdas la procesión de alguna lágrima?

Boca de todos

Hay párrafos secos en tu boca
Caricias torpes en mis ganas
Al Hellmut no le queda *LSD*
Y al pegamento le prohibieron el tolueno.

En los hombros dibujo un par de alas
Las frases huelen mal
Las palabras en descomposición
Acompáñame y vamos al mismo paso.

De a dos vende la señora Juana
Nosotros necesitamos dos
Cambiemos el gomero por uno
Prometo no molestar.

Canción de los diez

Lavé en épocas frías ropa en artesa. Escobillé futuros, restregué ilusiones. Mis manos moradas resistieron, también perduró la mugre. Con chanco manual limpié los pisos de madera. Cuando había que pasar virutilla escuchaba quejas. Desconocí los tratos de varios reyes sin trono. Por sus coronas destilaba la soberbia. Mis arrugas sirvieron para empantanar los años. Quise por atajos la meta, pero me enredé en alambres y los calamorros molestaban. La pieza de allegado donde viví reunió varias historias mínimas. Eran como gotas en invierno. Por el techo de nylon entraba y entraba el aguacero. La humedad generó pulmonías en colores. Decidir por antibióticos o comida, era para seguir bajo el cojín. Sin reclamar y menos preguntar ¿por qué? Estuve atento, de obrero, peón. Recolector, temporero a trato. Ope-

rario, asistente y ayudante. Aprendiz, a contrata, sin grado, horario o jornada. Colaborador de patio trasero. Barrí la estela, simpático, sin nombre. Fui acreedor de buenos días desgastados. En familia no quedaba espacio en la caja de remedios. Se me pasaron los años. La jubilación sepultaría recuerdos activos, de pala y carretilla. La jubilación enterraría mis manos.

Hoy, despierto rodeado de nueve camas blancas. Recorro el pasillo para saludar a la misma hora el presente. De los ocho que habíamos, solo quedamos seis colegas en pijama. Hay una buena tarde para cuatro batas beige. Las hojas amarillas arropan la ventana. Se trata de recibir la boleta y pagar por lo justo. Enfermera dime; ¿cantaremos juntos de nuevo los diez?

Soplar

Feliz día en la calle de los hijos huachos
Bocinas y motores, pavimento que llora
Querida mía, hoy no te vendas
Deja mecer esta alegría en tu pelo
No cobres por mí
Quiero seguir descansando en tu hombro hasta la madrugada.

Caminemos a casa por esta avenida de perdidos
Intentemos, otra vez, creer
Sigue mi paso
Ve cómo bailan las estrellas
Entona la canción de la luna
¡Apura!
¡Apura!
El amanecer quiere entrar, no dejes
Sigue mi ritmo
No tenemos patria
Somos villanos y el viento nos condena.

Sonidos comunes

El lado más bestia de la vida cantaba Albert Pla, en el equipo *Aiwa* con ecualizadores integrados. En tanto, yo no perdoné el día en que la lluvia dejó de ser viajera. El todo estará bien, con su mano derecha en mueca burlona, escuchó el coro de Pla. Aceptó la trampa de dados cargados. En el juego de la risa, el chiste claramente fue sobre nosotros. Igual sonreímos e Inmediatamente después de la risotada, aparecieron los insignes dueños. Instalando pendones publicitarios de todas y cada una de las tiendas involucradas. También trajeron una estatua para la plaza. Documento crediticio de años por pagar.

Ya no existen parias por acá. Terminó el discurso. Se acordaron de los locos, en el momento que nosotros fuimos apodo. Justo en la mañana.

Los días sin dormir se quedaron carentes de sueños y fueron muchos días. En la villa existimos por nuestra esquina. Por todas las putas, angustiados y alcohólicos que hablan.

Somos honestos con los malos tratos, sinceros como tu limosna al miedo. Y seguimos por testarudez, por no dar el gusto. Por la mala costumbre de estar. En la villa mis amigos evitan mirar a los ojos, en la población nunca se justificará el discurso sin alma. La villa es santa y se llama Luis. Somos los Luchos, tus Luchos.

Y cuando nos entregaron las llaves de un sueño que ustedes educaron, cerramos por dentro y arrojamos la llave lejos, muy lejos. La única invitada en la mesa fue la lluvia.

Negocios honrados

Distraído juega mi niño
Abraza el cemento mirando sus pies descalzos
Cercanas a él, rebotan las niñas de taco
Sus mejores años, cuando lanzó la pelota.

Está el precio del servicio para comprar fichas
La habitación luce decorada
Guirnaldas ondeando en los vasos
(La patente está al día).

Mi niño mira su barco de papel
La niña intenta volver a la cuna
Pero si ambos cruzan el atajo no hay regreso.

Golpea mi niño a la niña
Da patadas de berrinche en la puerta
La niña de taco busca la mejor posición
Caballero, ¿qué quiere?
Caballero, ¿y su hija también es virgen?

José Elías Candia

Facebook.com/joseelias.candiacandia
Lo Espejo, Chile



Una madre como tú

Tus manos ya no son las mismas
Que de niño me acariciaron
El paso del tiempo
Ha dejado huellas en ti
Pero tu amor es el mismo
Desde ese hermoso momento
Que ha tu vida llegue
Hoy miro tu lento caminar
Mientras mi amor crece por ti
Porque una madre como tú
No encontraré dos veces
Porque me diste todo
Pusiste el mundo a mis pies
Para que yo fuera feliz
Si hoy camino en esta vida
Es solo gracias a ti
Por tus cuidados y ese amor
Que siempre me has brindado
Hoy quiero hacer un alto en mi vida
Tan solo para agradecerte
Decirte cuanto te amo
Porque una madre como tú
Que dedicó toda su vida
Para que yo fuera feliz
Madres como tú ya no hay
He sido privilegiado
De tenerte en esta vida
Hoy doy gracias a Dios
Por todo lo que me has entregado
Si hoy pudiera pedir un sueño
Sería tenerte por siempre
Para disfrutar tu amor
Tu compañía y sabios consejos
Que de niño me entregaste
Gracias por todo tu amor
Porque una madre como tú
Que me entregó lo mejor
No volveré a tener en esta vida.

Te quedaste en mi vida

Tantos años juntos
Viviendo de este hermoso amor
Que llegó en ese verano
Donde corríamos libremente
Buscando nuestros sueños
Y encontramos el amor
El destino estaba escrito
Que tú eras para mí
Como yo era para ti
Cuando dimos el primer paso
Tomados de la mano
Comprendimos que este amor
Nos llenaría de felicidad
El tiempo nos dio la razón
Que tú eras el amor de mi vida
El amor más hermoso
Que me lleno de sueños
De ilusiones y felicidad
Porque te quedaste en mi vida
Haciendo que todos estos años
Hayan sido los mejores
Qué más puedo pedir a la vida

Si me entregó todo tu amor
Al mirar al pasado
Puedo ver ese momento
Que fue mágico para nosotros
Donde quedamos atrapados
En este hermoso sentimiento
Que en el tiempo se convirtió
En el más grande amor
Que nació en un verano
Y que en el tiempo permaneció
Amparado en nuestros sueños
Que cada día construíamos
En base a nuestra felicidad
Porque nuestro amor es todo
Porque te quedaste en mi vida
Como yo me quede en tu vida
Para amarnos por siempre
Porque para mí eres
El gran amor de mi vida
Porque te quedaste en ella
Para vivir nuestro amor.

Esta es mi verdad

Yo sé que te das cuenta
Pero yo cada día te busco
Para contemplar tus ojos
Que es un paraíso misterioso
Que yo quisiera recorrer
Para conocer tu vida
Como también tus sueños
Que están atrapados
En un misterio desconocido
Por eso cada mañana
Te busco entre la gente
Sin poder encontrarte
Quisiera gritar tu nombre
Para que el mundo sepa
Que hoy solo me interesas tú
Porque tu mirada me indica
De que no eres feliz.
Si pudiera tomar tu mano
Para salir corriendo
En busca de la felicidad
Pero no puedo hacerlo.
Si yo tuviera valor
Para seguir tus huellas
Porque sé que en algún momento
Te contaré mi verdad
Que vives en mi corazón
Que daría hoy
Para tenerte en mis brazos
Para amarte con el corazón
Entregándote toda la felicidad
Que mereces tú, como el amor
Que abunda en mi corazón
Esperando ese gran momento
Para entrar a tu corazón
Y contarte esta, mi verdad.

Eres tú

Eres tú
Mi verdadero amor
Que desde niño te busque
Recorriendo esos caminos
Que sabía que podrías encontrarte
Porque yo sabía
Que mi felicidad
Estaba en tu amor
Eres tú
El principio de mi felicidad
Y de los sueños hermosos
Que cada día nace
Porque mi corazón sabe
Que eres tú el amor
Desde principio a fin
Porque un día yo soñé
Que eres tú mi destino
Y en mis sueños te veía llegar
Eres tú
El motivo de mi felicidad
Motivadora de mis sueños
Porque este es un gran sueño
Que lo haremos realidad
Porque tú sabes
Que eres el amor
Que yo quiero en mi vida
Si cada mañana al despertar
Elevo una oración al cielo
Para que tu mirada
Se cruce con la mía
Y poder contarte este sueño
Que tengo en mi corazón
Porque yo sé que mi destino
Solo eres tú.

Entre nubes y vientos

Quise viajar en el tiempo
Entre nubes y vientos
Para conocer mi futuro
Y saber que pasará contigo
Si es que llegas a mi vida
Con tristezas descubrí
Que no existes en mi futuro
Porque una nube gris
Va rondando tu vida
Vigilando cada paso que das
Mientras las nubes pasan
Va cayendo esa lluvia
Que se van confundiendo
Con mis lágrimas derramadas
Por no tenerte en mi futuro.
Hoy solo me queda
Seguir a aquellas nubes
Que van marcando mi destino
Y cada día más lejos de ti
Si al mirar aquellas nubes
Voy dibujando tu rostro
Para disfrutar tu sonrisa
De la que yo me enamoré
Creando un castillo en el aire
Y al ver esa nube gris
Que va marcando tus pasos
Este sueño se desplomó
Entre nubes y vientos
Se van mezclando mis sueños
Para perderse en el espacio
Que tenía en mi corazón
Para entregarte mi vida
Y los sueños que construí
Entre nubes y vientos
Este sueño se desplomó.

Aún te extraño

No sé qué hago en esta esquina
Y como llegué a ella
Pero es aquí
Donde vivió el amor
Que mi vida marcó
Son tantos recuerdos
Que quedaron
De esos años maravillosos
Cuando ella vivía en mí
Y yo vivía en ella
Cuando soñábamos a estar juntos.
Todo era muy hermoso
Por eso jamás nunca fue verdad
Solo fueron sueños
Que se vieron reflejados
En un espejo
Que el tiempo quebró
Nuestras vidas
Tomaron dos caminos
Pero siempre nos cruzamos
En esa misma curva
Quizás estaba marcado

Para que así fuera
Y nunca pudimos alejarnos
Aunque lo intentamos
Nunca lo logramos
Tampoco podíamos estar juntos
Nuestras vidas estaban hechas
Pero había algo que nos unía
Son tristes recuerdos
De un hermoso amor
Que nunca se pudo lograr.
Pasó el tiempo
Pero siempre con la esperanza
De recuperar esos sueños.
Aún te recuerdo
Por lo que dejaste en mí
Esos besos que jamás
Volveré a sentir
Aún te recuerdo
Aunque ya no estás
Porque Dios te llevó
Para adornar su jardín
Con una hermosa flor
Como lo eres tú.

Con amor para ti

Desde el fondo de mi corazón
Elevo una oración por este amor
Que nació por ti sin darme cuenta
Pero que ha sido hermoso
Desde que vives en mi corazón.
En las noches sueño contigo
Besando tus labios
Que es el mejor manjar
Que han probado mis labios
Pero el mejor momento
Fue el hacerte el amor
Sentir los latidos de tu corazón
Tu cuerpo ardiente
De pasión y amor
La misma que estábamos sintiendo
En esa cama
Que era el paraíso
Que nos transportaba
Al verdadero amor
Al ver tu cuerpo sudado

Tu mirada perdida
Y tu corazón latiendo
Al ritmo del amor;
Ese mismo que estábamos viviendo
Y que lo disfrutábamos
Como dos adolescentes
Que habían encontrado el amor.
Cada beso tuyo
Era una caricia para mi alma
Un alma solitaria
Que clamaba por un amor
Sin saber que tú
Rondabas mi vida
Para llegar a mi corazón
Donde viviremos este sueño
Que solo nos da felicidad
Porque tú y yo
Somos el verdadero amor
Que sellamos este sueño
En esa cama de amor.

El amor estuvo aquí

Al mirar por esa ventana
Como los rayos del sol
Tímidamente van alumbrando
Para anunciar un nuevo día
Todo es maravilloso
Porque el amor estuvo aquí
Llenando mi corazón de felicidad
Mi vida de tantos sueños
Que se habían quedado en el camino
Un camino que marcó
Un nuevo fracaso en mi vida
Que en el suelo me había dejado.
Quise ponerme de pie
Pero volví a caer
Una y otra vez.
Cuando logré ponerme de pie
Sentí tanta felicidad
Porque el amor estuvo aquí
Quien me dio a entender
Que nunca es tarde para amar

Porque en esa misma mañana
Con los rayos del sol
El amor estaba frente a mí
Renacerían mis sueños.
Y aquellas alegrías de vivir
Que se habían quedado en el suelo
Ya estaban de pie
Para correr libremente
Gritándole a este mundo
Que el amor estuvo aquí
Para llenar mi vida de felicidad
Que esos caminos solitarios
Donde transité por años
Ya solo serán recuerdos
Que en el tiempo he de olvidar
Como una mala experiencia
Que me tocó vivir.
Hoy mi camino es felicidad
Todo lo malo quedó atrás
Porque ya no quiero recordar
Porque el amor estuvo aquí.

Nancy Toledo Pacheco

Coatzacoalcos, Veracruz, México



Dos ejes

Mar que dominas mis
fuerzas, marea que
desequilibras mi andar
luna que orientas la mirada
haz al ruiseñor con canto puro

Les diga a las estrellas
y a las lenguas de las mariposas
que la paradoja del amor,
es el concilio y
reconciliación
son dos ejes superiores
en un mundo circundante.
Es la fase entre los círculos
y el circuito que
se une en una sola corriente.

Próximo invierno

Se aproxima
una exquisita invitación,
una sublime noche helada.
La candidez de la luna
se antoja
y el barquillo de tus besos
sostiene al amor que desboca
a la dulzura del coco
que no espanta...
solo acuna a las nubes
de la paciencia
que sostienen y todos pueden.

Escribiendo sueños

En mi limitado espacio
 guardo los secretos
 escribo sin permiso
 me deleito en mis sueños,
 donde la distancia es efímera
y las kalanchoes... florecen sin agua.
 lo imposible purifica
 la verdadera historia del idilio.
 Y las semillas cobran factura
 aún después de comer el fruto.

Venas rojas

Alfombras cometidas
en mis venas, caminos
 tejidos de rojos,
 serenatas de pasión
advertida, infusión a cerezas
 sedienta de aroma...
 aroma que desvanece
cualquier cuerpo persignado
 entre el amor y la gloria
 entre el aroma
 de frutos rojos...
tisana y la reminiscencia del alma.

Dulces aromas

Arráncame las noches
de insomnio
haz que la desnudez
de la luna
no mengüe nuestro amor,
ni fantasías...
Cobíjame los pies desnudos
las demencias cuando te miro.
Despierta el milagro
que consuela a contraluz
mis lentos y mi cuerpo
que ya no es mío.

Dulces Aromas
Ni los incipientes ni los insumos
ni los agridulces aromas de los arándanos
desnudos,
ni el tiempo ni la ausencia
fueron suficientes para descifrar
el código de los que se aman.

* * *

¡Sin antifaz
en la medida de los postizos
o desmedido de ellos.
En la propia
autenticidad.
En el centro de lo que somos
hacemos a un lado,
nuestro propio misterio!

Barro frágil

Así como el cántaro
Frágil se llena de insomnios.
Por los sueños colgados irremisibles,
así me purgo de los deseos maltrechos
que me conllevan a tu cuerpo.
Así como el relicario
guarda la esperanza.

Así me consigno
a los labios que saborean
el lienzo desnudo
sobre el lecho,
así te espero, con amor etéreo
en la despiadada
medida de tu copa secreta.
Así navego sobre la imaginación
y tu conciencia marfil
que devela tu experiencia,
sobre las olas de miel
sobre dedos de hierro
sobre huellas
imperativas
que desmientan
el filtro del aire,
eso que hace sublime
el quejido.
Ven y recoge los latidos
son tuyos...
porque los míos
son poesía pura
que despierta al vino tinto
ya servido.

Café, otoño y calzados tibios

Calza mis sueños con aromas
de grano molido,
expreso de media mañana,
comuni3n de almas.
Calza mis antojos con aroma a canela
que sin ser sordomuda
amalgama su ausencia
con mi musa.

Calza mis dedos con la tibieza de la taza,
deshace los nudos,
despierta los labios dormidos
bosteza el aliento de humo dulce...
Recuerdo de vivas miradas
en la pecera humeante,
aroma de caf3 suspendido en el aire
amor sobre aroma
de fragancia de hombre.

Hambre de mis venas
y de las tuyas
de los poemas de besos
que se cruzan en la escarcha
del silencio.

Tintas de tu alma
que describen
calzando a septiembre con sus hojas caídas,
que sin ser patologías
juegan descalzas
entre el amor y el otoño
en la cuenca de tu ombligo.

Ganas de desnudar
octubre y noviembre
sentir primavera
en mis venas,
dejarte como el árbol de otoño
calzando tus ojos dorados
con los labios teñidos de sueños
con el resplandor sobre tu boca.
Escrita con mi cuerpo.

Gabriel Miranda Riquelme

Facebook.com/profile.php?id=100013236962831
San Joaquín, Chile



En off

Quedé tras el micrófono
mirando el estudio
algunos dan disculpas
y los helicópteros no sobrevolarán.
Mis ojos hacia México
elevan mi humildad
tirándole canciones a una dama
y vienen mis alegrías
tras su magia cuando ella canta.

Una calle para Mariano Puga

Lo llevan en angarilla
de construcción
quién sino él llevará
a los pobres de la Legua a tierra santa
y en cultura
el piano de Roberto Bravo
desciende a la capilla
desde un helicóptero particular.

Pedalea en su bicicleta negra
hasta que la hacen memorial
y su acordeón emite canciones
mientras hoy en algún lugar está inerte.

Han pintado su ataúd de colores
y el pueblo marcha sin mascarillas
y la calle Copihue hoy lleva su nombre.
Padre Mariano Puga
que está en los cielos mirándonos.

1999 El adiós de mi madre

Con su mirada indicando el norte
el doctor hace su certificado
era joven, dice, escuetamente
y mis lágrimas estallan
como si caminara con ella en los patios del sur.

No regreses más a San Bernardo
es la voz de mi padre en agonía
y mi corazón marchaba con ellos.
No vuelvas más a San Bernardo
en la ternura reflejaba el norte
a lo mejor porque iría a otros mares
y te besé la frente al despedirte
y ahora se acaban mis lágrimas de tanto llorarte.

Beatriz Eugenia

En este mundo de los finales programados
muestras por Facebook tus comidas
producto de tu tierra colombiana.
Algún día podremos beber un café
al son de una cumbia
y muestra de océanos
a la luz etérea del preludio nocturnal.

Polígono

En este lado de Sudamérica
les dan chipe libre a los extranjeros
para tomarse terrenos y minerales.

Hace falta ese ayer
cuando subimos al Chena.
Después tomábamos chicha
de pie mirábamos el polígono
y con mi tío corríamos la brecha
y disparaban los milicos
como si fuéramos conejos
a todo lo que se moviera, por la cresta.

Mi Cristo de alambre

Lo han tapado en el patio
y se ilumina con el prisma del sol
al caer en las parras
las mismas que miraban el vuelo asustado
como la psicosis que escribiera
en la terapia de mis dolores ciudadanos.

Te pido señor que corten la cháchara
los políticos, alcaldes y publicitarios
y periodistas oficialistas
creyendo que somos privilegiados
por tanto, bando de salud.
Las lágrimas de una amiga narradora
dice que me cuide, y saco mis gatos
cuando llega la noche,
buscando pastos tiernos para su estómago,
nunca habla de los cogoteados pobres.
Cristo de alambre ruega por nosotros.

Ordenadores

Mandamás del Estado
no diga que lo hace por Chile.
Ahí ve usted
las cuencas destruidas
de los jóvenes
es de lesa humanidad
que le penará, por favor, cabréese
de los mata piojos.
Le tiran rayo láser
tupido y parejo.
Y los ciclistas, hombres y mujeres
Pedalearon izando banderas negras y gritos Mapuche.
No amenace que viene más fuerte.
La epidemia.
Hay miles de Roma para rezarle a los muertos.

Tributo a Hugo Cid

Aún diviso el paso de Hugo Cid
va caminando
lleva las grabaciones de Gabriela Mistral
está grave a la villa los olivos
lo llevo en colectivo
el investigador de Mario Ferrero
va en las últimas
no sé cómo llegó, sus quejidos
parecen ruido de mares y angustias
y después en la casa de la cultura
están velando su cuerpo.
Toda la noche lo acompaño
en el hospital Parroquial...
la Laura Cuello y Fernando Quilodrán.

Y en otro costado
los gritones de presupuestos municipales
leen poemas de recuerdos y viajes
que solidarios los rielistas fracasados
y en el tiempo su presidente eterno
el mismo que me dijo, dictador,
pide con fórceps aparecer en el libro
de los artistas.
Hugo Cid ha muerto y nos ha dejado su historia
y sus enemigos en vida no quieren escribir
en el libro de condolencias dejado
por Adolfo García.
Que miserables las literatas
por eso Arturo Gallardo al decir adiós
me dice -soy más del Chena que el Ateneo-
y en patota lo fuimos a visitar
por eso siempre triste, regreso al paso nivel...

Luis Alberto Soto

Rancagua, Chile



Puntapié inicial

Hacía tiempo que don Ricardo Peña se andaba candidateando. A todos les decía que cuando se formara el club, él tendría que ser el presidente.

Don Ricardo, el mismo ex funcionario municipal, conocido por ser bueno para los asados, los discursos y que irradiaba una postiza aura de seriedad en cada rincón que anduviera.

Los cabros, después del cansancio de jugar la infaltable pichanga diaria, se juntaban siempre en cualquier esquina, a ilusionarse con la idea de formar un club deportivo.

Los del barrio de la avenida Principal ya hacía tiempo que tenían su club y no admitían a los de acá por ser “extranjeros” o “rasquelis”, como les decían ellos.

Corrieron la voz de que ese sábado a una hora determinada se reunirían en la pieza en donde hacía las costuras la Gladys.

Antes de la hora, ya no había donde sentarse. “El pata de mula”, el Mauricio, el Carlos, el Agustín y varios otros luchaban por lograr un espacio en una banca que estaba a un costado, otros se agrupaban adelante y no dejaban ver a nadie.

-Ya po' empecemos- dijeron algunos intranquilos.

-Ya- dijo don Ricardo Peña. -Voy a decir algunas palabras...- Calmadamente se dio tiempo para sacar un papel semi arrugado del bolsillo y empezó a leer:

"Quien haya vivido en un barrio, jamás lo olvidará, alguien que haya guardado en su corazón sublimes experiencias de niñez, el amor de juventud, el sabor del pan que se comparte, el invierno de noche que trae consigo el calor tierno del brasero, el verano y los grifos abiertos en donde los niños..."

-Oiga Don Ricardo- le dijo el "Panchito Chico", interrumpiéndolo. -La Gladys nos prestó por un rato no más la pieza po'. ¿Porque no empezamos a ver qué nombre le vamos a poner al club?

Después de mucha discusión y cuando la Gladys ya casi los estaba echando a empujones, dispusieron que el club se llamaría "Atlético Estrella"; que Don Ricardo Peña sería el presidente y que las camisetas serían de color azul con una línea amarilla que atravesara el pecho. Como las de Boca Juniors, ya que las camisetas del club de tres cuerdas más allá, el "Cultural Santa Juana", eran blancas con una banda roja desde el hombro izquierdo hasta el lado derecho de la

cintura, como las de River.

Don Ricardo terminó diciendo, sin leer ningún papel:

-Cabros, vamos a fijar una cuota. Tenemos que elegir al resto de la directiva y yo tengo buena llegada en la municipalidad, así es que voy a hablar con algún Regidor pa' que nos regale un juego de camisetas.

Pasaron cerca de quince días y don Ricardo cumplió su promesa: Sorprendió a todos cuando llegó con un juego de camisetas de color verde, de parte de "no sé quién".

-Tienen que votar por "él" en la próxima elección- advirtió y las entregó.

Entonces, optaron por vender las camisetas verdes a un precio económico, entre los mismos socios y así juntar dinero para comprar las azules.

Días después, era pintoresco ver en los cordeles de los patios las camisas de dormir verdes, con un número en la espalda, que habían usado noches anteriores las señoras.

Alguien llegó con una pelota que cayó a la galería y se la robó en un partido del Colo.

Compraron un juego de camisetas

azules, hablaron con la Gladys para que le cosiera a máquina una franja amarilla a la altura del pecho. Y ella, aprovechó de decir que hacía el trabajo, pero que, desde ahora, tenían que pagarle arriendo, pues la pieza de costura ya se había convertido en bodega y en sala de reuniones.

Accedieron.

* * *

Carlos Gutiérrez, jugaba en el medio campo, trabajaba en una fábrica de pinturas y a todos llamaba la atención que siempre caminara triste por las calles del barrio. Algunos para molestarlo, a modo de provocación, le decían como apelativo: “Carlitos Fiesta”, y había una razón. Cuando los conocidos le preguntaban:

-¿Cómo estás, Carlitos?

Él respondía: -Mal po’. Hoy es martes-. Y seguía caminando cabizbajo en señal de abatimiento.

A veces, ex profeso, se acercaban con sorna a preguntarle:

-Hola Carlitos. ¿Cómo te va?

-Mal po’. Hoy es viernes.

Pero había un día de la semana en que se le veía optimista y fresco. Entonces, la respuesta no era la misma.

-¡Bien!-. Contestaba sonriente. - Hoy, es jueves-.

Todos sabían que la Yeny, esposa de Carlos, y secretaria *ad vitam* del club, era aficionada a la historia, y que siempre había querido ser profesora, pero sus deseos se frustraron cuando dio la prueba de aptitud académica. Después de los resultados, contaba que sus compañeras de curso la molestaban, le restregaban que había quedado “debiendo puntos” en la prueba. No quedó en ninguna universidad, y eso le causó una enorme e incontrolable frustración.

Con las señoras del barrio, cuando hablaban de cómo iba a funcionar el almuerzo ese día, ella forzosamente cambiaba el tema y siempre, con mucho énfasis, dejaba en claro que la más grande de sus pasiones era la historia de Chile.

Una noche, en el restaurant que quedaba justo en la esquina de las calles Sánchez Díaz con Violeta Parra (pongo la dirección porque tal vez usted vivió cerca de por ahí), en el negocio de don Guillermo Smith Rosales, más bien dicho, en el restaurant del “Viejo Mal Genio” (todos lo llamaban así, porque, irremediablemente, y por cualquier motivo retaba a quienquiera que entrara a su local), con varios tragos de más, en rueda de

amigos, Carlos, después de desahogar un poco de etilismo por los lagrimales, echó afuera su secreto: la Yeny solo le permitía hacer el amor los días jueves, porque había descubierto que Isabel Riquelme había gestado a Bernardo O'Higgins ese día de la semana.

Tocado a fondo e inspirado por el jarro de Clery que tenía al frente, confesó, además, que su pololeo con la Yenny estuvo a punto de terminarse porque cada vez que ella estornudaba, le salía olor a pichi, pero al final se convenció que más allá de los buenos o malos olores del ser que se ama, siempre estará primero el amor que se siente por el otro.

Después de escuchar lo curioso del relato, los amigos en rueda entraron en una beoda comprensión y lo cubrieron de consejos y brindis al seco, ingravidos y lacrimógenos.

Poco rato nada más, duró la tertulia porque don Guillermo se acercó enojado, agarrando sus rubias mechadas y con sus grandes ojos verdes muy abiertos, los hizo pagar la cuenta, para enseguida echarlos a la calle, con el subterfugio de que estaba obligado a cerrar, porque en cualquier momento podía pasar la comisión.

Con el tiempo, Carlos y su mujer tuvieron un hijo.

Cuando el infante tenía más o menos seis años, la Yeny comenzó a vestirlo de manera muy rara. Le ponía unas chaquetas cortas, llenas de charreteras, de medallas hechizas y de botones dorados que terminaban siempre en un sucio pantalón blanco.

El Beñito salía a la calle, además, con un sable de cartón amarrado a la cintura. Lo hacía marchar. Los niños al verlo, se le cuadraban burlándose y salían corriendo.

Ella los ignoraba.

En la segunda calle del barrio, frente a la cancha, vivía un joven solitario, que todos conocían como El Chalo. Nunca quiso entrar al club.

Entre sus historias contaba que nadie lo podía tocar porque era nieto de un noble español de alto rango. Tenía a todos convencidos de su extraordinario pedigree. Inflando el pecho contaba que se llamaba Gonzalo D'Aragón y que su abuelo era un noble español que había llegado en el Winnipeg y que su padre se había integrado a la revolución cubana.

Por su aspecto, daba la impresión de que no se bañaba nunca. Desde niño vivió con su abuela, pero en los años 70, ella, después de una larga agonía, falleció y quedó solo en el mundo.

Criaba gallinas que se alimentaban con los restos de comida y de verduras que, dadivosamente, las vecinas le tiraban por los patios.

Se supo en el barrio, a través de la Carmela, que un día, muy de mañana se acercó a las oficinas municipales y pidió hablar con el alcalde.

Después de esperar largo rato, estando frente al edil, le comentó que le traía un dato de gran importancia para el desarrollo de la comuna.

-Señor alcalde, -le dijo- lo he pensado mucho y estoy convencido de lo que le voy a decir contribuirá de manera efectiva con el medio ambiente y con el ahorro de fondos municipales: he leído que en los bosques del sur hay grandes cantidades de madera, que ha estado botada por años y nadie la aprovecha. Yo pienso que las calles de la comuna debieran ser entabladas.

El alcalde lo miró asombrado y en seguida le dijo: espéreme un momento. Salió de su despacho, se metió en una de las oficinas que estaban más alejadas de la sala de reuniones y lanzó una enorme risotada que duró varios minutos; seguidamente, muy circunspecto, entró de nuevo en el despacho y le dijo:

-Mire, lo voy a pensar.

Por esos días, a los más cercanos, El Chalo les comentó que estaba escribiendo un libro, que iba a ser impacto mundial y que lo editaría con una parte de la venta de huevos que estaba ahorrando desde hacía tiempo.

* * *

El barrio en general es como lo describía don Ricardo Peña esa vez en la reunión. Ahí la gente nace, vive, muere y hace crecer raíces profundas que nunca se olvidarán.

Alrededor de los años 50, los pocos habitantes que había en el barrio constataron que una noche llegó "gente nueva" a una de las casas desocupadas. Con los días se supo que era la familia Reyes, los nuevos vecinos: el padre, la madre y una hija.

Georgina tenía 16 años, cursaba segundo medio, tenía un cuello largo como el de un cisne salvaje y cuando caminaba por el barrio con su tez rubia y sus curvas parecía que flotaba. Deslumbraba a todos.

-¡Hola! -decía con voz cantarina, en el mismo momento en que su pelo era acariciado por el viento.

Los más viejos, entre dientes, pronto le pusieron la "Marilyn Monroe", por su extraordinario parecido

con la actriz gringa. Otros más audaces entre cuchicheos la llamaban “el cuerpo” y salían a mirarla cuando pasaba, cuidando de reojo de no ser sorprendidos por sus mujeres, en ese acto lleno de erotismo y tan pecaminoso para la época.

En ese tiempo, las juntas de vecinos se reunieron y acordaron hacer una fiesta de disfraces y elegir una candidata a reina, que representara a todos los barrios.

Georgina Reyes Valdenegro era la candidata a reina natural de todos quienes admiraban su belleza y también de los otros que hacían como que la ignoraban, pero que al final caían carcomidos por negros pensamientos libidinosos.

Los del sector norte también quisieron participar y decidieron apoyar a Georgina que, al final, se posesionó glamorosa en el sitio de la vencedora.

La coronación de la reina terminó en una gran fiesta, pero al poco tiempo los malos tratos de parte de su padre, que todos sabían, se acentuaron hacia ella. Todo terminó cuando el viejo la acusó ante la policía que ella le robaba dinero. Georgina acorralada por la injusticia, tomó algunas ropas y sin pensarlo, huyó en un circo que estaba de paso por el sector.

Los años pasaron y su madre día a día se asomaba a la puerta con la esperanza de ver a Georgina de regreso. Pero una mañana miró a lo lejos y vio una figura desgarrada que con temor se acercaba, caminando despacio.

Sus ojos se iluminaron, se apresuró a abrir la puerta de par en par. Georgina entró. No se dijeron nada. Sonó el cerrojo y desde afuera se escucharon por largo rato los sollozos de ambas mujeres.

Su padre había muerto hacía ocho años.

El tiempo ha pasado. La abuelita Georgina vive sola, acompañada de sus perros. Hace mucho tiempo que su madre también abandonó este mundo. Fabrica pan y algunos pasteles que vende a la gente para poder subsistir.

* * *

Una tarde en que Carlos venía de la fábrica, pasó a la confitería ubicada en la Avenida de Los Presidentes y compró un gran chocolate.

A la mañana siguiente, muy temprano, mientras el Beñito se vestía en la pieza contigua para ir al liceo, ocultó el chocolate, que venía amarrado con unas refulgentes cintas doradas, entre sus ropas y fue a la cama donde

descansaba la Yeny. Se acercó paternalmente y en forma suave le habló:

-Yeny... Hoy es 8 de junio. ¿Sabés que se celebra hoy día?

Ella hizo un remilgo y contestó:

-Sí. Se celebra un año más del asesinato de Pérez Zujovic.

-Este día...- replicó él -hace 15 años fue cuando salimos por primera vez. Te invité al cine Gran Avenida a ver una película de Elvis Presley, te tomé la mano y te besé. Y seguidamente, agregé una frase para impactarla, que había escuchado en un réclame de la televisión:

-Hoy me comportaré contigo como un hombre fino.

-En Chile- dijo ella -todos los perros son finos y la mayoría no pasan de ser un montón de quiltros pulguientos, nomás-. Y se volvió para el rincón.

Carlos y el Beñito salieron apresuradamente hacia el paradero.

Por el camino, Carlos partió en dos el Chocolate y le regaló la mitad a su hijo.

-Papá,- dijo el joven -desde hace tiempo yo encuentro rara a la mamá, anda con los ojos desorbitados y parece que fuera a matar a alguien.

Esa tarde, Carlos llegó más temprano de la fábrica, se fue a la cancha y mientras pateaba la pelota se comió el resto del chocolate.

* * *

En el barrio, la gente irónicamente hizo correr una frascita:

“Si quieres saber la vida desde el nieto hasta la abuela, conversa con la Carmela”.

Pero esta vez la vieron muy temprano llegar al almacén; no habló con nadie. Se veía llorosa y cuando ya se despedía, alguien le preguntó qué le ocurría. Lloró un poco y les abrió su corazón:

-Hoy se cumple un año más que no veo al rucio- dijo. -Tenía como nueve años cuando fui a su casa, su mamá me ofreció clases de matemáticas. En cuanto entré, lo vi. Estaba sentado haciendo sus tareas. Su pelo rubio colgaba sobre la frente y sus ojos verdes me encantaron. Después me crucé con él en algunas actividades del colegio. Yo tenía como dieciséis años, y una noche que estudiaba, encontré una carta dentro de un cuaderno. Les había pedido a mis compañeras que la colocaran allí. En el papel decía que quería conocerme, que siempre me veía cuando yo hacía gimnasia y que le gustaban mis piernas. Vivía

con su abuela, su padre los había abandonado cuando él nació y su madre había muerto. Empezamos a pololear. Era diciembre. Él sabía que mi mamá no estaba, llegó a mi casa y nos fuimos a mi pieza. Nos besamos como en las películas. Yo andaba con un vestido azul. La Carmela hace una pausa para reponerse. Las vecinas escuchan en silencio algo que saben desde hace tiempo. La Carmela se seca las lágrimas y prosigue:

-Con tantas caricias empezamos a perder los quilates. Yo estaba frente a la cama dándole la espalda. Él se acercó y empezó a descorrerme el cierre del vestido. De repente, no lo sentí, me volví y estaba llorando. Le pregunté porqué había parado. Entonces, me contó lo que le había ocurrido. Era nochebuena, su madre agonizaba; cuando entró, ella con mucho esfuerzo abrió el cajoncito del velador y sacó lo único que había en él; un cierre *eclair*. Y le dijo: *“Esto es lo único que tengo para darte en esta noche, tómalo como un símbolo. La vida se abre y se cierra todos los días. Haz que tu existencia y la de la gente que te rodea siempre se abra a todo lo bueno”*. Momentos después fue a verla y su madre estaba muerta con los ojos nublados de llanto. Vivimos juntos hartos tiempo. Se metió en política. Una noche llegaron dos agentes en un auto negro y se lo llevaron. Fui a la fiscalía varias veces a preguntar si

sabían algo de Felipe Larrondo Arismendi. La última vez, un hombre me hizo entrar en una oficina que quedaba apartada del resto. Me dijo que no fuera más a preguntar por él y, violento, sacó una pistola y la puso encima del escritorio. Nunca más lo vi.

La Carmela las mira a todas, pues sabe que íntimamente comparten su sufrimiento. Y como reviviendo, dice: “Perdonen, tengo una olla en el fuego, tengo que volver”. Y se marcha lloriqueando.

* * *

Tiempo después, sin querer, alguien del barrio encontró olvidado sobre un escaño de la plazuela una serie de hojas sujetas con un apretador. Era el borrador del libro que estaba escribiendo el Chalo, y que, según él, guardaba grandes secretos en sus páginas, que asombrarían al mundo.

Sin saber cómo, el escrito llegó a las manos de la Carmela que lo dejó tirado en un rincón de la cocina. La curiosidad causó efectos impulsivos en la gente. Varios se pelearon por descubrir qué secretos había en sus páginas. Y ella también, intrigada quiso saber.

Al abrirlo se descubrió algo extraño y asombroso. El libro tenía como

título: *“LA PURA VERDAD. Devuélvanos a Súperman”*.

Entre sus manchadas hojas se podía leer: *“Espero con esto hacer justicia a todos los involucrados y que finalmente se imponga la verdad. Después de un largo trabajo de investigación y de profundas reflexiones, puedo entregar esto a la gente del mundo: nos quitaron el salitre, están tratando de quitarnos la Isla de Pascua. No es posible que se hayan apropiado de este personaje nacido en nuestra tierra fértil y generosa, y que pertenece a todos los chilenos”*.

El borrador continuaba diciendo:

“Todo comienza en 1911 cuando después de los fracasos mineros de esa época, en el norte chileno, nace un repunte en que se inventa una nueva tecnología que por fin llega al país.

“Por esos años, llega a trabajar a Chuquicamata, para dar a conocer los nuevos sistemas, el Ingeniero de origen inglés Theodore Kent. Theodore, después de trabajar durante cuatro largos años en la extracción de cobre, cuan caballeroso y distinguido era, decide afincarse en Viña del Mar, en donde, en una cena que recibe por invitación, conoce a una dama de origen irlandés llamada Tara O’Brien.

“Después de un corto tiempo, se

casan, viven acompañados de la fiel empleada para todo servicio llamada Lucinda López, pero, al pasar de los meses, Tara no olvida a su familia y decide regresar a Irlanda.

“Theodore, ahora vive una existencia llena de soledad, teniendo como única compañera a Lucinda, que se esmera en proporcionarle todos los fines cuidados necesarios, para alguien de su categoría.

“Nace el amor entre ellos y Lucinda resulta embarazada.

“El 16 de octubre de 1916, nace Clark Kent López, el cual es reconocido por su padre en el Registro Civil de Viña del Mar, semanas después”

(En esta parte, el borrador dice: *“Aquí tengo que conseguir una foto de la partida de nacimiento”*).

“El clima es bueno, Theodore vive decentemente, pero recibe un llamado urgente de su familia que ha estado involucrada en un grave accidente automovilístico y decide ir a Estados Unidos con la esperanza de volver. Algo que nunca se concreta.

“Ahora Lucinda se queda sola con Clark. El niño crece a pesar de lo exigua de su alimentación, sin embargo, salen adelante en la medida de sus fuerzas y decide cambiarse a una

modesta casa en uno de los cerros de Valparaíso.

“Clark va al colegio, es mal alumno. Los profesores dicen que sufre de evidentes deficiencias en el aprendizaje y que, a pesar de sus 10 años, se comporta como un verdadero rebelde desambientado.

“Se pone unas tiras viejas amarradas al cuello en forma de capa. Después, ya más grande, encuentra en un basural un pantalón y una camisa, azules, que le quedan estrechos. El pantalón esta raído en el trasero y para disimular las roturas, se pone encima un short de baño de color rojo que encontró tendido en un cordel.

“Se lanza por las escaleras, muchas veces cayendo sobre los techos de las casas, situación que causa indignación a los propietarios por los deterioros que ocasiona.

“Avisan a la policía, y ellos mismos contratan a unos maleantes para darle la mayor de las chancas, cuando logren tenerlo a mano.

“Unas vecinas le sugieren a Lucinda algo que podría ser la gran solución para aplacar los impulsos del muchacho: que recurra a darle verduras de color verde, ya que tienen más nutrientes, son más naturales y podrían hacer que el joven vuelva, definitiva-

mente, a la genuina calma que todo joven en forma natural debe tener.

“Ya que a ella, estos alimentos verdes, le dieron resultado con su marido, empecinado por años, en ir a visitar a unos familiares que viven en Chillán Viejo, solo andando con las manos.

“Entonces, Lucinda toma una drástica solución: se dispone a alimentarlo con acelgas, espinacas, lechugas, hojas de acacio molidas, hinojo y todo lo verde comestible que encuentra a su paso a lo largo del día, todos los días.

“El joven que es muy cazurro frente a los verdes platos que ya lo tienen saturado, finge perder el conocimiento y hasta a veces sin proponérselo, se desmaya de verdad.

“Al borde de cumplir 16 años, una tarde, después de haber dado un gran vuelo, que terminó en un tremendo porrazo, aterriza en una de las escaleras del Cerro Alegre frente a una joven delgaducha y tontamente inocente, que trabaja como niñera en una de las lindas casas del sector.

“Ella en su ingenuidad queda impresionada por la apostura y el pelo brillante, engominado, tirado a un lado en la frente de Clark.

“Es Luisa Leiva, viene de Quilpué todos los días a cuidar a la hijita de sus

patrones. El amor se hace presente. Mientras Clark todas las tardes las oficia de canillita y vende diarios para ayudar a su madre anciana y usa lentes ópticos, para que no lo reconozcan los que lo odian.

“Un día, Luisa movida por la emoción le dice a Clark:

“-Clark. Me gustas.

“Él, que es un vanidoso de primera, le responde: -Luisa, Yo también me gusto-. Y esas frases, hicieron que naciera entre ellos un gran amor que los impulsó a formalizar el compromiso.

“Ahora la madre aumenta la antinomia con Clark. Le da doble ración de cosas verdes, tanto para que calme los impulsos como para que olvide a la muchacha.

“Valparaíso se apresta para recibir el verano. Estamos a fines de 1932.

“De pronto, arriba en viaje de placer, desde Argentina llega el escritor norteamericano Jerry Siegel. El terremoto de Valparaíso ha quedado atrás.

“Jerry es una persona afable y comunicativa, y en su corta estadía se dedica a recorrer los bares del puerto, en donde disfruta de la comida tradicional, del buen vino y de las amistades que nacen espontáneas y generosas. Entre

cálidas conversaciones que se prolongan por largas horas nocturnas, se entera de la vida y de las correrías del joven Clark Kent López, que a la sazón tiene 19 años, y de su novia Luisa Leiva. Entonces le solicita a su secretario privado que tome nota de todo lo conversado, pues lo considera interesante.

“Llegando de vuelta a Estados Unidos, se reúne con su amigo de siempre, el dibujante Joe Shuster, y después de discutirlo largamente, deciden crear un personaje de historietas, basándose en la vida de Clark Kent López. Personaje que en principio se llamaría ‘ValpoMan’, en agradecimiento a todas las atenciones que recibió en el puerto, pero hay algo en contra: el mundo comienza a enfrentar una gran recesión.

“Una noche habla al país el presidente de la nación, don Franklin Delano Roosevelt, y les lanza un mensaje a los norteamericanos para sacar a la economía del estancamiento, frente a la crisis mundial:

“-Ciudadanos: tenemos que ser súper prácticos, súper austeros y súper patriotas para salir adelante-. Movidos por ese acontecimiento y esas frases, el personaje definitivamente se llamará: SÚPERMAN.

“Ahora Clark tiene 26 años, hace dos que su madre ha muerto. Decide irse con Luisa de la ciudad a un lugar

más tranquilo. Colocan sus miserias sobre un camión y arriban al pueblo de Molina.

“Los dos ignoran que, en un país lejano, ha nacido un personaje inspirado en la vida de ellos.

“Cultivan la tierra, cosechan productos que no sean verdes. Él se transforma en un hombre borracho, flojo y pependenciero que a ella le da el peor de los tratos.

“Un día, ya cansada de tanta hostilidad, decide sorprenderlo. Mientras él, al borde de la borrachera almuerza, como venganza, ella le pone sobre sus narices un enorme plato de ensalada de lechugas y de postre un gran pote de jalea verde. Clark sale disparado, se interna en los campos, sube a trastabillos a las alturas del cerro Traluñe, y en su locura se lanza al vacío, intentando volar.

“Los restos de Clark descansan en el cementerio de Curicó”.

(En esta parte, el borrador dice: *“Aquí tengo que colocar una foto del certificado de defunción de Clark Kent López”*).

Continúa diciendo el borrador:

“Luisa se ha quedado sola, después de enterarse que ella y Clark son per-

sonajes de historietas. Cuenta a todo el mundo que ella fue la esposa de Súperman. La gente la mira con ternura y la conforman diciéndole que sí.

“Nada más se sabe de Luisa Leiva. La gente del lugar contó que ya anciana se habría ido a vivir a Quilpué”.

Después de saltarse varias páginas, el borrador termina diciendo:

“Queremos de vuelta lo que nos pertenece. Propiciaré una demanda en contra del Estado norteamericano. Súperman es nuestro. Espero que en esta cruzada todos me apoyen. Viva Chile”.

Después de enterarse de lo que decían los escritos. Los vecinos del barrio, coincidían en que alguien que se atreva a escribir algo de este calibre, irremediablemente, tendría que sufrir algún tipo de enfermedad mental y que no debiese andar suelto por las calles.

La rivalidad con el tiempo creció entre los dos clubes, sobre todo porque era como ley natural. Siempre que el “Cultural Santa Juana” disputaba la final con el “Atlético Estrella”, salían campeones y ganaban la copa

y los de acá se quedaban solo con las ganas.

Pero esta vez todo sería distinto, pues había llegado al club un arquero que jugó por los sub veintiuno de Audax Italiano y unos mellizos delanteros desde las inferiores de Iberia de los Ángeles, y el Beñito en el medio campo. Y para celebrar en grande este primer gran triunfo que obtendrían, decidieron invitar a la abuelita Eugenia, como ex reina de belleza de la población, para que diera el puntapié inicial del partido.

La abuela accedió y todo quedó acordado para ese domingo...

Después de lo que pasó, ahí estaban formados los dos equipos, correctamente uniformados frente a la casa de la abuelita Georgina.

Esta vez se veían muy serios y formales, incluso los capitanes de ambos elencos llevaban sendos ramos de flores, para entregarlos a la abuela, en señal de desagravio y de disculpas.

Todo comenzó el día previsto, las tribunas de ambos clubes estaban llenas de ansiosos espectadores.

Con dos señoras de la Junta de Vecinos y ayudada por su bastón, llegó la abuelita Georgina al centro de la

cancha. Los integrantes de los dos equipos, ya instalados, corrían precalentando y se frotaban los manos ansiosos de que todo empezara luego.

La copa donada por la carnicería de la avenida descansaba sobre una mesa, justo al frente del centro del campo.

La abuelita Georgina se acercó apoyada en su bastón, dio unos pasitos, y cuando estaba frente al balón, dio un chute despacito. Todos aplaudieron. Pero, sin esperar un segundo, se tiraron los jugadores en la búsqueda de la pelota.

Pelotazos iban y venían, acompañados de patadas, escupos y garabatos de grueso calibre.

Jarita y don Ricardo Peña, presidentes de ambos clubes, inútilmente hacían aspavientos con los brazos intentando parar el partido. Mientras la abuelita Georgina, que había quedado solita, caminaba lentamente intentando alcanzar la línea de costado.

Los players de ambos equipos seguían dándose sin miramiento.

Fue en ese momento cuando el "Pata de Mula", mandó un gran chute que le dio de lleno en el rostro a la pobre abuela. Cayó de costado sobre

el césped y su bastón fue a parar por allá, lejos, fuera del círculo central.

Ella, en su desesperación, gateó un poco, desorientada, tratando de recuperar la conciencia. Justo en ese instante, se suspendió el partido.

Corrieron todos a socorrerla.

La pusieron de pie despacito. El Chico Agustín le pasó una lata de cerveza. Le dieron un poquito y la pusieron afirmada en la mesa que tenía la copa. Por suerte estaba el Mauricio, que estudia para Auxiliar Paramédico, quien después de examinarla, determinó que era solo un simple hematoma.

Ahora, la Abuelita Georgina ya abrió la puerta de su casa y va a recibir las disculpas.

Pobrecita, piso un mojón de perro que había en el antejardín.

Ahí viene con su bastoncito y su ojo morado a recibirlos.

* * *

Don Ricardo Peña todavía es el

presidente del club. Hay un grupo disidente que se autodenominan “de la resistencia”, que le inventan calumnias y le enrostra cosas del pasado para desestabilizarlo y a toda costa, sacarlo del puesto.

* * *

La Yeny, hace cuatro años que murió en un centro psiquiátrico para enfermos mentales.

* * *

El Beñito dejó la guitarra eléctrica de lado para entrenar, pues ha dado muy buenos resultados como medio-campista.

* * *

Los vecinos han visto por las tardes a la Carmela con el viejo “Mal Genio” en un escaño de la plazuela, tomados de la mano.

* * *

El Chalo finalmente editó el libro, pero no vendió ninguno. Se comió todas las gallinas. Ahora trabaja en una vulcanización y sigue consumiendo alucinógenos.

Florylly Escobar

Facebook.com/florylly.escobar
San Bernardo, Chile



La vida

La vida. ¿Qué es la vida?
una llama fugaz
que se apaga al instante,
el soplo de la brisa
jugueteando en tu pelo,
el eco de un sonido
perdiéndose a lo lejos,
el brillo de una estrella
titilando en el cielo;
un suspiro que el aire
recoge en su agonía;
un cristal azogado
que trizado se queja;
una lágrima ardiente
rodando en tu mejilla,
un sutil espejismo
que, soñando, nos deja...
La vida. ¿Qué es la vida?
sino la eterna espera
de ese algo que no llega
jamás a su destino.
De ese algo que tratamos
de asir con nuestras manos
y que, invariablemente,
se queda en el camino.

La vida es la sonrisa
del capullo naciente,
es la luna plateada,
mojándose en el río,
la ingravidez alada
de las horas silentes
que penetra en el alma
cuando llega el estío.
Es el todo y la nada
eternamente unidos.
Paraíso impagable
de exquisito placer.
Es también un infierno
del todo abominable,
que te eleva a la cumbre
o te hace perecer..
La vida. ¿Qué es la vida?

Nostalgia

Nostalgia, bella nostalgia
de la Juventud alada
donde, el transcurso del tiempo,
no significaba nada

donde, los días viajeros
se deslizaban sin prisa...
¡Eran simples pasajeros
del barco de la sonrisa!

Esas mañanas radiantes,
esas tardes estivales
cuando, altivos y arrogantes,
nos creímos inmortales.

Cálido el rubor primero
de una mano que te toca,
del abrazo y del “te quiero”
susurrados en la boca.

Juventud, grata nostalgia
de una etapa acrisolada
donde el transcurso del tiempo
no significaba nada.

Un llamado de alerta

Para entender el hambre hay que sentirla
agazapada y fiera en tus entrañas
mordiéndote por dentro la paciencia
bebiendo como vino tu saliva.

Para entender el hambre hay que escucharla
gemir en ti como rabioso quiltro
pateado y agredido sin motivo,
botado en el invierno, en medio de la calle.

Hay que apurar de un trago la impotencia,
vagar en las comarcas del suplicio,
trocar tus convicciones y principios
por un mísero plato de comida.

El hambre que pernocta con los pobres
en estrecha comunión con la miseria,
es un llamado de alerta a los sentidos,
una afilada daga que te acecha
por recónditos lugares del camino.

Hijos de la calle

Te pido Señor por los niños,
por esos pequeños y frágiles
seres que a menudo vemos rondando las calles
sin más compañía que su propio miedo.
Vedlos allí caminando con la mirada adulta,
por inciertos senderos
disputándose el pan a la miseria
en horrenda transgresión de su naturaleza,
ausentes de las caricias paternas
que un día naufragaron por etílicos mares.
Te pido, Señor, por los niños, hijos de la calle.
Vedlos allí agazapados por sombríos rincones
buscando la dicha comprada al mafioso
en un pequeñito paquete de diario
o en su inventado mundo de plástico.
Vedlos allí jadeantes correr tras la pelota,
ese cordón que les une a su inocencia,
ese trozo de esperanza y trapo,
ese único juguete que les queda
de la infancia que se fue alejando.
Los veo cual hojas que el viento se lleva;
jirones de Luna, muriendo al día
tesoros ocultos tras aciago sino.
Por ellos te pido Señor, esta noche,
por estos pequeños hijos de la calle.

Pampa

He paseado mis barcos de ensueño
por el océano gris de La Pampa.
Aspirando, en las tardes de invierno,
los sudores de la camanchaca.

Caminé, desde el mar hasta el cerro,
trajiné la llanura callada,
admirando el paisaje desierto
con los ávidos ojos del alma.

Por la tierra, nodriza de Chile,
por la tierra, de sol calcinada,
por la tierra, agobiada y herida
en ardientes y duras batallas,
deambuló mi coraje y mi pena
en un modo de angustia apretados.

Cada casa: ¡un fantasma de antaño!
cada piedra: ¡una tumba sellada!
Cada rostro, una fotografía
de la cruel esperanza frustrada.

Tropezando llegó mi tristeza
a unas míseras casas de lata:
¡horno ardiente en las soleadas tardes!

¡Fría escarcha, en las noches de plata!
Cruel visión de mis cansados ojos
fue tu cuerpo "Oficina Alemania".

Y... no pude seguir caminando.
¡Me golpeó la vergüenza en la cara!
La vergüenza mortal del salitre;
de La Pampa chilena ultrajada...
Y quedaron varados mis barcos
en la inmensa oquedad de la escarpa.

Orgullo

Lo dejé partir...
madrugaron sus pisadas
por las sombrías baldosas
en sus huellas sollozaron
los fantasmas del recuerdo.

Mi alma gritó su nombre
traspasando aquel silencio
de goteras salobres...
de palabras cansadas.

Él, presintió acaso
aquel llamado silente,
porque volteó su figura.

¡Y era de tiza su rostro!
¡Y eran de frío sus manos!
¡Y eran de fuego sus ojos!

Nada dijo
Nada dije

Lo dejé partir...
traspuso el umbral
como otras veces
pero esta vez... para siempre.

Juan Soñador Rivera

Facebook.com/juan.s.rivera.90
Huasco, Chile



La mosca

La mosca andaba rondando,
ronda, redonda, ruin, redondeando,
ruina, ruidosa, mosqueando.

Cabizbaja se posaba en la cabeza,
cabeceando, cabizbajeando, jadeando, incubando,
pololeando, cagarruteando, mosquita viva.

La mosca va al inodoro, incoloro, cloro, cloroformo,
deforme inconforme, fome, mosquita rebelde.

La mosca en el comedor se pasea, parlotea,
palabrea, come breva.

La mosca viaja, choca con una puerta.

Portazo.

Mosquita muerta.

Chata

Chata nomás estoy
consumiendo trago,
que me miren las tetas,
que me agarren el culo,
que me insinúen orgasmos.

Chata nomás estoy
que me besen con licores,
que insulten mi piel trajinada,
que me griten,
que me tireen,
que manoseen mi falda.

Chata nomás estoy
y yo como huevona puta
les sonrío,
les agrado,
les converso,
les beso,
les cobro y me largo.

Chata nomás estoy
y como a las cuatro y media
me toca regresar a casa,
casi ebria, a ver a mi cabro.

Chata nomás estoy
y yo misma me metí en esta mierda
y mañana, regreso a la pega.

Pienso.

Yo pienso en ella
y ella ni siquiera piensa en mí.
Yo hablo de ella
y ella no habla de mí.
Yo sueño con ella
¿y ustedes creen que tiene un sueño de mí?
Yo la amo a ella
no me priven del sueño
de amarla en esta servilleta.
Yo escribo estos versos del momento
Y ella ni siquiera sabrá que en este bar se los
escribí.

Si te digo vida

Si te digo vida, es porque:
vida me has dado.
Si te digo sol, es porque:
tu calor me has entregado.
Si te digo luna, es porque:
mis siniestras noches
has alumbrado.
Si te digo estrella, es porque:
junto a mi has destellado.
Si te digo brisa, es porque:
con suspiros me has consolado.
Si te digo lluvia, es porque:
junto a mi has llorado.
Si te digo nube, es porque:
mis temores has ocultado.
Si te digo amiga, es porque:
estás a mi lado.
Si te digo que te necesito,
es porque:
te amo.

¿Qué es?

Tengo nostalgia, de no sé qué;
Tengo ilusión y no sé de qué es;
Tengo pena, de no sé qué;
Tengo alegría y no sé de qué es.
Estoy vacío de todo conocimiento,
pero lloro, río, canto, sueño.
Estoy muerto de toda vida,
pero camino, hablo, escucho,
quiero. Tengo rabia, de no sé qué;
Tengo miedo y no sé de qué es;
Tengo amor de no sé qué;
Tengo fantasía y no sé de qué es;
Tengo pensamientos de no sé qué
y escribo este poema
y no sé para quién es.

Mariela Isabel Ríos Ruiz-Tagle

www.marielariosruiztagle.com

[Facebook.com/etereablues](https://www.facebook.com/etereablues)

Ñuñoa, Chile



El prisionero

Soy mi propio carcelero
Construí con mis manos los barrotes
Es cierto, es una cárcel invisible
Mas, está en el centro mismo del alma
Incólume
Perfecta
Como una estatua a la perversión
Invento mis propios ritos
Crueles
Impúdicos
Como seres del infierno transitando en el limbo
Y ahora, cómo encontrar la cerradura
Que me libere de mis propias cadenas
Todo el universo se ríe de mí
Y cual payaso de obra dramática
Camino por las estrellas cónicas
Sin guías, sin linternas, sin ventanas
Mi sombra es la única compañera
y
sostiene
las
llaves
de
mis
flores
muertas.

Noche estival

Voy a escribir un poema de verano
No diré: es tan corto y te irás
(Mientras la gata reposa en mi regazo)
De pronto como un amante aletargado
Una tarde de hojas otoñales te aguarda
En un costado de la esquina oculta
Voy a escribir un poema de verano
De aquella tarde cuando besé tus labios
Hace siglos, y tus pasos te llevaron lejos
Bajo la luna tu sombra se cubrió de flores
Eso fue en primavera, pero se disfraza con forma de verano
Porque el verano lo abraza todo, hasta la sonrisa de mi madre
Ya perdida para siempre y volando sobre el mar
Y los poetas muertos, enterrando juventud quebrada
Este verano piadoso, amarillo, color viento
Como Valparaíso que sube y baja por rutas infinitas
Y las Águilas entonan Hotel California, a la vera del camino
Mientras disfruto mi bebida sentada en la calzada
Aquella que alcanza para todos; incluso criminales y abyectos
Ese verano que verán los ciegos, con los ojos del cuerpo
Los mudos con el palpitar del corazón
Los sordos con el ruidoso sonido del silencio
Y yo escribiendo un poema de verano, corto y lánguido
Como sus tardes calurosas sin playas solitarias
Voy a escribir un poema de verano
(Mientras la gata reposa en mi regazo)
Tengo al sol entre mis manos, me quema y arde
Me mira, me pregunta, no respondo
No hay nada que decir, es tiempo de verano
Y la ciudad duerme ilusamente en un poema azul.

Janis my dear

A Janis Joplin.

No sé si estás en los cielos
Y no importa
Al fin de cuentas
Tu paraíso fue la tierra
Con escalas frecuentes
En la luna nueva
Si vuelves te pido
No dejes tu voz en otro plano
Fue tu cable al Kozmic blues
Tu cartera y tu cabello
Y si puedes avísame
Para contarte que el mundo cambió
Y es mucho más vil que antes
Te escribo con esperanza
Que renazcas
Te lo digo con respeto
Con todo el respeto del mundo
Mientras tanto te escucharé
Cantar desde el no tiempo
Diosa azul enmarañada
Anteojos delirantes en cada nota
Musa de los que sobrevivimos
Al espanto del deber establecido
En clave de sol y tu partida
Fue anclar en una estación secreta
Te imagino en el andén de los elegidos
Para nunca morir.

La sal en el espejo

Las heridas no se curan con un parche
Aunque lo coloques en tus ojos cerrados
Y jugar a la gallina ciega en un cuarto oscuro
Como cuando fuiste niña
Y pretendías crecer y ser árbol
Con mil ramas desplegadas al universo
Terminaste con una hoja quebrada y brazos desnudos
Con llagas en la piel, huesos marcados
La mandíbula rota, los dientes esparcidos por el suelo
Parecías el collar de perlas que perdiste
Ese que cultivó el río y se hundió en la tierra
O tal vez esa espuma de mar que lavó tus pies
Mientras buscabas pulguitas ocultas en la arena
Tú viviste en el desierto, sin alas para volver al mar
Vestida de negro y con el alma intranquila
Mientras a tu lado, se devoraban unos a otros
Los cuervos que aguardaban lo que quedaba de tus ojos
Y esa pequeña voz que le cantaba a la luna
A medianoche mientras todos dormían
Después de asesinar los sueños de otros
En sus lujosas mansiones
A costa de sangre, y sin piedad
Con un rosario colgado en sus cuellos rebosantes
Detrás de cada lámpara un espejo sin vidrio
Donde se refleja tu rostro invisible, sin caminos
Un día cualquiera de un show cotidiano, grisáceo
Mientras Billie Holiday entona un *blues* desde su tumba azul
Y descubres que la sal escurre por tus pálidas mejillas.

Peregrino

Como un ave te vi pasar por la avenida oscura
Tus alas desplegadas presagiaban luces distantes
Lejanos estertores de días nocturnos bajo el sol
Entre jardines lúdicos y espasmódicos abrazos
Una sirena avisó tu partida y no escuché el eco
De tus pisadas volando hacia todos los continentes
Contemplaba los espejos irónicos de las aguas
Cuando tu sombra se separó de mi cuerpo azul
Y se alejó persiguiendo las constelaciones celestes.

Caminando con Lennon bajo la lluvia

A John Lennon.

Escucho a Lennon bajo la lluvia
Llego al trabajo y se diluye
Se transforma en gota refundida
Por voces de ajenas tonalidades
Y cae por los pasillos
Imaginándose:
La
tarde
es
un
disparo
de
agua.

Ventisca

Se aleja el viento de verano
Estático como un cuadro de Hopper
Cabalga en mi cabeza sin montura
Aullando saxofones de Coltrane
Me marea su estrella, me reprocha
Tiempos que volaron tras su huella
Pequeña voz en la cumbre del cielo
Lluvia invisible entre los dedos
Sentir el ansia de indómitas caricias
Se aleja el viento de verano.

Blue fingers

A John Coltrane.

Un tren repleto de sonidos
Aterriza en la calle
Y se acuna
Entre los dedos azules
Los negros oídos
Son ciegos reflejos
Que despiertan
Al escuchar el saxo azul
La multitud se repliega
Rezando plegarias de blues
En notas incandescentes
Que se desprenden al sol
Entre
Sus
Labios.

Betty Fernández Herrera

Instagram: @bettyfernandezherrera

Twitter: @judyabbott322

Facebook.com/bettyviviana.fernandezherrera

Lebu, Chile



La casa de las realidades

Me voy, para beberme el alma y alimentar a los gusanos.
Para ahorrar trabajo a la muerte
y envenenar la tierra con mi mala hierba.
Me voy al país de las mariposas nocturnas
que humedecerán sus alas en mi boca,
al país donde las arañas y gusanos de mi cripta
dejarán la escoba con la batahola que armarán
cuando mis huesos desastillen la tiza
y graben mi epitafio.

Velo acuchillado

Velo acuchillado.
Ostia gangrenada.
Viajan los niños, aventurando un padre nuestro.
Flirtean los confesionarios,
abren la sotana,
la guillotina cae en la inocencia.
Dos Ave María y las preguntas
desesperan al infante.
Sus dientes, adormecen la lengua.
Ojos abombados.
La procesión,
ata las cuencas de un rosario.
Los oídos atragantan el silencio.

Caen las golondrinas

Cuanta certeza, espera abreviada en el miedo.
Caen golondrinas,
los mares construyen sus alas,
el vientre del mundo desmenuza espejos falsos,
articula hiel, en el ojo irrespirable,
balbucea el origen.
Los árboles rastrean su pena,
empañan raíces en los ojos ahorcados.
Los parpados se secan en el sueño,
corre hiel por las vertientes del mundo.
El trago mudo infartando, cíclicamente,
una historia sin fin.

La casona vacía

Me siento extraviada, sin rumbo, con una pena de extrañamiento inmensa. No recuerdo ni mi nombre. Estoy afuera de una casa color verde oscuro, con sus zócalos blancos y grandes ventanales. Bastante alto para mi estatura mediana. Cada ventana comprende seis recuadros pequeños. Pongo mis pies en cuclillas para mirar. La casa está totalmente deshabitada, sin muebles y sus paredes son de un color verde claro. El sol rompe su soledad, con miles de líneas concentrándose diagonalmente, en puntos estratégicos de la casa. Reposo mis pies en la tierra y veo que la puerta de entrada está levemente abierta. La puerta es de color café, la empujo e inmediatamente

te van apareciendo un sillón, una pequeña mesa con unos periódicos encima, una alfombra ploma y unas pinturas, imitaciones de Van Gogh, en la pared. Es la sala de estar. Tiene grandes cortinas amarillas y visillos blancos con encaje. A un costado del ventanal veo un mueble rectangular, de madera barnizada, con una gran cantidad de cajones. Se posan sobre él muchos marcos color plata y trenzados, cada uno con fotografías, al parecer, de una familia. Hay muchas fotos de niños jugando con animales, un matrimonio y dos mujeres, cada una lleva escritos, en letra cursiva, sobre el pie de color blanco, el nombre y edad de casi todos. Los quedé mirando, de un lado, luego volví mi

cabeza al centro y los miré del otro lado, hasta decidirme a observarlas bien y leerlas. Las niñas aparecen con una perrita llamada Damita, de tres años, su nariz totalmente fuera de lo normal, color rosa. Su pelaje blanco, de cabello rizado y medianamente corto, sus largas orejas caen espesas y frondosas sobre su cuello, junto a ella está Nadia de once años, se ve alegre, lleva un vestido café claro, con franjas negras y zapatos de medio taco. Su hermana Irina, tiene siete años, viste una falda plisada café y una blusa blanca con blondas azules en su pecho y zapatos de charol. Lleva un medio moño. Al lado, en el otro marco, hay una gata jaspeada de café claro y líneas negras pronunciadas por todo su cuerpo, nunca me agradaron los gatos, su nombre es Mantita. Borja, de 12 años, la tiene en sus brazos. Viste un pantalón con suspensores y camisa blanca, sus zapatos son negros y brillantes. Lleva puesta una gorra de paño escocesa. Bruno, de nueve años, le acompaña. Usa suéter plomo y pantalones negros. Un poco más allá, diagonalmente, hay dos fotografías. Una reza en su pie: Begoña Estuardo. Usa un moño con trenzas, lleva una falda negra y una blusa color beige, zapatos bajos, su tez morena muy pálida, ojos café claros y encendidos. El otro marco dice Nana Rosalía. Lleva una bata floreada, con un chaleco marrón y zapatos de descanso. Su pelo es ru-

bio y envuelto en un tomate. En medio de todo, justo al centro, las letras cursivas dicen: Matrimonio de Humberto Estuardo e Isabel Orellana. El hombre viste un traje de color azul de Prusia, una corbata colorada y un sombrero Fedora color negro. La dama, tiene puesto un vestido largo, acinturado, con medianas blondas negras, de su cuello cuelga un camafeo. Su cabello es negro y su piel blanca. Se nota que es de baja estatura.

Recorro la casa, tiene largos pasillos y a cada lado muchas puertas de diversos colores. Me llama la atención una de dos colores, amarillo arriba y naranja abajo. La abro. Hay dos camas. Muchos cojines. Es la habitación de los niños. Al costado de cada cama, hay una silla con su escritorio. A los pies, unos grandes baúles, los reviso, tienen juguetes. Un ropero está en frente. De pronto, dos perros aparecen saltando sobre las camas, ladrándose enfadados el uno al otro, peleando y deteniéndose solo para jalar, ambos, de un juguete de género. Asustada, pensé en correr, pero quedé petrificada cuando uno de ellos me habló. Era Borja, transformado en un can, al igual que su hermano. Conversaron conmigo un rato. Los observé y escuché, entonces comprendí que el color de sus puertas tiene que ver con sus personalidades. Decidí ponerles un nombre adecuado a sus cuerpos. A Borja le puse Chunchu

Es un perro gracioso, rápido, enérgico, protector, cariñoso, leal, valiente y posee una gran inteligencia. Aprende con mucha facilidad a hacerse el muerto, a dar la mano, es muy obediente, se queda quieto cuando decido peinarlo. Sus ojos son color café, posee una nariz negra que hace juego con los colores café y blanco que rodean su hocico y su largo y hermoso pelaje. Es mezcla de Collie y Pastor Alemán. Abrazarlo es una fiesta de ternura. A Bruno le llamé Kibut. Es un siberiano muy inquieto, tímido, le encanta que acaricie sus orejas, se pasea de lado a lado, con su espeso pelaje color gris y negro, con el objetivo de llamar mi atención. Tiene los ojos azules con surcos de color negro en las cuencas, por ello, le apodé mi perrito egipcio. Ellos me miraron y preguntaron mi nombre. Les conté que no lo recordaba y decidieron llamarme Marina. Entonces, vi un gran espejo frente a mí. Mi reflejo debe tener unos 28 años, mi cabellera es blanca y cae suave y rizada sobre mis hombros. Mi piel es clara, pero mis pómulos siempre están de color rosa. Soy de mediana estatura. Llevo puesto pantalones de tela café y un Beatle color crema, tejido a mano en punto invierno. Inteligente, fácil de querer, cariñosa y entretenida.

Salimos de la habitación, me llevaron a otra puerta, de color café, que da al jardín interior, que se encuen-

tra justo al centro de la casona. Es precioso, con caminitos diagonales, rosas color salmón, rojas, blancas; hortensias, chilcos, claveles, gladiolos, poleo, menta, toronjil. Chuncho y Kibut se revuelcan en la tierra jugando, olfateando todo y persiguiendo a la Mantita. Fui hasta un lavatorio de piedra y tomé un tiesto para darle agua a cada uno de los perritos. Luego entramos, ellos arrebatadamente me golpearon las piernas y comenzaron a rasguñar una puerta de color blanco arriba y lila abajo. Abrí la puerta, era exactamente igual a la habitación de los niños, a diferencia de la otra, había dos perritas jugando y saltando por las camas, revolcándose en el piso felices y persiguiéndose por toda la habitación. En cuanto me vieron saltaron sobre mí como si me conocieran, contentas, casi botándose, desbordando alegría. Era sin duda alguna la habitación de las niñas. Conversaron conmigo un rato. Las observé y escuché, entonces comprendí que el color de sus puertas tiene que ver con sus personalidades. Decidí ponerles un nombre adecuado a sus cuerpos. A Nadia le puse Pichicha. Ella es de raza quiltro, sonrío con su lengüita afuera, mira, me acerco a acariciarla y corre por toda la habitación. Es traviesa, también hermosa, sus orejas son pequeñas, sus ojos café brillantes, su cola frondosa baila cuando camina y su pelaje es muy abundante, moteado en el lomo, de

mucho negro y escaso café claro que se expande a su rostro, patas y cola. A Irina la llamé Kika. Es sumamente rápida, mitad galgo, mitad quiltro, es extremadamente cariñosa, muy leal y demasiado juguetona. Su pelaje corto, color bayo, cuerpo largo y estilizado, orejas a medio caer y una gran lengua colgando por tanta travesura y correrías por la habitación. Los cinco salimos al pasillo y la tropa se dispersó a saltos y trompadas. Los escuché emitir a coro unos lastimeros aullidos, mientras rasguñaban una puerta de color verde. Cuando la abrí, arrastraron sus narices al piso, desesperados buscando quizá qué cosa. Es el living. Sus paredes están cubiertas de fotografías y retratos. Se nota que es una familia muy antigua, muchas generaciones colgando de las paredes. Una alfombra de color rojo cubre el piso. Hay dos lámparas de pie en los rincones de la habitación, un viejo y polvoriento candelabro colgando del techo, tres sillones de color beige y justo al frente un sillón grande y amarillo, cubierto con grandes cojines de color blanco. Todos los perros alborotados alrededor y encima de ese sillón, rasguñando hasta levantar los cojines. Prácticamente enterrada en medio de los cojines, una pequeña perrita blanca. La lengüetearon y rosaban sus cuerpos al de ella, quien, a medio despertar, dio un salto y se puso a corretear y jugar con ellos. Es su madre, doña Isabel

Orellana. Conversó conmigo un rato. La observé y escuché, entonces comprendí que el color de su puerta tiene que ver con su personalidad. Decidí llamarla Raminina. De porte y orejas pequeñas, de cola y pelo corto y apretado. Es protectora, muy limpia y delicada, su relación con los niños es excelente, tiene un temperamento vivaz, eso sí, no entrega su confianza tan rápidamente y por momentos se muestra distante, pero ladra enérgicamente cuando algún movimiento o ruido merece su desconfianza. Posee una memoria extraordinaria. Es muy leal, cariñosa y juguetona. Estoy segura de que es de raza quiltro, pero tiene algo de Terrier Chileno.

Raminina salió con toda calma del living, con sus hijos siguiéndola. Me llevó hasta una puerta de color azul. Es el comedor. Hay una mesa larga de color café y en su centro un florero con hortensias y rosas. Tiene cuatro sillas laterales a cada lado y una en cada centro. Al parecer toda la casa tiene grandes cortinas amarillas y visillos blancos con encaje. Las paredes son de madera color caoba. Todos entramos, y volteamos la cabeza de lado a lado y al centro observando a una perra de mediano tamaño, arriba de la mesa lengüeteando unos trastos sucios. Raminina le pegó un solo ladrido y la culpable huyó y se escondió bajo la mesa. Todos fuimos a sacarla de allí.

Era la tía Begoña. Yo la abrasé, otros le daban de trompadas cariñosas y lengüetazos. Conversó conmigo un rato. La observé y escuché, entonces comprendí que el color de su puerta tiene que ver con su personalidad. Decidí llamarle Chica. Se ve un tanto triste, busca mi cariño constantemente, me da trompazos pidiendo que le amase el cuello y las orejas. Me mira con sus ojos color miel, sus patas son grandes, se para y rodea mis hombros con ellas. Su pelaje es corto moteado en el lomo, de mucho negro y escaso café claro que se expande a su rostro, patas y cola. Es una hermosa quiltra. También me di cuenta de que Pichicha se parece mucho a ella.

Todos tienen hambre, me ayudaron a encontrar la cocina. Abrí la roja puerta, en su interior hay una cocina a leña, de color blanco y bordes negros. A su lado un gran canasto repleto de leña. Las paredes son más oscuras, diría que casi negras. Tiene una pequeña mesa con cuatro sillas y en su centro un tiesto lleno de frutas. De sus paredes cuelgan pequeños cuadros con dibujos campestres. Entramos, un gruñido nos asustó a todos. Una perra, en medio de la leña gruñendo a unos bichos. Es la nana Rosalía. Todos se quedaron quietos, en orden y esperaron que ella bajara del montículo. Los olfateó bien olfateados rodeándolos uno por uno. Y entonces dio un salto dando de trom-

pazos, empujando y lamiéndolos a todos. Me pegó con su hocico en la pierna, mordió mis pantalones y me llevó a la cocina a leña. No sabía lo que quería. Comencé a tantear las cosas de encima. Cuando tomé la tapa de una olla soltó mis pantalones. Quería que diera de comer a todos. Conversó conmigo un rato. La observé y escuché, entonces comprendí que el color de su puerta tiene que ver con su personalidad. Decidí llamarle Tota. Es una quiltra seria, es quien pone orden y lanza el ladrido cuando considera que algo no es correcto. Siempre cuida de todos. Su nariz y hocico son negros, a diferencia del resto de su cuerpo que es rubio leonado. Posee patas enormes, un frondoso pelaje, una pomposa cola y una melena.

Terminaron de comer, se echaron en los rincones de la cocina, durmieron un rato, yo también dormí. Cuando desperté me di cuenta de que todos dormían aún. Salí despacio y me fui a recorrer el resto de la casa. Busqué primero todas las puertas cafés y entré de una en una a las habitaciones. La primera guarda los implementos de aseo, es el sector de lavado y el tendedero de la casa. Se encuentra conectada con la cocina y el patio. Hay una batea roja y un gran espacio con cordeles para tender ropa. La habitación de la nana Rosalía tiene una cama, un velador, una cómoda y como bajada de cama un gran cuero de

oveja. La pieza de la Tía Begoña tiene una cama en su centro. A los pies de la cama una vieja banqueta tapizada de rojo. Hay un gran espejo ovalado pegado a la pared y unas fotografías en sepia de sus padres. Un velador con tallados en la puerta frontal y sobre él una lámpara con su pantalla cubierta por una tela floreada. La habitación matrimonial tiene en el centro de la habitación una gran cama cubierta por una antigua colcha bordada a mano, con hermosas flores de distintos colores. Justo al frente de la cama se ubica un gran ropero y en la esquina un pequeño mueble con un espejo al centro y con muchas cremas, perfumes, cajas talladas y joyas. En la otra esquina, justo en el sector de la entrada, hay una vieja cómoda con patas torneadas donde, al parecer, el padre deja todos sus objetos personales. Salí de ese lugar, sentí miedo al ver una puerta de color negro. Chirrió como los demonios al abrirla. Es oscura, con una lamparilla en un rincón del escritorio. Los libros cubren cada pared. Toneladas de papeles desperdigados en el escritorio y suelo, parece que un huracán desató su furia. Tiene en la entrada, una alfombra negra con una flor de lis dorada en su centro. Sentí crujidos y golpes. Dando pasos leves, avancé hasta el escritorio. Un perro muerde y despedaza papeles. Se detuvo en cuanto me vio y comenzó a aullar dando alaridos lastimeros que casi

rompían mis tímpanos. Es don Humberto, el padre de los niños, el esposo de doña Isabel y el hermano de la tía Begoña. Me miró, se acercó a mí. Me senté, él puso sus patas sobre mis piernas y conversó conmigo un rato. Le observé y escuché, entonces comprendí que el color de su puerta tiene que ver con su estado de ánimo. Decidí llamarle Chunki. Tiene los ojos café claro, una mirada triste, sus ojos lagrimean constantemente. Su color es leonado que varía de intensidad llegando al blanco en su pecho, vientre y patas. La piel le cuelga alrededor de la cabeza y el cuello, formando pliegues profundos. Tiene un pelaje bastante denso y desde su mandíbula cuelgan y descuelgan kilos y kilos de baba. Al parecer es mitad labrador y sabueso. Es dócil, cariñoso y le encanta agradar, pero tiene el corazón ennegrecido por una tristeza que lo embarga y sucumbe. Decidió contarme todo, para que yo comprendiera lo que realmente sucedía en esa casa. Esa mañana, Don Humberto vestía un traje color azul de Prusia, una corbata colorada y un sombrero Fedora color negro. Era hombre de familia, bondadoso, cariñoso, un excelente padre y esposo. De inteligencia voraz, extrovertido y un temperamento estable. Estaba a cargo de una empresa de ventas. Un mal negocio enajenó su día, salió desfavorido de la oficina, escupiendo palabras de ira y maldiciendo a destajo, todos sus

empleados le miraban asombrados. Él no miró a nadie, sus pies a tropezones caminaron sin rumbo por las calles, cruzó la plaza del pueblo y una gitana le dijo: “le leo la mano”, él la miró con los ojos enrojecidos y abombados, la mujer tenía la piel apiñonada y los ojos color miel, cabellos claros cubiertos con una pañoleta, su falda era larga y colorida, de su brazo colgaba una pequeña cartera de donde la gitana sacó algo que don Humberto, al despertar de su estado catatónico y petrificado, no vio, pues huyó con la cólera atrapada. En su huida tropezó con un pequeño perro negro de orejas largas, fue cuando su voz despertó, gritó y expulsó su rabia con el pobre animal, pateándolo y tirándolo lejos. Al instante que unos lamentosos aullidos se oían, la gitana le grita: “¡Paisano qué has hecho! ¡Nombre sea de Dios que venga la mala suerte para ti!”. Don Humberto, encolerizado, ignorando a la mujer, sintió que algo se adhirió a la solapa de su vestón, trató de sacarla, eran unas hojas siempre-verdes, alzó sus ojos hacia el cielo y vio al árbol de Pelú, con sus flores amarillas en racimo. Descontento, al ver que sus intentos eran frustrados, se dio la vuelta para ver a la gitana, pero esta ya no estaba. Se dirigió a su casa, encontró a su mujer en el living, malhumorado le exigió que limpiara la solapa. Su mujer, ensimismada, jamás había visto a su marido así, algo

terrible debió pasar, pensó. Entonces, frotó una tras otra vez sin éxito la espiga de nueve hojas, y sin mediar explicación cada hoja escupió una semilla como perdigón directo a cada miembro de la familia. Casi todos se transformaron en perros.

Fui donde la gitana, ella me dijo que debía haber perdón y humildad primero y que luego debían buscar la puerta indicada y encontrar tras ella, en el “Portal de Grace”, al árbol de ocho raíces para que la savia le entregara a cada quién su raíz eterna. Regresé, los reuní y todos perdonaron al arrepentido Chunki. Encontramos una puerta tallada con ocho frondosos árboles, unidos por sus copas. Es el camino correcto al Portal de Grace. Chunki, Raminina, Chunchu, Kibut, Pichicha, Kika, Chica, Tota y yo observamos el verde horizonte, es un prado con pasto alto y húmedo. El rocío baila entre las hilachas del campo. Los senderos no existen, nos abrimos paso entre los árboles de arrayán palo colorado, arrayán macho, voqui negro, coigües, quintrales de maqui, ulmos, avellanos cubiertos de barbas de viejo y un Chincol silbando, las abejas zumban en las copas de los árboles y el Chirihue trina. Las narices olfatearon un coleóptero y alcancé a advertirles que no tocaran la ortiga. Evadimos la zarza, el chupón, el michay y todos corrieron a espantar al chivo que comía espinos.

En el último trecho, los perros espantaron a un chucao, que se escondió en las quilas, y no tuvo más remedio que posarse en una rama y cantar explosivamente crr-CHU`chu`Chu`chu`chu. Corriendo entre los juncos, a paso firme, masticando esperanza, Chunki olfateó un olor antiguo. Levanté mi cabeza, justo al frente estaba el Portal de Grace. Los abracé. Los ocho perros se reunieron y entraron por una de las dos aberturas del portal. Se abrieron paso entre lianas cogüileras entramadas en los arrayanes colorado y macho, quintrales de maqui, todos anudados, formando una caverna, que oculta las ocho raíces, que llevan cada uno de sus nombres.

Las comieron. Solo querían ocupar sus brazos para abrazarse apretadamente y con amor entre todos. Pero Borja gritó: ¡Mamá, aquí hay otra raíz y lleva inscrito el nombre de Marina con letras blancas! La familia salió del portal. Todos me miraron. No comprendo, la gitana jamás mencionó una novena raíz. Ingresé por una de las aberturas, extraje desde el centro del noveno árbol su raíz y me la comí. De pronto, desde la otra abertura, salí corriendo a una velocidad tremenda, con mis orejas y lengua meciéndose al viento. ¡Yo era la poodle blanca, de nariz rosa! Me paré en dos patas como suricata y di saltitos de alegría al reconocer a mis amos.

La duda

Voces acopladas una a otra. Miles de bocas tragando en el patio de comidas del Trébol. Menos una. Con su andar pausado, su espalda semi-en-corbada tomó con suavidad la silla y se sentó en la mesa de al lado. Calvo a medias, rostro enjuto y sepulcral, llevaba en sus manos una bolsa de

papel que puso justo al medio de la mesa. Esperó. Esperaba. Seguía a solas. Esperaba. Tal vez era pan y esperaba a su hija. Nadie llegaba. Bajaba los ojos y miraba con el rabillo. ¿Sería mercancía? ¿Dinero por un secuestro? Me fui, con la duda atragantada.

No recuerdo sus nombres

La ventanilla, ataba mis ojos con dirección a Talcahuano. La línea férrea estornudaba quietud, en un día nublado. La micro, traqueteaba. Era una mañana húmeda y nublada. Recordaba a esos niños, justo en esa vía férrea, camino a la escuela, de seguro conversaban, eran amigos. El vien-

to y la lluvia desataban su furia. No recuerdo sus nombres, era un niño y una niña. Caminaban batiendo lucha con un solo paraguas, a la tempestad, al destino. Enceguecidos, cruzando la línea férrea, un tren los embistió. Hoy, la mañana es húmeda y nublada. Las flores y coronas demarcan la muerte.

Una grieta en el aire

El estallido rompió el amanecer. Estudiaba. Miles de guías desperdigadas en mi cabeza. La noche de Lebu se me hizo día. Cansada y con sueño me pegué un pestañón. Oí sirenas, los vehículos a velocidad máxima, salí al jardín. Ambulancias,

bomberos, vehículos y el cielo abría una grieta nebulosa en el aire. La noticia estremecía. 7:15 a.m. una explosión de gas grisú en la mina La Fortuna. El carbón lloraba cuatro almas. El amanecer se hizo noche en mujeres y niños atragantados por la pérdida.

Un tronco vacío

“Iré de caza hoy. ¡No se le va a ocurrir morir, mientras yo no estoy!”, dije y salí de su habitación.

Recuerdo, que se lo pasaba sentado en su tronco y me contaba historias de la familia. Yo le prendía los cigarros, unos Derby tremendos que fumaba, mientras evocaba, tiempos antiguos.

Mi abuelo Manuel Meliñir Paillán, salió de Antiquina, cerca de Tirúa, en 1922, a los once años de edad, junto a sus dos hermanos. Sólo sus pies, dispuestos a aventurarse a la extensa caminata y su hombro cargando un saco, con sus escasas pertenencias. Dormían en el camino, donde los aga-

rraba la noche. Comían harina tostada, con agua de chorrillo, o cualquier cosa que sustentara sus estómagos provisoriamente. El destino, la ciudad de Arauco, les dijeron que tenían un pariente allí, pero lo que los impulsaba a seguir camino, no estaba en ese lugar, tenían la esperanza de llegar a las minas, pues habían oído que se ganaba plata en ellas.

Pasaron por Lebu, observando con atención la plaza de Armas y sus pequeños árboles. Luego caminaron sobre un puente de madera que cruzaba el río. Fueron recorriendo los lugares, buscando mar, pues sabían que allí encontrarían comida. Llegaron a Locobe.

Tuvieron que aprender a mariscar, para comer, para sobrevivir. Comían chapas, caracoles, ¡comían!, de hambre no se iban a morir.

Consiguió pega en la hacienda y conoció a mi abuela, Rosario Catrileo Antilef. Él trabajaba en el campo, le pagaban una chaucha por día, para que hiciera siembra. Era muy bueno el patrón, decía él. Mi abuela, lavaba la ropa de los patrones y hacía aseo. Su mamá trabajaba de partera, hartos adinerados de Arauco disponían de sus servicios con frecuencia. Su nombre era Petronila Antilef. Tuvo tres hijos, Irma, Rubén y Rosario. Su marido, Ernesto Catrileo, murió cuando los niños eran pequeños.

Los hermanos de Manuel, estuvieron un tiempo en Locobe. Un día, pasó un cura, antes de bautizarlos, les preguntó sus nombres, como no les gustaba su apellido, recordaron que tenían un pariente de apellido Bustos, y cambiaron su apellido. Ahora eran Bustos Paillán. Luego emprendieron camino a las Minas. Mi abuelo decidió no acompañar a sus hermanos, se quedó en Locobe, trabajando en el campo, estaba enamorado de mi abuela. Otro día, pasó un cura, Ramón Puntí Puyol y los casó. Y nacieron los hijos, puros hombres, el patrón estaba contento.

Manuel supo, en el año 1948, de

unos franceses que llegaron a Morgüilla, los Lascorret. Le comentaron que estaban dando puebla y aceptaban con hijos. En ese tiempo, tenía nueve hijos: Eduardo, Norberto, Ramón, Antonio, Nicasio, Onofre, Custodio, Leonor y Juvenal. Y decidió partir, con toda la familia Bustos Catrileo, su suegra y sus dos cuñados, con camas y petacas, en seis carretas con ruedas de palo, que los Lascorret enviaron para su traslado. Cuando pasaron por Lebu, quiso mostrarles a sus hijos la plaza, rememorando sus once años. Tenía más árboles y pequeñas palmeras. Luego, subieron por calle Rioseco. Al llegar a la Cuesta del Camarón, una de las carretas se enterró en el barro. Entonces, con sus hijos, a dos yuntas de bueyes, desenterraron la carreta, y prosiguieron camino.

Llegaron a Morgüilla. Ellos pensaban que iban a llegar a la hacienda, pero no, los mandaron lejos, casi cerca de la playa, allá tuvieron que ir a vivir, a la pobreza más grande. Mi abuelo Manuel, se vio en la necesidad de construir una casa de paja, porque no había nada. Tenían que limpiar, sembrar, cuidar los animales, trabajar, para no morir de hambre. Mi abuela, tenía que venir de allá, a trabajar a la hacienda. Cinco hijos más nacieron en Morgüilla: Rosalía, Carmen, Dominga, Matilde y Martín.

El patrón se llamaba Lauren Lascorret Labiaguere, pero lo llamaban don Lorenzo. Junto a su esposa, Florinda Muñoz Grandón, tenían cuatro hijos: María Isabel, Irma Graciela, María Raquel y Juan Bautista.

Los Lascorret tenían maquinas, llegaron con toda la tecnología. Su mayor producción, era el trigo.

Los cabros empezaron a crecer, salieron buenos para la pega y ayudaban a mi abuelo. Hacían buena siembra y empezaron a salir adelante. Trabajaban de sol a sol.

Su hijo Norberto, uno de los mayores, salió más pillo, inteligente, bueno para los números. Él no era bueno para trabajar en el campo. Él veía, que en la hacienda, comían en platos y les servían a los patrones. Ellos no comían en plato. Y un día llegó con platos a la casa. Don Norberto fue esforzado. Recuerdo que, cuando me contaba de su vida, decía: “porqué tenía que pasar por todas esas pellejerías cuando era chico.” Y a los quince años, decidió que él no se iba a quedar así. “Yo voy a sacar a toda esta familia adelante”. Y así lo hizo. Mi abuelo, no estaba muy contento, él prefería que todos se quedaran en el campo, picoteándole el potó a los bueyes.

Con los años, don Juan Bautista

Lascorret emigró, y sus hermanas pasaron a ser las patronas de la hacienda. Ellas, se dieron cuenta de las habilidades de Norberto, y le enseñaron a escribir. Le entregaron su confianza y él les ayudaba con las cuentas. Llegó a ser, el brazo derecho de las Lascorret, el campero. Lo mandaban fuera de Morgüilla, Rosamel, su cuñado, lo acompañaba de chofer. Entonces, le construyó una casa a mi abuela, en la planicie, más cerca de las patronas.

Don Norberto, instó a sus hermanos, para que se fueran del campo. Los ayudó. El hermano de mi abuela Rosario, Rubén, nunca se llevó bien con Manuel, y no le gustaba trabajar en el campo. Él, se fue de Morgüilla a Lebu, a trabajar en la mina. Los sobrinos vieron que el tío llegaba a la casa, a ver a su hermana, con regalitos, cositas para la casa. Eduardo, Ramón y Nicasio, decidieron ir a probar suerte a las minas de Lebu. Y de verdad se ganaba plata. Juvenal, fue ingeniero; Dominga y Matilde, profesoras; Antonio y Norberto, se quedaron en el campo; el resto, se casaron y se fueron a buscar un mejor porvenir. Y los nietos, fuimos apareciendo

Con ese panorama, todas las cosas empezaron a salir bien y don Norberto se compró una casa en Lebu, en el sector de Los Filtros. Esa fue la casa de todos, todos llegaban allí. Lo malo,

Carlos salió bueno para el copete y se descarrió con el trago, perdió la pega y regresó al campo. Un día, en una de sus escapadas a Santa Rosa, para ir a tomarse sus traguitos, un bus lo atropelló. Ese fue el primer velorio que hubo en la casa. Mi abuela Rosario y mi abuelo Manuel, estaban deshechos. Yo, el hijo menor de Leonor, Joaquín Hernández Bustos, tenía cuatro años y lo recuerdo bien. Corría el año 1982. Ramón, también salió bueno para el trago, pero se mantuvo en la pega; a Nicasio, lo echaron de la mina por rosquero.

Mi abuelo Manuel, seguía trabajando en el campo. Mi abuela, hacía mantas de lana de oveja, quesito, harina tostada, cosechaba verduras, criaba pollos y se hacía su platita. Don Norberto iba a Curanilahue de a caballo, con dos canastos, repletos de productos para vender en la feria. A su regreso, volvía con suministros para la casa, arroz, fideos, harina. Se abastecían con eso. Don Norberto

era buen negociante.

Mi abuela falleció el año 2007. Tenía noventa y cuatro años. Mi abuelo falleció el 2011. Tenía cien años. Yo, tenía 33. Ese día, regresé de cazar, lo fui a saludar a su pieza y me fui a la cocina. Me senté a comer, y ni alcancé, cuando alguien dijo que el papá, mi abuelo, había muerto. Yo me sorprendí, yo le había dicho que no se le ocurriera morir si yo no estaba, pero lo dije por decir, y resultó cierto, me esperó el viejito, esperó a que yo volviera para morir.

Ese tronco, hoy está vacío. Me siento en él, enciendo mi cigarrillo y recuerdo estas historias que mi abuelo Manuel Bustos Paillán me contaba, sentado en este tronco, mientras yo, cabro chico, le prendía los cigarrillos, unos Derby tremendos que se fumaba, mientras evocaba, tiempos antiguos. La historia de esfuerzo y perseverancia, de la familia Bustos Catrileo.

Montaje en réquiem

Transito con total serenidad por las calles lebulenses. La lluvia se hace tediosa. Porto mi antiguo traje negro, mi sombrero de ala y un paraguas cobijándome. Observo como las aguas se escurren por la acera. Me detengo, poseído por una extraña sensación. Estoy parado frente a la biblioteca municipal. Es tarde, se ha oscurecido, pero un foco ilumina su fisonomía: sus tres ventanas superiores y las dos junto a la puerta que acompañan la parte inferior, su caminito central y aquellos tres peldaños que se remontan en el tiempo, visualizando una escalinata que yacía bajo el yugo dominante de una construcción, un teatro que retorna lentamente a su apogeo, en los albores de mi memoria.

Un frontis comienza a despertarse, se ilumina de un color verde claro, adorna su fachada con una puerta central y dos laterales, tres ventanas se levantan en la altura y su calidez proviene de la madre natura: madera. Llamen la atención unos afiches, cubiertos de fotografías, anunciando, con una hermosa letra manuscrita, el nombre de las películas. Se escucha a alguien pregonar: ¡castañas, piñones! Es una viejecita que se ubica a un costado del teatro. Los muchachos, la gente que va a galería y balcón, se apuestan afuera de la ventanilla exterior, en tanto, los de platea, lo hacen en la boletería, dispuesta en el interior. Los primeros se posesionan de la puerta izquierda,

toman las escaleras que dominan cada costado del foyer o sala, llegan donde el recibidor de entradas, para separar así galería de balcón. Los segundos, traspasan una hermosa mampara de vidrios biselados, para llegar al foyer y luego a platea, algunos al patio de butacas. Muchos quedan prendados en la entrada, por culpa de la confitería: con sus dulces, pastillas, los sabrosos helados artesanales y sándwiches helados.

El interior del Teatro viste sus paredes con un matiz celeste y seis corridas de apliques a cada costado, mientras que el techo se inunda de blanco, predominando en su centro una gran y hermosa lámpara. Adelante, domina el escenario y sin duda alguna el proscenio, con sus gruesas cortinas burdeos.

Los proyectores se encuentran en la parte alta, mínimamente sobre los balcones y sus objetivos se apuestan sobre dos ventanillas, por donde pasa la luz que se proyecta al telón. Además, dispone de espacio suficiente para que se mueva el operador. En realidad, no faltan los que se paran y graban su silueta en la pantalla.

Llega el oscurecimiento y con él comienzan a volar cáscaras de piñones, maní y cuanta cosa se les ocurre lanzar. Pero, sobre todo, viene lo mejor: la película. Las había de *cowboys*,

mexicanas; de María Félix, Antonio Aguilar, Pedro Infante, Jorge Negrete, Miguel Aceves Mejía, Cantinflas, y las seriales favoritas de los niños. Cuando se corta la serial en la mejor parte y se anuncia: “continúa el próximo domingo”, se encienden los ánimos y se oyen gritos generalizados exclamando: “¡ya pu’cojo!”.

Solo se puede asistir al Teatro los miércoles, sábados y domingos. Los dos primeros días en horario de selecta, 18:30 horas y noche, 21:30 horas, en cambio el dominical se divide en matiné, vermut y noche.

Todos los años se celebra la “Fiesta de la Primavera” y en ocasiones se presentan compañías de teatro con sus montajes, además de espectáculos con artistas destacados, como Guadalupe del Carmen y cantantes de la *Nueva Ola*.

Sorpresivamente, mi vista se ha nublado. Todo se ha empañado y gira alrededor de una luz que ilumina la biblioteca. Ha dejado de llover, entonces cierro mi paraguas y continúo caminando, lentamente por las calles de Lebu.

Año 2002.

Christian González Díaz

Facebook.com/christian.gonzalezdiaz.18
Renca, Chile



Mañana de mayo

Ya es hora de partir, dijo hace tiempo el sol.
El rojizo cubrió las calles desde la mañana hasta la tarde,
el viento corrió los colores bajo los zapatos.
de noche caminaron entre crujidos;
La cordillera busca aprovechando la lluvia
Después los días en el sur
regaron las viñas de donde nació el vino que está sobre la mesa.

El hogar solo lo construye la familia,
cuando nacemos nada sabemos de lo que nos espera,
viajarás muy lejos y te quedarás cerca,
aunque las letras describan la galaxia,
sólo en el sueño llegarás a ese lugar lejano.
Ahora ha nacido mi hijo,
después de dar vuelta el día
después de la espera sobre la noche.

Viaje

Disparo en medio del bosque,
mi flecha es viento sobre las hojas.

Mi presa ha viajado al fin,
al otro lado de la vida.

Fuimos tres

Éramos tres en una tarde
Un invitado y dos asistentes;
el invitado se ha perdido
con él la poesía de la luz.

Ya de noche y después de la caravana
que sorteo
las calles de Santiago de Chile
sus transeúntes
hicimos una ronda y las palabras discutieron.

Me preguntaron a mí
cuál sería mi aporte
Recordé el billete grande
pero no lo suficientemente grande,
respondí que aportaría silencio.

Te busco

Te busco a tientas sobre la espesura,
ato mis dedos
para que nunca escapen
para que hagan tu gesto.
Olvidé como dije que me llamaras
Hable a mi nombre
Para que escucharas aún estando lejos
las palabras que escribí para ti.
A cambio de tenerte
Me hundo en la tierra;
para brotar como semilla
ser tu flor.

Secreto

Los mensajes ya no valen en palabras
Son solo imágenes
Una forma más para creer lo que no es
Para nombrar el agua que desaparece
Los bosques depósitos de raleo
La comida en su mínima expresión para tantos
comensales

Saludo entonces a los ríos en secreto,
siembro el camino con árboles caídos.

Para que nadie llegue
Para no volver.

La parte trasera de mi casa

Alberga en mi cabeza las mismas cosas
El gallinero y sus gallinas,
regalan huevos de esferas felices.

El limón y el limonero de donde Tellier nunca tomó limones
está sobre la banca frágil junto a la mesa y su mantel
allí los platos a los que se rinde afecto

Los conejos que nunca supe donde fueron,
Saltan y cavan sus cuevas
para que no encontrase conmigo,
Deserta del agua hirviendo íntimamente del fogón
encendido por mi abuelo.

Hay tantas cosas y en el frío invierno nada
Solo los brotes de lo que será la primavera.

Licor de guindas

No hace falta convertir el agua
Ella entierra sus garras sobre el madero,
que se desangra en una noche azul de luna roja

Es el bosque que elimina los árboles en la ensenada
Un tibio recuerdo de su forma, se pierde misterioso,
en las sombras que mueve el viento,
en el gorgoteo de las aguas,
en el silencio que reposa

Rojas las guindas caen sobre el agua que las hierve,
mientras el alcohol viola su ingenuidad y su naturaleza.

Mentira inventada

En la turbia agua que corre por las calles,
la primera lluvia de este otoño,
viajan las verdades, desnudas, irascibles y enredadas.

La música es el resto
que convoca la presencia a esta cena de tinieblas,
tiemblan las canillas crueles para el peso del cuerpo,
que se apaga con la pasión que devoró la sombra.

Recuerdo la verdad
se siente estar rodeada de cosas que no le pertene-
cen,
quiebra su voz y hace machetes filudos,
para penetrar la carne hasta extirpar el alma.

Keit Matus Ortiz

Facebook.com/keitsoobach.matusortiz
San Joaquín, Chile



* * *

A veces pienso cuando estábamos juntos
En esos momentos felices a medio vestir
Me he vuelto adicta a estar triste
Admito que fue menos peso en los hombros al terminar
No necesito tus llamadas soy solo alguien que tú conocías
Me he vuelto adicta a la tristeza
Solo soy alguien que tú conocías
Quiero llevarte a un lugar para que sepas que me importas
Me incomodan los zapatos
Hace frío abrígate la cuidad contigo
Las lágrimas las guardaré para la muerte de alguien
Si algo te hace daño
Tal vez llegaré tarde, pero ten la seguridad que voy a llegar
Suelo estar muy ocupada para hablar lo suficiente ten la seguridad que voy a llegar
Quiero llevarte a un lugar para que sepas que me importas
... Me incomodan los zapatos
Hace frío, tienes las manos heladas...
Ponlas en mi espalda
Abrígate la cuidad contigo
Si alguien te hace daño
Llegaré tarde, pero llegaré
Por qué te sorprende tanto
Me he roto muchas veces las manos peleando el amor.

* * *

Bailamos mejor cuando estamos solos y nadie nos mira
Tengo tanta ira que no me alcanza para descargar la seño
Imagino que los deseos pertenecen a los arrepentidos
bailamos mejor
cuando nadie nos mira
nos abrazamos con desparpajo
casi como una tormenta de hielo.

* * *

Tengo estruendos en la cabeza que dejan de lado la realidad
tú estás tan lejos que las gotas de polvo se cansan
de este viaje
bailamos mejor cuando nadie nos mira
parece que la impaciencia es que
alguna vez nos besamos
tengo tanta ira que no alcanza para fruncir el sueño
imagino que los deseos pertenecen a los arrepentidos.

Tengo estruendos en la cabeza que dejan de lado la realidad
tú estás tan lejos que las gotas de polvo se cansan
de este viaje
bailamos mejor cuando nadie nos mira
parece que la impaciencia es... alguna vez, besamos
tengo tanta ira que no alcanza para fruncir el ceño
imagino que los deseos pertenecen a los arrepentidos.

Juan Alfredo Fuentes Cordero

Facebook.com/juan.f.cordero.5
San Bernardo, Chile



Cavilación

Que ganas de doblar un riel con las manos,
robar una tormenta eléctrica y detener un rayo.

Soplar una tromba y volver atrás su giro,
mientras el viento pasa sin rumbo.

Ver las hojas caer llenas de sol con estallidos
en charcos como pisadas de acero.

Tronar como días de rayos y relámpagos, con
enojo profundo como ruido subterráneo

No pararía de correr por ese camino polvoriento,
convertido en humedal, cuando
la noche oscura aülle como lobo hambriento,
de zapatos viejos y suelas de piel.

El sol ya ha tocado el mar y la luna de mirada temosa
emite destellos afilados en peña amenazante.

No vería atrás.

Qué sabía si el viento abrazaría las copas de los árboles,
como las aves envuelven a las crías al nacer.

No dejaría pasar el momento y giraría
el remolino en reversa,
como adolescente en cambio de mundo.

Ven y observa los insectos circulando
en torno a las luciérnagas en la noche claroscuro.

Un frío envuelve el entorno arreciando a ese
árbol caído bajo cristales de estalactitas.

He pensado en ti

La tarde cae y con ella las sombras del ocaso,
dibujando espectros por doquier.

El frío de otoño me asalta por el umbral de mi paso,
escurriendo por las paredes lágrimas tristes y ventisqueras.

Escribo en mi ventana, un tú y yo,
evocando juegos pueriles y discordantes en la arena húmeda.

De ojos vidriosos y agua salina,
de abrazos y risas fundidas en la rompiente de las olas.

Veo caer las últimas hojas secas de los árboles,
fustigadas por el viento, como pañuelos
ondeados cayendo a ras.

Son las que me asistieron de mil soles.

Lejos está mi conquista de verano,
de cabellos soleados y perfumes rebuscados.

Risas inquietas, tacones de atardeceres sombríos,
rechinar de ruedas y trotes
de dedos entrelazados.

Hoy extraño mi lira en este esplendor,
con brotes de hojas nacientes, de sabia torrente y fuerte...
primavera.

Árbol triste

Árbol triste y de hojas mustias, amarillas y raíces viejas,
de cuarenta veces una estación,
de verano sediento y río seco,
de viento caluroso y silbando entre tus ramas,
de movimiento nostálgico,
de mejores sombras y frescura.
Recuerdos idos,
de tallos y hojas tiernas y verdosas,
de zarzamora y espinas,
de tutor rígido y vigilante,
de agua fresca y de esperanza.
Hoy de piel curtida, agrietada, de ramas flacuchas
y sedientas de agua pura y cristalina,
de otrora gran follaje,
testigo de conversaciones oscuras,
de comercio siniestro,
de bebidas fantasiosas y etílicas,
de empujones, tirones y muerte.
De voces altas y gritos discordantes.
Testigo de amores y amores furtivos,
partner de seres enajenados
y solitarios, abrazados a ti,
tal vez expulsados de sus cobijas
y confesando su infortunio.
Árbol triste de historias mudas,
yo te planté, no partas aún,
danos una oportunidad.

Eres mentira

Eres mentira, eres demasiado hermosa,
mi recuerdo azul en tiras de papel.
Te amaré en voces de seda y cantos de miel.

Besos de rosas y sueños de pie,
cabellos de oro y manos de sol,
aguas turquesas reflejan tu ver.

Serás perfume, serás recuerdo,
serás historia de andar bella.
Serás mi amor, en tiras de papel.

Naces del encanto, embrujada
por el anhelo de libertad, de tus ojos misteriosos,
Bellos como el viento y hojas del sol.

Tu rostro de arte nubla mi vista
y quisiera una tela de óleo y pincel...
en palco de
luces de Louvre, París.
Te amaré en voces de seda y cantos de miel.

Plumas

Dejaré sentir tu muerte,
con alas heridas y sed de sol quemante,
de dientes feroces y ladridos alarmantes.

Reposa tu partida en un rincón de
sombras rapaces, exhala tu último aliento,
amiga del viento, de plumaje triste
y mirada lánguida, de pasos cortos y zigzagueantes.

¡Cuántas historias sin contar se llevará tu plumero,
con huellas del secreto de tu última aventura mortal!

Ha quedado en silencio fraterno el piar de las aves,
el viento quieto y el tiempo en espera.

Con heridas de óbito me visitaste
y te envolví entre mis manos de lágrimas.

Hoy te has dormido en tu vuelo más alto.

Quimera de -encierro-

En mi encierro forzado te conocí,
compañera de instantes interminables,
aliada de mis sueños mágicos
y culpable de viajes ilusorios.

Cómplice de copas alegres
y mirada soñadora, fantasma
de mis noches en vela
y auroras de letargo.

Amiga de mirada dulce y contagioso silencio,
de largas tertulias en penumbras.

Hermosa, de estampa fulgente
y andar pausado, sensual, de brisa fresca,
Mujer de mis sueños y desvelos.

Quédate en esta aventura
de puertas cerradas, de cielos nubosos
y aire frío, veremos juntos el sol salir.

Volver a cero

Quiero volver a cero y a la nada,
ser el viento que sopla y las hojas que caen libres.
La semilla que no germina,
el equinoccio de otoño o noche igual.

Quiero volver a cero y a la nada,
llamar tu voz queda en el desierto soleado,
con lamentos sordos en el viento.
Fundir mi alma con tu abrazo perdido.

Quiero volver a cero y a la nada,
comprender que no he nacido aún,
entender que las flores son primero
que los frutos, que el viento primero
a la lluvia, que el llanto junto a la vida.

Quiero volver a cero y a la nada, y
entender que debo aprender para partir,
saber para explicar, ver para mostrar,
valorar para apreciar.

Quiero volver a cero y a la nada,
ser el viento que sopla y las hojas que
caen libres, que caen libres...

Llámame

He vivido un amor, un amor he vivido,
no sé qué hacer sin tu amor, sin tu amor no sé qué hacer.

Mis recuerdos hablan de ti
Tal vez no te quise como debí, pero sí te amé.

Hoy no estás, te quisiera aquí,
llámame, amor esperaré, esperaré todo el día.

Tus recuerdos me atormentan,
debí decirte que te amaba,
las calles son penas de amor.

No puedo mi soledad sin ti,
miro tus fotos y muero de nostalgia,
llámame, amor, esperaré, esperaré todo el día.

Tal vez no te acaricié como debí,
ni susurré mi amor por ti,
no tomé tus manos con delicadeza
ni fijé en tus pasos al andar.

Mira, amor, veré tus lindos ojos esta vez,
pero llámame, esperaré, esperaré todo el día...

Espina de un rosal

Espina tierna de una rosa, frágil, con espada amenazante,
no dañarías ni a las abejas polinizando.
Aprende de la vida, a defender a tu reina que se viste
de colores y pétalos gamuzados.
No defraudes al tallo que sostiene tu vida y que en ti confía.
Hazte grande, conoce los secretos de tus ancestros espinosos,
no permitas que te deshojen ni secuestren tus rosas,
mira que para eso naciste.
Muéstrate filosa, fuerte y guerrera,
únete a las demás, tu espada ya es fuerte.
Espina de una rosa, no mueras con tu reina,
tu tutor te necesita, ya eres fuerte y
has luchado por varios rosales.
No decaigas en época de tus hojas mustias,
enseñarás tus secretos a espinas por nacer.
Espina de rosa, aunque te hayas ido estarás
aferrada a tu tallo en pie de guerra.

Inclina tu copa

Inclina tu copa vaciaré vino
como río cae de la cordillera,
como la vertiente desagua en cascada,
como la lluvia golpea mi techo en noche de soledad.

Inclina tu copa, mirando tus ojos y tú los míos,
haremos remembranzas de un beso anhelado,
una caricia soñada, un abrazo infantil
o quizás caminatas de voces silentes.

Inclina tu copa, desearé acariciar tus manos,
saborear tus labios y sin más respeto,
acercar tu cuerpo en el fragor de este delirio quemante.

Inclina tu copa, liberaré mi pasión contenida
en media centuria,
y que tu voz y la mía solo sea
un susurro casi inaudible.

Inclina tu copa, tus labios candentes
me llaman a amarte y en un choque
de cristales con sabor a rubíes,
soñaremos con la libertad
de un amor sin límites.

Inclina tu copa verteré vino,
miraré tus ojos color prado y
caminaremos en un parque vestido de rosas,
con hojas, brotes y olor a tierra bañada de sol.







La otra
Costilla
EDICIONES